

LA BIBLIOTECA DEL VIEJO

Por

J. Tyrson

*...porque todo esto ha ocurrido...
...tal vez... a alguno de nosotros...*

El viejo me observó con una mirada arrugada, fría y gris.

Si no me hubieran hablado de él, si no hubiera recorrido gente, países y situaciones para llegar hasta él en ese momento, seguramente me hubiera marchado. Ni siquiera hubiera entrado a aquella pocilga que era la casa del viejo. Y mucho menos hubiera caminado tantos kilómetros por aquel páramo.

Todo parecía gris, como él, como el polvo que parecía cubrirlo todo. Su edad era..., era..., no sé. No lo sé. Viejo, eso sí, muy viejo. Arrugado, se movía con un poco de dificultad, y con los ojos ardientes, brillantes, como vidrios vivos.

Pero ya estaba allí, ¡al fin! Podría haber llegado antes, sin gastar tanto dinero, sin viajar tanto y preguntarle a tanta gente. Lo único necesario para encontrarlo había sido desearlo, necesitarlo, fervientemente.

Todavía no me explico bien cómo llegué a esta cabaña. Ni me importa mucho. Había encontrado al viejo, a la persona que tiene todas las respuestas del mundo.

Lo que me desilusionó fue el aspecto de todo aquello. Él era gris, como ya les conté, la cabaña era muy diferente por dentro de lo que parecía por fuera. Hubiera esperado encontrar una cómoda estancia rural, estufa a leña, reposeras y todo lo demás. Pero no. Allí estaba yo, sentado frente a una máquina de escribir con un papel en blanco. Y el viejo que me miraba, parado frente a mi, casi agazapado. Por detrás, se veían paredes y más paredes, enormes, repletas de estantes, cubiertas de libros. Era, evidentemente, mucho más grande por dentro que lo que se veía por fuera. Pero preferí no pensar en esa distorsión. Lo importante era saber preguntar, era una oportunidad única.

El viejo me miraba y esperaba.

Dudé, temí. ¿Por qué a último momento la duda y el temor, cuando uno verdaderamente va a saber, va a entrar en un universo diferente? ¿Por qué?

Tenía mil preguntas, tenía series interminables de preguntas. Temas a desarrollar, asuntos en los que profundizar. Y ahora que estaba allí...

-¿Qué es Dios? –fue lo que atiné a decir con temor a que esa situación desapareciera.

Me pareció que el viejo sonreía ante la pregunta. Tuve la amarga sospecha de que era una pregunta reiterada.

Se dio vuelta y fue hasta la biblioteca. Buscó, miró, pensó, eligió un libro, pequeño, viejo, lleno de polvo, como todos los demás. Lo abrió. Me pareció que movía la cabeza, satisfecha.

Cuando me lo dio, vi el título de un cuento. Comencé a leer.

DIOS ESTABA SOLO

Cuando mi Padre coaguló, fui en toda mi dimensión. Todo mi ser era la totalidad. Dentro de mí, la luz era mi luz, la oscuridad era mi oscuridad, y la infinita potencia de la existencia latía impaciente.

Me regocijé en ella. Era punto y fui onda, era posibilidad y fui infinito. Había creado el espacio y el tiempo. Una pequeña contracción... y fue la materia.

Y de pronto, una extraña fuerza que provenía de mi devenir dio lugar a la vida. Me contemplé en ese proceso y me maravillé, impulsé el devenir y la vida fue más y más compleja, más y más maravillosa. Pero una extraña ansiedad surgía, algo misterioso e incomprensible venía desde el fondo de mi eternidad.

De pronto, se hizo evidente, mi omnipotencia no era tal, había algo que no comprendía: el por qué de mi creación. Supe, que averiguar ese por qué, era la razón de mí ser. Y conocí la angustia.

En un supremo esfuerzo por saber di existencia a mi máxima obra, y para que fuera perfecta, la hice a mi imagen y semejanza. Y fue el hombre en el universo. Pero allí mismo finalizó mi potencia creadora en cumplimiento de una misteriosa ley que no comprendía.

Miré al hombre y no me vio. Ya no había creación, tan solo transformación. Y una lenta entropía comenzó a devorarme.

Grité y el hombre no me escuchó, lo vi buscarme sin encontrar, lo vi pensar sin comprender, lo vi intentar amarme sin conocerme. Y vi cómo me dividía con desesperación. Conocí la soledad... y lloré.

.....
El día era gris; sin frío ni calor, sin lluvia, sin sol. Si no fuera, nada cambiaría.

El hombre caminaba por el parque. Él también era gris.

-¿Habría cambiado el mundo si no hubiera nacido?- se preguntó, como tantas otras veces.

Y como tantas otras veces quedó paralizado sin encontrar una respuesta.

El hombre no parecía tener una edad definida, ni nada que, de alguna forma, lo hiciera diferente, a no ser por los tres o cuatro libros que apretaba bajo su brazo. Solamente el muy leve arrastrar de sus pies y los hombros un tanto caídos, permitían sospechar una vida en la que ni siquiera había fracasado, porque no era consciente de haber intentado nada.

Se sentó en un banco de la plaza, frente a la iglesia.

Contempló, al frente, la estructura pétrea y gris, símbolo de un deseo impreciso e inconfeso. Miró hacia abajo, hacia los libros que descansaban en sus rodillas. Y en ellos vio la síntesis de la soberbia humana que, en la infinita pequeñez de su percepción hacía esfuerzos titánicos por trascender un devenir que no llegaba a comprender.

Se sentía cansado, muy cansado. Su tiempo, sin hitos y sin referencias, casi había desvanecido el viejo mordisco de la soledad.

Recordó sentirse solo hace años cuando, siendo muy niño, en la escuela, todos se rieron de él al orinarse encima. O cuando vio que aquella muchacha a la que amó en silencio se casó con su compañero más querido. Después la soledad y él fueron uno, sin nada ni nadie que hiciera evidente esa condición.

Su mirada, un tanto desenfocada, vagó por el entorno. La iglesia, el cielo, la gente que pasaba, todo era gris, sin sentido, disociado.

No supo cuando sus ojos quedaron fijos en aquel cantero. Ni cuando comenzó a sentir cómo, de lo más recóndito de su alma, surgía en silencio un alarido desgarrador.

-¿Por qué?- se preguntaba, sin saber si era él quien lo hacía.

Sintió una extraña sensación de irrealidad, angustia, miedo, algo le estaba pasando. ¿Era verdaderamente en él que sucedía?

Quiso levantarse para salir de allí, pero sus ojos continuaban prisioneros de aquel cantero. Estaba petrificado, ya nada más existía, solo él, el cantero y la realidad de su observación. En esas tres entidades algo monstruoso, grotesco y chocante acontecía: el hombre gris estaba viendo llorar a una flor.

Y allí, en esa coordenada insignificante y casi despreciable del tiempo y del espacio, la realidad del mundo y del Universo comenzó a hacerse pedazos.

Por esa grieta de percepción vio llorar a todas las flores, a todos los hombres, a toda la vida sin saberlo, y sin lágrimas.

Y él, solo, omnipotente y majestuoso como un Gran Hacedor, supo que, con su propia observación, podía cambiarlo todo y detener el llanto del Universo. Porque esa realidad ocurría en su propia conciencia, y en ella todo lo era.

Procuró serenarse, objetivar el poder de su voluntad. Escuchó, pudo oír las voces del tiempo, de todos los tiempos. Miró, y vio el infinito. Quiso amar, y entonces comprendió el maravilloso instante de sincronismo que había dado lugar al milagro. Miró la iglesia, los libros, rió. Miró la vida, y fue feliz. Miró en su interior y supo que él también podía hacer milagros, siempre lo había podido.

.....
Comprendí. Supe que existía desde que alguien pensaba en mí. Supe que era eterno desde que alguien me comprendía. En algún lugar del Universo, en una recóndita partícula de mi ser, eso había ocurrido. El Propósito de la vida, el ansia de mi creación tenían esa sencilla explicación, que alguien me conociera, un hombre gris lo había hecho. Y juntos, el hombre y yo, comprendimos el Propósito de mi Padre: que la vida fuera cada vez más y más perfecta. Y que alguna vez, alguien lo descubriera a él.

La creación podía continuar, el hombre llegará a hacerlo. Y a los ojos del hombre no fui justo ni injusto, ni malo ni bueno, simplemente fui, más sencillo, más grande, más cerca... Y el pecado desapareció del mundo de los hombres. La ley superior del Cosmos se cumplía, el hombre y yo fuimos uno. No estaba solo.

.....
El hombre comenzó a caminar por el parque, erguido, sonriente. Todos lo miraban y le sonreían mientras una nube de pájaros lo acompañaba y las flores cantaban a su paso.

El hombre ya no era gris, el día tampoco. Ya no estaba solo.

.....
La creación continuaba, y en el Cosmos, un Universo detenía su fatal entropía.

Terminé. Debo confesar que me sorprendió un poco. Yo siempre había pensado..., no sé..., algo más formal, más ordenado, no tan dependiente...

¿Dónde quedaba todo aquello del bien y del mal?

El viejo me miraba y levantaba las cejas, me estaba apurando a la próxima pregunta. Yo quería pensar un poco. Me agarré de lo último que estaba pensando, no sea cosa que mi oportunidad terminara allí, dejándome más confuso que cuando llegué.

El Bien y el Mal.

-¿Y el Diablo, qué es eso del Diablo y el Mal?

Iba a redondear más la pregunta, pero ya tenía otro cuento en las manos.

EL ABOGADO

Hacía frío. Era una de esas tardes lluviosas de invierno, cuando ningún pensamiento es lindo, cuando pensar solo significa un peso adicional en ese bolso incierto, inconfeso, pero innegable, que todo hombre lleva en su vida.

“Si tan solo pudiera mentirme”- pensó el hombre mientras subía el cuello de su abrigo.

No llovía más, por lo menos podía caminar un rato.

“Después de todo, no es la primera vez que miento”- se dijo, tratando de quitarse de adentro esa sensación de angustia.

Él sabía muy bien donde se encontraba la carpeta que buscaba su amigo Julián. “Pero, después de todo, no es tan amigo. Además, no fue al velatorio de mi padre, y eso no se lo voy a perdonar.”

Lo estaba logrando.

“Los amigos lo son para todo, no solo para conversar en la oficina.” Falló otra vez. Y enseguida recordó cómo Julián le bancó toda una noche de borrachera cuando se peleó con Laura.

La verdad humana casi siempre es ruin, solo uno de los dos podía ascender. Y si Julián perdía esa carpeta, seguramente el ascenso sería suyo.

“Que asco.”

Tiró el cigarrillo que el viento del sudoeste alejó con un séquito de chispas.

No era una mentira tan grande, ni tampoco la peor de su vida, recordaba otras...

Quiso aturdirse un poco, buscar gente, ruido, tal vez una puta.

Las putas le gustaban por lo previo: la decisión, la búsqueda, la elección, las miradas.

Después, todo era igual. Aun antes de empezar. Excepto en una noche perdida, cuando aquella mujer lo miró como para decirle algo que él hubiera querido decir, algo que ambos estaban viviendo en aquel instante vacío. Pero quedó en eso.

En ese momento se sintió como cuando les pagaba, con ganas de desaparecer.

Entró en el bar. Sentía la inminencia de que algo se terminaba, de que se detenía, o se agotaba.

Sin levantar la vista pidió un vino blanco.

Lo tomó sin sentirlo. Pidió otro.

Percibió cómo alguien, muy lentamente, se sentaba a su lado. No pudo tomar el vino, pero no quiso pensar en el motivo.

La voz de la prostituta venía de lejos, distorsionada.

Ahora también le costaba mirar el suelo. Comenzó a mirar muy fijamente su mano, muy cerca de sus ojos.

“Es la única referencia”- pensó mientras la sensación crecía en su interior.

Trató de no pensar más, tal vez así aquello cesaría.

No era el alcohol, lo sabía.

Ese pensamiento, por lo evidente, hizo que la sensación creciera mucho más.

Sí, era terror, el terror más abyecto, total y desgarrador, que alguna vez sintiera en su vida.

Era un terror puro, sin referencia, total.

El hombre levantó su vista y enfrentó a la realidad, o a lo que quedaba de ella.

Completamente dominado por un pánico paralizante y creciente vio, como a su alrededor el movimiento cesaba, el silencio era duro. Vio como la materia, lentamente, perdía su consistencia visual.

Cuando lo percibido escapa a los parámetros conocidos de la realidad, la única defensa que tenemos es no registrarlo, no asimilar lo que estamos viendo o sintiendo. Es así que tantas cosas de la realidad escapan al ser humano. Pero esta vez era imposible, el hombre estaba atado a su conciencia, prisionero de su percepción. Ni siquiera la posibilidad de que todo fuera producto de su imaginación podía entrar en su mente. Lo que estaba ocurriendo ocupaba toda su capacidad mental.

Sí, era así, la materia estaba perdiendo consistencia, y toda la materia lo hacía. De tal forma, que no podía decir que veía a través de las cosas, porque no había nada que ver. Simplemente el mundo se disolvía, excepto él. Y también el mundo se detenía, en todo sentido, no había movimiento ni ruido. Lo que quedaba de las formas estaba detenido, suspendido, en silencio. Y de alguna manera supo que aquello era total.

Sintió que tenía la boca abierta y que le dolía la garganta. Estaba gritando. Un grito sin sonido, sin por qué, un grito que provenía desde antes de sí mismo, del que una vez supo que aquello podía ocurrir.

-¡Cállate!- la voz, si se le podía decir tal, fue un latigazo en su mente, le dolió.

El gigante luminoso a su lado lo miraba fijamente, toda su presencia se imponía a su frágil ser. El hombre temblaba, el gigante puso una mano sobre su frente y pudo controlar el pánico.

-¿Qué..., qué sucede?- preguntó el hombre sin atreverse a mirarlo- ¿Quién es usted?

Su voz se disolvía apenas tocaba sus labios, tan grande era el silencio. Pero, de alguna manera, sabía que era comprendido.

Las formas aparecían, pero no eran las mismas.

El bar ya no existía, ahora se hallaba en el centro de algo que parecía ser un anfiteatro de piedra, con asientos también de piedra. Altos, majestuosos asientos, había que levantar la vista para mirarlos. Apenas podía contar cinco o seis filas de esos tronos, el resto se perdía en la oscuridad.

Y el hombre, en el centro iluminado de aquel imponente recinto, comenzó a sentirse mal, agobiado, disminuido, en alguna forma amenazado. Solo el gigante de luz permanecía a su lado mirándolo sin expresión.

Al fijar la conciencia en sí mismo el terror del hombre comenzó a aumentar nuevamente.

El gigante le golpeó suavemente la espalda y se calmó. Se dio cuenta de que su mente estaba más clara, más receptiva.

Y se tranquilizó definitivamente. Pero en el fondo de sí latía la angustia, la impotencia para evitar algo que no podía definir.

El hombre intentó, una vez más, mirar al gigante, y no pudo. La cabeza cayó, sus hombros se doblaron y el cuerpo se encogió. Aquella criatura era casi insoportable, era algo infinitamente superior. La extraña fuerza que de él se irradiaba empequeñecía al hombre más y más.

-Vaya, por lo menos queda algo de humildad en el hombre- dijo el gigante con sarcasmo.

-No es humildad..., es que no puedo...- apenas pudo responder.

-Ya me parecía...

El hombre continuaba encogido, casi arrugado, aplastado por algo que reconoció, con sorpresa, como una indescriptible y gigantesca fuerza moral.

-¿Me puede decir qué pasa?- balbuceó.

Después de un silencio espeso el gigante rugió:

-¡Arrodíllate, hombre, estás en presencia de Dios!- y desplegando un par de alas enormes desapareció.

-¿Qué, qué?- dijo el hombre con cierta incredulidad. De inmediato sintió la fuerza y cayó de rodillas, su cabeza inclinada, mirando fijamente el piso de piedra.

¿Un acto de humildad y contrición?, no, era lo único que podía hacer.

El hombre permaneció en esa posición por un tiempo eterno, un tiempo sin conciencia, podrían haber sido años, o apenas un instante. No lo sabía.

Lentamente, algo de su voluntad reapareció. Miró cuidadosamente a un lado y a otro. Nada, solamente las piedras grises y enormes.

Con un suspiro se sentó en cuclillas y se frotó las rodillas.

-¡Sí, soy Dios!- sintió el pensamiento en todo su ser, sintió la fuerza, y su mirada se fijó en el suelo una vez más.

La voz del pensamiento de Dios lo inundó nuevamente:

-Lo que has visto es una de mis infinitas formas, uno de los incontables aspectos con que el hombre me ha identificado a lo largo de su historia. Lo que no ves, en todos esos infinitos tronos, son mis otras formas, las manifestaciones, sutiles o evidentes, que el hombre nunca supo apreciar. Aquí están, en mi, los dioses de todas las razas, de todos los tiempos, de todas las mentes que alguna vez me pensaron, sea para adorarme, para rogarme, alabarme, maldecirme..., e incluso negarme. Nunca existió un ser humano que no hubiera pensado en mí, de cualquier manera, aun por un pequeño instante.

El hombre se sintió invadido por un sentimiento de paz, aquello era real, y él lo estaba viviendo. Se sintió agradecido, desbordado.

“¿Esto es amor?”- se preguntó. Y vio cómo las lágrimas de sus ojos caían y se estrellaban contra el piso de piedra. Él, un hombre común, insignificante, estaba en presencia de Dios.

-Sí, puedes estar agradecido de vivir esto. Eres el único ser humano que tuvo y que tendrá tal privilegio. Y ahora, para que podamos conversar, me voy a definir en un aspecto: en el que tú hubieras alcanzado si me hubieras escuchado. ¡Mírame!

El hombre levantó la vista y vio el ser humano más magnífico que una mente pudiera apenas imaginar. Simplemente era lo perfecto. El poder que irradiaba la criatura era tal, que el hombre casi no lo podía resistir. Volvió a bajar los ojos.

“No sé si es hombre o mujer”- no pudo evitar pensar. Sintió la resignación de Dios al estrellarse contra algo verdaderamente poderoso en el hombre: sus paradigmas.

-Así soy realmente, y éste era tu destino, un destino al que renunciaste una y otra vez.

-¿Puedo preguntar?- se animó el hombre. Su curiosidad era superior a su temor y a su humildad. Siempre lo había sido.

-No es necesario, conozco exactamente todas tus interrogantes, y voy a explicar todo esto. Puedes interrumpir si lo deseas.

Y Dios comenzó a explicar.

-Estás aquí en representación de la humanidad, de todos los hombres y mujeres de todas las épocas.

El hombre abrió desmesuradamente los ojos. El pensamiento continuó golpeando su mente.

-Desde su creación, el hombre, como expresión de Dios, ha sido amo y señor de su universo, lo ha gobernado, construido y destruido, lo ha transformado, con bondad y con maldad, con odio y con amor, en la felicidad y en la desdicha. Y a lo largo de ese proceso, el hombre ha mantenido todo tipo de relación con Dios. El hombre se me acercó y se alejó, me comprendió e interpretó de mil formas, a cual más diversa. Me adoró... y me negó con igual fervor. Y solo dos cosas permanecieron invariablemente opuestas en toda esa relación: lo que yo decía y lo que el hombre hacía.

”El hombre dice amarme, pero ha limitado ese amor al interior de los templos, porque en el exterior ama a otro tipo de dioses por él creados: el éxito y el dinero.

”El hombre, en su afán por interpretarme, ha desarrollado todo tipo de religiones, pero, mientras tanto, una nueva religión se imponía en la humanidad: la ciencia. Y a través de ella el hombre comenzó a adorar al hombre, al tiempo que, a veces, disponía de unos pocos minutos para pensar en mí, en su Dios verdadero.

”Dios es amor, dice el hombre, pero el hombre no ama a sus semejantes. Dios es justo, dice el hombre, Y deja padecer hambre a sus hermanos.

”Y así, en su falta de humildad, en su increíble soberbia, ustedes, los hombres, se han separado de mí. Se matan entre ustedes, pero tienen más fe en sí mismos que en mí.

El hombre sintió que algo brotaba en su mente, ¿tal vez una pregunta?

-¡Habla mortal!- la voz ocupó todo el universo -¿qué tienes que decir?, ¿algo de lo que te he dicho no es cierto?

El hombre estaba aterrorizado, su mente parecía estallar por una presión que nunca había sentido antes. La impresión visual era demasiado fuerte como para ser sostenida, sentía un miedo puro, infantil, atávico. Una pequeña porción de su mente se disoció, y con una calma artificial como solo un ser humano acorralado es capaz de crear, preguntó:

-¿Por qué me está diciendo todo esto a mí? No soy perfecto, pero tampoco soy el peor. Lo que usted dice debe ser así, sin duda, pero señor... ¿por qué a mí?- Las palabras del hombre fueron atropelladas, desesperadas. Y con un gran desaliento se dio cuenta de que no eran lo que exactamente quería expresar. Había sido un alegato casi hueco, sin consistencia, se había defendido en forma casi infantil. Sí, había sido una defensa, tal vez respondiendo a un instinto casi dormido. Tal vez un último acto de rebeldía.

-¡Soberbia!- la voz de la criatura pareció estallar y el hombre se encogió aun más – Nunca, en tus más íntimos pensamientos, quisiste reconocer a Dios, aun cuando desde el fondo de tu alma clamaba la voz de la verdad advirtiéndote de su existencia. ¿Acaso nunca la oíste?

Sí, el hombre sabía que era así, que siempre lo había sido, y que, en su necedad, nunca quiso reconocerlo. Siempre había postergado la búsqueda de Dios, siempre hubo cosas “más urgentes”. Y esas cosas ahora parecían infinitamente pequeñas, transitorias, incapaces de incidir en los designios del universo.

El hombre reconoció su poder y vio cómo lo había malgastado en ese vano devenir, en querer moldear un mundo a su entender, a su vivir. Sí, era soberbia y por ello estaba siendo juzgado. El pensamiento lo sorprendió apenas lo esbozó. Y antes de que pudiera convertirse en pregunta la voz de Dios volvió a tronar.

-Sí, es un juicio. Es el juicio final del que tanto se ha hablado, el que los hombres nunca pensaron que acontecería en su vida, pero siempre supieron que iba a ocurrir.

”La cuota de paciencia de Dios para con el hombre no es infinita, pues de serlo, no sería justo. Es así que, a lo largo de su existencia, los humanos han ido acumulando trasgresión tras trasgresión, pecado sobre pecado, pensando que la infinita bondad de Dios perdonaría todas las faltas, grandes o pequeñas.

”No, hombre, no. Más infinita que mi bondad es mi justicia, tú no eres el peor, por supuesto que no. Pero tu pecado de hoy, tu mentira, tu actitud para con un semejante, colmó la cuota que, en los orígenes, yo le di al hombre. Podrías haber sido tú u otro cualquiera. No es personal. El hombre no es un concepto individual para mí, es simplemente... la especie humana.

El hombre apenas podía asimilar lo que estaba escuchando.

“Entonces yo..., la carpeta..., ¡no puede ser!”

-Sí, así es. Y ahora, en tu persona, está siendo juzgada la humanidad de todos los tiempos. Por eso viste que la materia se disolvía a tu alrededor, es la percepción del hombre la que se disuelve. Porque el hombre ha llegado a su fin.

-Pero... ¿es para tanto? - preguntó el hombre.

-Ven- le dijo Dios con un cierto tono indulgente -, ven y míralo todo, como nunca ningún mortal pudo hacerlo.

El hombre sintió que un torbellino lo envolvía, él mismo era ese torbellino, sintió que era algo diferente a lo que siempre había sido. Y en su mente volvió a resonar aquella voz.

-Tendrás, por unos instantes, la visión de Dios. Verás simultáneamente toda la Tierra, todos los tiempos, todos los seres.

Y en un destello alucinante, fugaz y eterno al mismo tiempo, el hombre vio la historia de su especie. Vio las oportunidades desechadas, los infinitos caminos no recorridos, las voces de Dios clamando al hombre, los muertos, los no nacidos. Y vio al hombre matando al hombre, vio al hombre matando a la naturaleza, vio al hombre buscando a Dios y vio al hombre negando a Dios. Dentro de lo posible, vio el futuro maravilloso del hombre, un futuro que nunca alcanzaría. Y al final, vio como el hombre se disolvía inexorablemente en cumplimiento de una justicia divina.

Vio la humanidad en su época, hombres, mujeres y niños, que se miraban unos a otros sin comprender lo que estaba sucediendo. Se disolvían muy lentamente, mientras una angustia y el dolor infinitos se abatían sobre el mundo. Los seres humanos se abrazaban unos a otros allí donde el designio los había encontrado. Conocidos y desconocidos, familias enteras, parejas, gente solitaria, ancianos y niños, se confortaban unos a otros. Nadie comprendía, pero todos sabían que era el fin, y a través de lágrimas silenciosas se miraban intensamente a los ojos. Allí estaban, abrazados, tomados de la mano, sin hablar, en todo el mundo.

Había algo extraño en aquella escena grandiosa, algo que golpeaba la mente del hombre sin que pudiera entenderlo. Era algo raro, disonante.

El torbellino lo sacudió una vez más. El hombre había vuelto y estaba frente a Dios. Se dio cuenta de que estaba de rodillas, y sentía una culpa muy grande. Y sentía dolor, desesperación, y algo que crecía y crecía dentro de sí. Era una fuerza antigua, impetuosa, que no podía explicar.

Sin comprender claramente lo que estaba haciendo, se puso de pie. Puso sus manos en la cintura y miró fijamente a la criatura, directo a sus ojos. Apenas podía soportarlo, solamente aquella antigua fuerza lo sostenía.

Dios lo miró largamente, y, con tristeza, comprendió.

-Habla, dilo de una buena vez.- le dijo. Una sensación de lástima, de fatalidad, o de final inconcluso, podía percibirse en su actitud.

-Es injusto,- dijo el hombre sin poder contener sus palabras – no sé cómo, no estoy en condiciones de saberlo, pero es injusto. Por lo tanto, si he de morir, y si he de hacerlo en representación de mis semejantes, prefiero hacerlo de pie y defendiéndome, como hombre. Y eso no es soberbia, es dignidad, respeto por mí mismo.

Dios lo miró una vez más. No respondió. Y la disolución del hombre y de su especie continuó. Era el final.

El ser del hombre estaba totalmente bajo el influjo de Dios. Se podía decir, como tantas veces se dijo, que el hombre y Dios eran uno solo, que finalmente el hombre había alcanzado a Dios y que ambos se fundían en uno solo.

Era el retorno del hijo pródigo, el circuito completo, la consumación.

Y así habría sido, si una pequeñísima fracción de la mente del hombre no se hubiera estado entreteniendo en analizar el proceso con una terrible, fuertísima y casi indestructible curiosidad.

Después de todo, era Dios en acción, no podía perder la oportunidad de observar, de aprender, aunque esa enseñanza fuera casi inútil, le serviría únicamente a Dios. Pero así era la naturaleza del hombre, lo impulsaba a aprender permanentemente, aun hasta su final.

“Solo le sirve a Dios”

El pensamiento sorprendió al hombre, algo extraño había en ese misterio. Su curiosidad creció, y se hizo fuerte.

Dios sentía la resistencia del hombre, lo miró con algo de simpatía y aumentó su fuerza, apenas una infinitésima parte de su poder.

Desde el último baluarte de su mente el hombre vio su fin inminente. Y quiso arrepentirse... pero no pudo. Su curiosidad, sus ganas de aprender, gobernaban lo poco que le quedaba de conciencia. Allí, en ese último rincón, en ese instante final, no había lugar para el odio, el rencor, el amor, el arrepentimiento. Solo existía la curiosidad.

“Un juicio- pensaba – El Juicio, nada menos. Y yo estoy siendo juzgado, acusado, en conjunto con mi especie. Y sin nadie que me defienda”

Se asombró también de esa disonancia en el orden universal.

-¡Quiero alguien que me defienda!- gritó su mente intuitiva e instintivamente, utilizando fuerzas que hasta ahora desconocía.

El proceso de disolución se interrumpió. El hombre se dio cuenta de ello y se fortaleció un poco.

Pudo ver, ahora se encontraba en un paraje desértico, sin luz ni oscuridad, sin movimiento, sin vida. Estaba suspendido entre el devenir y su final. El universo entero se había detenido. Y ante él, desde una montaña enorme, Dios lo miraba sin expresión, pero con la misma fuerza, magnífica y sobrecogedora. Parecía más grande, más bello. Los contornos de su figura se disolvían en una danza de energía.

El hombre se sintió orgulloso, dentro de su desesperación, de que esta magnífica criatura lo estuviera destruyendo.

Algo estaba sucediendo. El hombre apartó la mirada de Dios y miró a lo lejos. Desde el fondo del mundo vio avanzar una silueta, muy lentamente, casi con vacilación.

Era un hombre, arrastraba sus pies al caminar. Parecía haber caminado durante toda la vida. Pero ese hombre no estaba semidisuelto y sin energía como los otros que había visto. Tan solo estaba cansado. Y un poco triste, o resignado.

Era viejo, de edad indefinida, pero viejo. Se sentó en una piedra y dejó a un lado el gastado portafolios que llevaba en su mano. Vestía unos jeans muy viejos y una campera tipo militar que alguna vez fue verde. Calzaba botas marrones muy gastadas, llenas de polvo. Un polvo que hacía pensar en una eternidad de caminos, en huellas incontables de siempre andar y nunca llegar.

Bajó el cuello de su campera y apartó de su frente un mechón de pelo grisáceo. No era alto ni bajo, ni gordo ni delgado, era un hombre común, algo cargado de hombros.

El viejo se sacudió el polvo de su ropa, suspiró y, finalmente, miró al hombre.

Su mirada. Eso sí era diferente.

El hombre sintió que se perdía en un abismo al mirar aquellos ojos. Allí había sabiduría, mucha. No vio bondad ni maldad, solo un antiquísimo cinismo y una pizca de simpatía hacia el hombre. Y cansancio, mucho cansancio. Como si ese momento hubiera demorado una eternidad en llegar.

El viejo inspiraba tranquilidad, seguridad, como si ya hubiera pasado por esto.

El hombre se le acercó, despacio.

-Señor, ¿qué hace aquí?, ¿sabe lo que está pasando?- preguntó sospechando la respuesta.

-¡Claro que lo sé!- respondió el viejo. Su voz era potente, sonora, con ecos metálicos.

El hombre dio un respingo, la voz había resonado en todo el desierto.

-Pediste alguien que te defienda, ¿no es así?- continuó el viejo – Pues te puedo asegurar que, excepto yo, no queda nadie más en este universo que pueda o quiera hacerlo.

-Pero, ¿quién es usted?- preguntó el hombre desconcertado.

-Tu oportunidad, y tú la mía. Así que no hables más hasta que te pregunten. Por lo que veo, llegué justo a tiempo, o mejor dicho, me llamaste justo a tiempo- agregó el viejo observando el estado casi transparente del hombre.

El viejo tomó el portafolio, le sacudió el polvo y lo abrió. Sacó un cuaderno viejísimo y, con un lápiz casi sin punta, tomó unas pocas notas. Cerró el cuaderno y lo guardó. Sacó un libro, muy antiguo, escrito con extraños caracteres y comenzó a leer. Sacudió la cabeza con impaciencia, miró al hombre y, encogiéndose de hombros se puso unas gafas de media montura. Golpeó la página que leía con el lápiz y cerró el libro.

-¡Este juicio no es justo!- gritó dirigiéndose a Dios que continuaba sobre la montaña. El hombre no salía de su asombro. ¡Ese viejito desafiaba a Dios!

La tierra tembló y los cielos estallaron en una gigantesca explosión de energía. El hombre se encogió, el viejo apenas pestañeó.

-¡¿Quién te llamó a ti, y con qué fundamentos dices que esto no es justo?!- la voz de Dios era algo atronador -¿Cómo se puede llegar a cuestionar la justicia de Dios si no existe otra en el universo?

“Así que Dios lo conoce”- pensó el hombre.

-¿Puedes dejar, por unos momentos, toda esa demostración de potencia tan aparatosa y venir a hablar con nosotros?- casi gritó el anciano.

“El viejo es, decididamente, un inconsciente”

-Lo que estás haciendo es cargar de culpa al hombre, culpa que está provocando su disolución. En ese estado el hombre no puede alegar.- protestó el viejo.

Dios bajó de la montaña y, adquiriendo un aspecto más humano, habló.

-No es necesario ningún alegato, sé exactamente lo que el hombre puede llegar a decir.

-¿Sabías, acaso, que iba a pedir un defensor?- preguntó –Ya ni fuerzas tenía para hablar, el pobre. Apenas pude escuchar lo que quedaba de su fuerza mental.

Dios no contestó. El viejo continuó.

-Digo que no es justo. Tú eres juez y parte, acusas y juzgas al mismo tiempo, el hombre no tiene abogado ni fuerzas para defenderse.

Dios continuaba callado.

-Además- miró al hombre con algo de lástima, un poco de reproche y una pizca de desdén - no creo que supiera cómo hacerlo, con lo poco de conciencia que ha desarrollado a lo largo de su existencia...

-¿Qué propones?- preguntó Dios en tono impersonal.

“Así que estos dos se tratan de igual a igual”- pudo pensar el hombre con gran esfuerzo.

Dios y el viejo lo miraron de tal forma que el hombre se sintió un insecto ignorante.

-Primero quiero que se me acepte como abogado del hombre- dijo el viejo.

-¿A ti?, ¡qué ironía!- respondió Dios.

-¿Alguien más puede o quiere hacerlo?- argumentó el anciano.

Dios esperó unos instantes.

-Aceptado- al fin respondió - ¿qué más quieres?

-Se trata del juicio del hombre, quiero que se saque el término de Juicio Final por estar cargado de prejuicios.

-¿Puedes pensar en otro desenlace?- ironizó Dios – esta instancia está prevista desde los orígenes del hombre.

-¿Y el resultado también?- preguntó el viejo con tono inocente.

La figura de Dios pareció llamear un poco.

-¡Aceptado, se llamará el juicio del hombre!- la cólera de Dios los sacudió. El hombre casi no se atrevía a levantar los ojos. Cuando el mundo se aquietó el viejo continuó.

-Quiero que se le restituya al hombre la plenitud de su fuerza mental, y un poco más. Para que pueda comprender lo que está sucediendo en toda su magnitud.

-Aceptado- y Dios tocó la frente del hombre.

La exaltación de conciencia sorprendió al hombre. Supo que comprendía, que su estado actual era tremendamente superior al anterior. Pudo objetivar y al hacerlo, contempló la criatura que hasta ese entonces fue y lo vio casi como un animal superior. Apenas un proyecto de lo que en ese momento era. Entonces el temor lo invadió. Temió perder esa enorme libertad de la que ahora estaba disfrutando. Se sintió mucho más poderoso y mucho más humilde que en su estado anterior. Y lamentó haber perdido esa oportunidad de desarrollo. Lo lamentó por él y por toda su especie.

El nuevo hombre miró a Dios. Era mucho más magnífico, más desconocido e insondable, tenía muchísimos más aspectos de los que había conocido antes.

El hombre miró al viejo. No pudo creer lo que su conciencia le mostraba. A pesar de su desarrollo, aun era hombre. Sintió temor, asombro. No pudo comprender, no pudo asimilar. Un antiguo paradigma se derrumbaba estrepitosamente. El hombre pensó en huir, en negarse a continuar. Pero, en el fondo, sabía que ese viejo era su última oportunidad.

-¿Qué esperabas?- dijo el viejo riendo -¿qué apareciera en medio de una nube de azufre, con cuernos, tridente y cola? Esa idea es antigua, los hombres ven según los filtros culturales que su conciencia posee. Por eso nos ves de esa forma. Sin embargo..., - agregó mirando especulativamente a Dios -me parece que yo estoy más actualizado...

-¡Basta!- intervino Dios -¿Quieres algo más?

El viejo lo miró sin hablar. Era una actitud serena, decidida.

“¡Pero está implorando, rogando!”- pensó el hombre desde su nueva conciencia.

Por un instante imposible de medir, el universo pareció detenerse.

-Ah, eso- dijo Dios sin expresión -Aceptado.

El viejo bajó la vista, casi con humildad. El universo continuó su marcha, pero algo, muy grande, había ocurrido. Ya nada sería lo mismo.

-Que comience el juicio. Tú dijiste que soy juez y parte. ¿A quién propones como juez?

Se miraron largamente a través de una eternidad. El hombre percibió una tensión indescriptible. La vida, y mucho más, estaba siendo puesta a prueba.

-Confío en ti- dijo el viejo. Y la rueda de la evolución dio un giro hacia delante.

El hombre no entendió, pero supo que algo irreversible había ocurrido, algún antiguo equilibrio se había roto dando lugar a un nuevo movimiento. Ya nada sería igual.

-¿Cuáles son los cargos contra el hombre?- preguntó el viejo.

-Desobediencia a Dios y maldad para con el hombre- le respondió Dios.

El hombre recordó lo que había visto y supo que estaba perdido.

El viejo dejó el libro en el portafolio y comenzó a caminar de un lado a otro mirando hacia abajo. Puso las manos atrás, se detuvo, parecía vacilar. Miró a Dios y, con el tono más inocente y temeroso que se pueda pensar, preguntó:

-¿Puedo llamar un testigo?

-Lo lamento, pero nadie más está aquí. Los testimonios serían permitidos si hubiera quien pudiera hacerlo, pero es tarde para eso. Además, dudo que se pueda conseguir un testigo acorde a esta ocasión.

El viejo se irguió, y, con voz firme, espetó:

-Llamo, como testigo en el juicio del hombre al ser más objetivo, más imparcial y más justo que ha existido, llamo a quien ha sido testigo permanente de la historia del hombre.

El viejo hizo una pausa y, con solemnidad, concluyó el llamado.

-Llamo a Dios.

El hombre se sorprendió, levantó la cabeza hacia Dios y, al ver su mirada, pensó que estaba perdido. Era su fin. Y el del pobre viejito, seguramente.

El viejo, sin conmovirse, miró a Dios por encima de sus gafas de media montura.

-¿Qué, acaso no puedes?- preguntó con inocencia.

Dios se recompuso y sonrió.

-Claro que puedo, todo lo puedo- dijo, ahora con calma.

-Veremos, veremos- dijo el viejo en tono bajo pero perfectamente audible para Dios.

-Bien,- comenzó el viejo –el primer cargo lo veo un tanto fuera de enfoque. Me extraña, sobre todo viniendo de ti. No puedo creer que el asunto se trate de obedecerte o no obedecerte. Eso parece soberbia, ¿no es así?

-Te agradecería si dejaras de lado el sarcasmo- respondió Dios sin alterarse –Admito que ni tú ni el hombre pueden comprender el alcance del término, ya que no se trata de lo que ustedes están pensando...

-Entonces- interrumpió rápidamente el viejo –admitamos que eso desconocido, que estamos llamando obediencia, es un medio, o, mejor dicho, una actitud requerida a fin de lograr algo. ¿Puede ser?

-No es tan simple, pero lo acepto- dijo Dios.

-Bien, bien- continuó el anciano casi con entusiasmo -¿Podrías entonces precisar, o describir ese algo, eso que pretendías que el hombre fuera o hiciera?

-Yo quise un hombre libre y en armonía con Dios- respondió.

-¿Y qué medios le diste para que lo lograra?- preguntó de inmediato el viejo.

-Le di lo máximo que puede tener una criatura viviente, le di discernimiento e inteligencia, le di voluntad y capacidad de transformación.

-¿Y cómo fue que esa desobediencia, si podemos llamarla así, se manifestó?

Dios lanzó un suspiro antes de responder.

-Siempre le fueron transmitidos al hombre una serie de conceptos, de preceptos de vida que el hombre debía cumplir. Así, por ese camino, lograría la armonía conmigo y, en esa armonía, en esa sincronicidad, el hombre encontraría la libertad. De esa interacción armónica entre el hombre y yo surgiría una nueva realidad, una mayor libertad. De esa manera, juntos, el hombre y yo seguiríamos creando. Es una especie de simbiosis en la que ambos nos transformamos en pos de algo superior.

-¿Superior a ti?- preguntó con ironía el viejo.

-¿Es que piensas que mi crecimiento puede tener límites?- le respondió Dios.

El viejo carraspeó. Estaba ingresando en un terreno que no dominaba.

-Sigamos- se apresuró a decir –Explícame cómo esos preceptos fueron transmitidos, cómo fue que el diálogo entre Dios y el hombre se estableció.

-Desde sus orígenes, el hombre me fue dando una forma y un ser acordes a su estado de conciencia. Es así que primero me intuó en la manifestación de la naturaleza, a través de fenómenos que no podía comprender.

-¿Por ejemplo el nacimiento de un niño?- preguntó el viejo.

-No, no, ese tipo de comprensión vino después. Al principio el hombre, cuando se enfrentó a las fuerzas telúricas, para él desconocidas, sintió temor, un temor reverente, respetuoso. Esto fue en los comienzos, cuando el hombre dejaba de ser animal.

”Lentamente fue integrando a su mente lo que comprendía y lo que no comprendía, y aprendió a vivir con ello. El hombre no ocultaba sus temores ni los suprimía de ninguna forma. Tanto fue así, que aquello que temía pasó a ser un límite a respetar.

”El hombre estaba en armonía consigo mismo y con lo que le rodeaba, y esa es la visión del paraíso que, míticamente, llegó hasta estos tiempos.

-Podríamos definirlo como un animal inteligente y temeroso de Dios- interrumpió el viejo. Dios sonrió sin responder, el viejo estaba dando muestras de inquietud. El hombre, al verlo, se intranquilizó sin saber por qué.

-¿Continúa?- preguntó Dios con una suavidad que escondía el regocijo anticipado por lo que vendría.

-Sí, sí, continúa- el viejo estaba tenso.

-Después, como tú muy bien sabes, vino aquella historia donde el hombre pasó a ser consciente, donde fue capaz de objetivarse, de juzgarse y juzgar. Y entonces el hombre, gracias a ti, “conoció el bien y el mal”.

”Y allí fue que su mente quedó dividida, el hombre trató de apartar de sí lo que él consideraba mal, ignorando que era un estado natural del animal que le es inherente. Un estado que debía canalizar y no eliminar. El hombre comenzó a apartarse de sus instintos, de sus percepciones, de su intuición. Y lo más poderoso de su mente fue quedando relegado junto con los viejos temores.

”Pero el hombre nunca pudo, ni podrá, desprenderse de ellos, es su “otra parte”. Todo ello lo asalta periódicamente y entonces el hombre siente culpa, temor a lo desconocido, y como consecuencia, vive disociado de su entorno. Porque en algún momento dijo que “no saber” era “algo malo”. Y a partir de entonces nunca más dijo “no sé”, empezó a decir “no es”.

”Lógicamente, empezó a creer en el hombre, y Dios pasó a ocupar, lentamente, el lugar de los miedos y los instintos. Empezó a salir de su mente consciente y pasó al ámbito de la “otra parte”, de “lo oculto”. Y así quedó por siempre: oculto.

”Hasta que llegamos a este momento en que esto es necesario.

-De modo que, otra vez, yo soy el culpable- el viejo estaba molesto -Volvamos a retomar el hilo inicial, quiero que me hables acerca del diálogo entre el hombre y Dios.

El hombre los miraba a ambos mientras mil preguntas asaltaban su mente.

-Bien, sigamos- dijo Dios -me parece extraño expresar cosas tan importantes de esta forma, pero creo que es mejor para que el hombre pueda entender perfectamente su circunstancia.

”La siguiente etapa en la evolución del hombre fueron las religiones, desde las más elementales, parecidas a la situación primitiva, hasta las actuales. No fue una idea mía, por supuesto, pero así se instrumentó el diálogo, a través de intérpretes de Dios. Pero el hombre estaba mentalmente disociado, y esos intérpretes también. Como consecuencia lógica, mi mensaje sufrió tantas distorsiones como intérpretes tuvo.

Dios hizo una pausa y bajó la cabeza. Casi en un susurro continuó:

-Y así, en mi nombre, el hombre mató una y otra vez al hombre.

Y calló. Dios estaba triste. La pena que de él se irradiaba era algo que al hombre le resultaba imposible de soportar. El anciano volvió a hablar, tal vez porque él tampoco podía aguantar aquello.

-Una pregunta. En tu proyecto concebiste al hombre para que evolucionara en base, solamente, a la acumulación de cultura, ¿no es así?

-No, no. No es así. Está implícito en todo lo que vengo diciendo la existencia de una memoria de la especie, no solo genética, sino también la inherente al desarrollo del organismo. Tú lo sabes, esta memoria es lo que corresponde al alma del mundo. Es donde todo va quedando impreso. Pero esto es muy complejo para el hombre. Creo haber respondido tu pregunta- Dios estaba más animado.

-Sí, sí, sí- se apresuró a decir el viejo –Otra pregunta. Tú, por supuesto, anticipaste hacia donde se dirigían las religiones. ¿Qué hiciste al respecto?

-Traté de canalizar otro tipo de conceptos. Por eso en la zona asiática se desarrollaron otro tipo de religiones. Pero se fueron al otro extremo, como la parte animal del hombre primigenio también les era inherente, huyeron de esto sumergiéndose en un gran todo, algo indefinido, al cual se llegaba por medio de interminables oraciones y sacrificios personales. Intuían, erróneamente, un final del proceso donde el hombre perdía todos sus atributos fundiéndose en Dios. Si así fuera, la evolución del hombre no hubiera tenido sentido. Ellos estaban cerca de la verdad, mejor dicho, de lo que yo había querido transmitirles, pero su temor a lo humano era tal, que desviaron su camino. Y perdieron uno de los tesoros más preciosos que les di: la conciencia de su individualidad.

”¡Qué ironía! Las religiones occidentales proclamaban el temor a Dios mientras que las orientales temían lo humano. Pero son inevitables, el estado de conciencia de la humanidad, es el religioso. El hombre tiene necesidad de buscarme, es parte de su naturaleza, pero su búsqueda es parcial, reprime constantemente a su “otra parte”. Como consecuencia me va a encontrar en forma parcial y distorsionada. Y lo más triste es que, de acuerdo a las leyes del universo, yo ya no puedo hacer nada más, porque el hombre no me escucha. Y cuando lo hace, es solamente con una ínfima parte de sí mismo. Tú mismo pudiste ver como, en los momentos finales que le mostré al hombre, nadie me llamaba.

“¡Eso, eso era lo raro que yo veía!”- pensó el hombre –“¡nadie lo llamaba!, ¡y yo tampoco lo hice!”

-Pero todos se confortaban entre sí- dijo el viejo –En medio de la desesperación, del fin inminente, había paz y amor en la humanidad. ¿No querías eso también?

Dios no respondió. El viejo no quiso profundizar, arriesgaba perder una situación que le había sido, un tanto sorpresivamente, bastante favorable. Decidió seguir en el tema anterior.

-¿Las religiones son malas, entonces?

-No, por supuesto que no, ningún tipo de búsqueda de Dios puede ser algo malo, son, como te dije, acordes al estado de conciencia del hombre. Además, en este momento, han tenido funciones sociales importantes. En lo que sí insisto, es en que por ese lado, el hombre no ha llegado a mí. Ni lo iba a hacer nunca. Al contrario, se alejó de mi verdadera esencia, la totalidad. Y por lo tanto, de la suya propia. O viceversa, si lo prefieres.

El viejo se rascó la cabeza, parecía desconcertado.

-Pero entonces, todos los actos del hombre son debidos a su estado de conciencia.

-Claro- respondió Dios –No solamente el hombre, toda criatura viviente en el universo cumple con esa ley. Cuando un animal mata a otro, es porque su estado de conciencia se lo indica. Puede ser para alimentarse, para defenderse o protegerse. Responde a sus instintos.

Incluso en las antiguas religiones, cuando los hombres hacían sacrificios animales, y aun humanos, era acorde al estado de conciencia de esos pueblos.

-¡Qué interesante, qué interesante- decía al viejo mirando hacia el suelo y con la mano apoyada en su mentón. Y volvió a preguntar.

-¿Y con respecto a la evolución de la especie, cuál es el estado que más interesa, el estado de conciencia individual, o el de todos en conjunto?

Dios pareció sorprendido, la pregunta parecía un tanto obvia.

-Lógicamente que el general de la especie. Tú sabes muy bien que las transformaciones en estos procesos comienzan por mutaciones individuales aisladas producto del azar. Entendiendo el azar como lo que en realidad es: un mecanismo que introduje en la evolución para regular el devenir.

El viejo comenzó a caminar, las manos en los bolsillos de la raída campera, la cabeza baja. Dio un puntapié a una piedrita, parecía preocupado.

La tensión creció en el ambiente. El hombre podía sentirlo claramente, y temía. El viejo dudaba, también se jugaba algo muy importante, algo tremendo. Solo Dios permanecía imperturbable en su infinita calma.

Se acercaba la instancia decisiva, los tres lo sabían, cada uno a su nivel.

El viejo se enderezó, sacó las manos de sus bolsillos y, mirando a Dios, dijo con voz potente:

-¡Pido que los cargos contra el hombre sean levantados!

Dios lo miró largamente, sin expresión, como si, de alguna manera, estuviera viviendo una situación que conocía perfectamente.

-Explícate- dijo con calma.

Y el viejo comenzó su alegato.

-Tú querías un hombre libre y en armonía contigo, no obstante, en la primera relación que tienen, en el inicio de la humanidad, estuvo el temor presente. El temor a lo desconocido, a lo incomprendible. Y ese temor acompañó al hombre cada vez que te buscó, estaba en sus genes, y en la memoria de la especie. Fue lo primero que en su mente primitiva se grabó, por lo tanto es terriblemente fuerte.

”Con tu diseño de hombre y con las características de los primeros encuentros, el temor quedó impreso en él. Se puede decir que fue el primer pensamiento abstracto que el hombre experimentó. ¿Cómo puede un hombre ser libre y armónico con Dios si el fundamento es el temor?

”Y esa circunstancia continuó a lo largo de su evolución, tú mismo lo mencionaste, el temor a Dios de las religiones occidentales, el temor al hombre individual y humano de las religiones orientales. Y, por sobre todo, el temor a encontrar su “otra parte”, donde estaba la verdadera libertad.

”¿Querías, acaso, obediencia basada en el temor? Reconozco que yo mismo interferí en tus planes..., pero yo también amaba, y amo, al hombre. Y por lo tanto le di, tal vez prematuramente, lo que yo consideraba el gran tesoro: la conciencia.

El viejo se detuvo, sacudió su cabeza de un lado a otro con gesto de impotencia.

-Y por ello, fui proscrito por una eternidad- dijo con los dientes apretados. Esperó un poco, se repuso y continuó.

-Actué acorde a mi estado de conciencia, y sin conocer tus planes. ¡¿Es esto maldad, es el hombre malo?!- casi gritó. Estaba tenso, casi indignado. Dios lo miraba atentamente. Finalmente siguió, más calmado.

-¿Es que acaso el mal existe?, ¿no será ignorancia? El mal no existe, querido Dios, tú lo sabes, son solamente estados de conciencia, tal vez una misteriosa artimaña de tu parte para poder aprender. No lo sé...

”Pero si en aquel entonces, en aquel desgraciado momento de mi equivocación, no me aniquilaste, siendo mi estado de conciencia infinitamente superior al del hombre actual, ¿cómo lo vas a exterminar a él?, ¿por ignorante?, ¿es más malo que yo? ¡Qué ironía!, ¿no te parece?

”Dime una cosa, Dios, ¿es malo que el hombre confíe en el hombre?, ¿ya era hora que lo hiciera! Además, por dónde prefieres que te busque, ¿por religiones externas a sí mismo?, ¿no será mejor que te encuentre dentro del propio hombre, donde tantas veces te ocultaste? Al fin y al cabo, cuando estaba a punto de desaparecer buscó dentro de sí, y desde allí me llamó. ¿No es algo nuevo, interesante?, ¿será una de esas mutaciones que mencionaste?, ¿o será algo mucho más trascendente? Creo que de cualquier forma hay que dar oportunidad... El hombre, sin saberlo, ha encontrado un nuevo camino, deja que lo intente... y deja que lo intente yo, también. Nunca más me diste una oportunidad.

El viejo calló, miraba a Dios sin suplicar, con dignidad, pero con humildad, remitiéndose a su juicio.

El hombre esperaba, tranquilo. Ocurriera lo que ocurriera, iba a ser bueno. Había aprendido mucho durante su juicio y sabía que nada malo podía esperar de Dios. Aun su propia destrucción podría tener un sentido superior y oculto. El hombre ya no temía a Dios.

Dios permanecía imperturbable, miraba fijamente al viejo. Era el momento de la decisión y se sentía solo. Tenía el poder y la responsabilidad. Y, por lo tanto, el derecho.

El silencio del mundo era infinito, majestuoso. De pronto, la voz de Dios tronó.

-¡Que así sea!- dijo. Y desapareció.

.....
El hombre y el viejo caminaban juntos mientras el mundo volvía a aparecer; iban por un camino vecinal. Un ómnibus con escolares pasó a su lado seguido de una nube de tierra y de los gritos y algún insulto de los chicos.

-No han cambiado mucho las cosas- dijo el hombre desde su nuevo estado de conciencia.

-No creas- respondió el viejo- has encontrado un nuevo camino hacia Dios.

-¿Cuál?- preguntó el hombre intuyendo la respuesta.

-Tu “otra parte”, el camino que abandonaste hace tanto tiempo, desde donde me llamaste.

El viejo reflexionó un instante y concluyó:

-Lo que en esta instancia salvó a la especie humana..., y creo que mucho más.

Ambos quedaron por un instante en silencio.

El viejo siguió hablando.

-Tienes, ante ti, un nuevo aspecto de Dios, mucho más grande, más poderoso, que lo hace más completo... y también más peligroso. No es un aspecto o un camino libre de riesgos. Y está dentro de ti no afuera. Ya no necesitas intérpretes.

El hombre continuaba pensando. Y habló.

-Pero Él tenía razón, si en aquel entonces no hubieras intervenido, el hombre sería mejor, se habría completado el proyecto mucho antes- dijo.

El viejo lo miró como si fuera un insecto.

-¡Claro que tiene razón, siempre la tuvo!.

-Pero tú ganaste, lograste lo que querías- argumentó el hombre

El viejo suspiró.

-En el camino de la evolución, de la vida, no hay triunfos, tan solo cambios. Eso es lo único definitivo, el cambio.

-¿Y qué vas a hacer ahora, a dónde vas a ir?- preguntó el hombre.

-Tengo mucho para hacer, me voy a ocupar de la “otra parte” del hombre. Así lo quiere Él. Cuando lo busques en ese universo, me vas a encontrar. Allí estaré para orientarte.

-Pero... ¿no dijiste que allí había un nuevo aspecto de Dios?- preguntó el hombre desconcertado.

-¿Y tú qué crees que he sido siempre?, ¿el enemigo? ¿Acaso piensas que Él es tan pequeño?- preguntó casi con indignación.

El hombre seguía pensando.

-A ti te encuentro en la otra parte de mi mente, ¿y a Él?, digamos, ¿en su versión original?- volvió a preguntar el hombre.

-Lo encontrarás en tu corazón, donde siempre estuvo. Pero vas a tener que aprender a escuchar- respondió.

El viejo se detuvo y puso una mano amistosa en el hombro de su compañero.

-Me tengo que ir- dijo con un matiz de tristeza -¿Qué vas a hacer con todo lo que sabes, con tu nueva mente tan despierta?

El hombre pensó unos instantes.

-La humanidad tiene que saber esto, voy a empezar a difundirlo. Y voy a necesitar tu ayuda..., y la de Él. Así que, espero que me escuches. Sé que Él lo hará.

El viejo sonrió y desapareció.

“Así será”- le respondió su “otra parte”

.....
Dios permanecía en la montaña sin que nadie pudiera verlo. Meditaba.

Desde su interior le llegó la voz de El Profundo.

-Fue un riesgo grande- le dijo -¿Hasta dónde hubieras llegado?

-No lo sé- respondió Dios -pero valía la pena hacerlo. Además, confiaba en ti.

-Fue una buena jugada- continuó El Profundo -Satanás salvó a la humanidad y completó su redención. Y el hombre se reencontró con su otra parte, ganó más libre albedrío.

El Profundo esperó un poco antes de volver a preguntar.

-¿Y tú, qué obtuviste?

-Me reencontré con mi otra parte- dijo Dios sonriendo -Y la creación continúa.

-¿Y si hubiera salido mal?- preguntó El Profundo.

-Tal vez el hombre hubiera tenido que desaparecer... y yo también por consiguiente- respondió Dios.

El Profundo guardó silencio por unos instantes.

-¿Qué será de ese hombre en particular?- preguntó -Después de todo, es un hombre común, con un estado de conciencia algo superior, y con un nuevo camino hacia nosotros.

-Lo que importa es que existe una idea nueva en la humanidad- dijo Dios -En cuanto a ese hombre... posiblemente termine en una cruz.

El Profundo no respondió.

No sé si me sentía más confundido o más sabio. Había más por encima de Dios, el Diablo no parecía ser tal, era otra cosa. Era más importante, y no tan malo como decían. Yo también parecía ser más complejo, tenía una parte que desconocía.

Vi la cara del viejo que me miraba con cierta reprobación.

No, no desconocía esa parte, simplemente la había negado, siempre.

Ahora el viejo me sonreía.

¿Y ahora, qué iba a hacer con eso?

No podía decidirlo en ese momento. El viejo estaba impaciente.

Leí la parte final del cuento y de inmediato me surgió la pregunta. Esta me gustaba.

-¿Y Jesús?

Nunca pensé que la respuesta iba a tener este enfoque.

LA DECISIÓN

Después de tantos días, los arqueólogos ya estaban acostumbrados al intenso frío del Himalaya. La temperatura normal durante el día era de tres grados centígrados bajo cero, pero la ausencia de viento y lo seco del aire que caracterizaban ese ignoto recodo entre las montañas, permitían trabajar con relativa comodidad.

El monasterio, como le llamaba al templo, había sido descubierto hacía tres meses por unos montañeses que se habían aventurado en aquellos parajes desconocidos. Estaba cubierto de nieve hasta los techos, razón por la cual, el interior del templo y su contenido se habían salvado de una posible depredación.

Se había podido establecer la fecha de algunas prendas y vasijas encontradas, en un poco menos de dos mil años, y esto lo confirmaba el resto de los materiales que iban apareciendo, los cuales se estaban convirtiendo en un auténtico tesoro para la ciencia. Se había encontrado una enorme biblioteca de papiros escritos en varios idiomas, desde arameo hasta otras lenguas perdidas de antiguos pueblos del Nepal.

Y todo estaba intacto, perfectamente conservado por el frío y la ausencia de humedad.

Lo que llamaba la atención era que, hasta el momento, no se habían encontrado restos humanos. Parecía como si el templo hubiera sido cerrado y abandonado, legando para quién sabe quién, los preciosos misterios de su interior.

La tela que cubría la entrada de la tienda de campaña se abrió dejando asomar la cabeza redonda y un tanto sonriente del nepalés.

-Señor- dijo en un inglés un tanto gutural –venga rápido, creo que hallamos algo importante.

Allí todo era importante, tremendamente importante, pensó Martín. Era el responsable de la expedición y nunca había tenido un minuto para poder procesar debidamente los materiales encontrados; un minuto para poder pensar, era todo o que pedía. Pero el escaso tiempo del que disponían y la sucesión permanente de hallazgos se lo habían impedido. Con un largo suspiro se puso su abrigo, tomó la linterna y salió al exterior siguiendo el paso ágil del nepalés.

Cuando llegaron al sitio de la excavación se detuvo un instante para mirar, una vez más, el templo. Ya estaba casi totalmente limpio de nieve, solo quedaba por despejar la parte que se apoyaba en la montaña. El resto estaba casi totalmente rodeado por un precipicio que daba a un glaciar, unos doscientos metros más abajo. El acceso era solamente por aquel angosto camino de cornisa, razón por la cual, aquel ignoto valle había permanecido oculto e ignorado hasta la fecha.

Excepto su fachada y construcciones exteriores, sencillas y austeras, el resto del templo se había construido excavando la montaña.

Los arqueólogos aun no podían explicarse el motivo por el cual se había construido un templo en ese lugar, pero confiaban que eso se iría develando al descifrar el contenido de los papiros.

Entraron. Cruzaron rápidamente el amplio salón interior que la luz del sol iluminaba en su totalidad. Descendieron los rústicos escalones y dejaron atrás el acceso a la sala de la biblioteca. Ya no había luz natural, encendieron sus poderosas linternas y continuaron el descenso.

Si bien la temperatura había ascendido un par de grados, la sensación térmica no difería mucho de la del exterior. Martín pensó que la escalera debía correr cerca de la ladera de la montaña, por eso la temperatura parecía ser prácticamente constante.

Habrían descendido unos cuarenta metros cuando comenzaron a escuchar las voces.

-Llegamos- dijo el nepalés con un indisimulado nerviosismo.

La escalera comenzó a ensancharse y, al doblar uno recodo de unos noventa grados, se encontraron con los otros arqueólogos que los miraron con ansiedad.

Una piedra muy grande, de unos dos metros por dos y unos cinco centímetros de espesor, estaba en el suelo, y las cinco personas, cuatro hombres y una mujer, estaban de pie, en silencio, frente a una puerta de aproximadamente las mismas dimensiones de la piedra.

Un noruego enorme que portaba una lámpara de mano, le dijo en un inglés perfecto:

-Creo que aquí hay algo importante, por eso te llamé. Mira.- dijo señalando donde la puerta se juntaba con el suelo. El noruego era ingeniero, además de arqueólogo y Martín confiaba mucho en su criterio.

Martín se agachó e iluminando con su propia linterna la parte inferior de la puerta pudo ver una delgada canaleta de aproximadamente un centímetro y medio de profundidad.

Se levantó.

-¿Qué es esto?- preguntó frunciendo el ceño.

-Pensamos que es un riel sobre el que corre la puerta- respondió el noruego –estaríamos en presencia de algo mucho más elaborado. Además, el hecho de encontrar esta construcción a esta profundidad y tan separado del resto, parece indicar que detrás puede haber algo importante. Arriba no había nada similar.

Martín Fuentes era español, y, a sus cuarenta y cinco años, temía que todo finalizara en la rutina de siempre, una habitación con algunos recipientes, seguramente un depósito de comestibles. “Sin embargo, ese riel...”

Martín era funcionario de la UNESCO desde hacía ocho años, y las disposiciones establecían que era el responsable de la expedición quien debía decidir cómo proceder en un caso como este.

-Vamos a abrir- dijo Martín.

Comenzaron a empujar la puerta, despacio, con precaución, observando cuidadosamente todo. De inmediato vieron que la puerta corría unos centímetros sobre su riel. Se miraron asombrados, prácticamente no habían hecho esfuerzo alguno.

-Espere- dijo Martín. Observó cómo el lado derecho de la puerta se había introducido unos cinco centímetros en la piedra.

-¡Esto es increíble!,- exclamó - parece que corriera sobre una especie de pista de rulemanes. Debe ser algún sistema de contrapesos. Y el que lo diseñó quería facilitar el acceso de quien lo encontrara.

-Sí- dijo el noruego con sorna –después de encontrar este valle perdido, después de haber subido hasta acá, después de encontrar este pasadizo. Después de todo eso podemos entrar muy fácilmente.

Martín se excitó, esto ya no era rutina.

-Sofía- dijo dirigiéndose a la arqueóloga italiana, una muchacha pequeña, joven y muy bonita –vamos a anotar todos los pasos que dimos y a grabar todo lo que hablemos.

Sofía estaba allí como experta en lenguas antiguas. Encendió el pequeño grabador, dijo fecha y hora y detalló las circunstancias hasta ese momento vividas.

-¿Traigo la filmadora?- preguntó.

Martín dudó un instante.

-No, primero quiero ver qué hay adentro, no quiero meter mucha cosa hasta ver bien el ambiente. .

Terminaron de correr la puerta fácilmente, sin ruido.

Con ansiedad iluminaron el interior. Era una estancia de piedra, de unos cuatro metros por cuatro y unos tres metros de altura. Al fondo, una puerta similar a la anterior.

El noruego observó el indicador de gases.

-La atmósfera está bien, es una habitación diseñada para aislar la segunda puerta. Allá está lo más importante- dijo señalando la segunda puerta. –Entremos, rápido.

Martín asintió con la cabeza. Entraron y cerraron la puerta. Iluminaron toda la estancia con las linternas. No se veía ningún objeto.

-Sí, tienes razón- dijo Martín, y agregó para el grabador:

-Esta disposición de las puertas forma una especie de trampa que protege lo que está detrás de la segunda puerta, de un contacto directo con la atmósfera exterior. Si consideramos la profundidad a la que nos hallamos, el frío constante y soportable, y lo seco del ambiente, podemos suponer que allí detrás existe algo que deseaban preservar y proteger. Ese puede ser el motivo de la trampa de aire.

Comenzaron a iluminar detalladamente la estancia. Era casi una cueva, rústica, tallada en la roca, sin ángulos definidos. El noruego parecía tener razón, su único propósito parecía ser el de oficiar de antecámara para preservar la cámara siguiente del contacto con el aire exterior. No se veía objeto ni mobiliario alguno.

-¡Vengan!- exclamó Sofía que estaba cerca de la segunda puerta –¡aquí hay algo!

Se aproximaron. Junto a la segunda puerta, en un pequeño hueco en la roca, Sofía estaba iluminando algo que parecía ser un rollo de piel.

-Sácalo- dijo Martín.

El rollo estaba en perfecto estado de conservación y se pudo comprobar que tenía unos cuarenta centímetros. Lo abrieron con sumo cuidado, se extendía por uno veinte centímetros y se podían ver muy claramente, una gran cantidad de caracteres.

Sofía los examinó atentamente.

-Está escrito en griego antiguo, y más abajo en latín.

Todos se miraron con asombro.

-Esos idiomas en estos parajes...- casi reflexionó en voz alta Martín.

-Evidentemente está dirigido a la gente en general- dijo Sofía –si fuera algo local no estaría en estos idiomas. Tal vez se hubiera utilizado un dialecto...

-¡Lee, por favor...!- urgió alguien.

“Esta puerta no podrá ser abierta sin cerrar la anterior”- Sofía miró al noruego.

-Continua- dijo Martín, nervioso.

“Por su propia decisión, El Maestro ha interrumpido su ciclo natural de vidas a fin de, en continuidad de conciencia, poder explicar a las generaciones venideras la realidad del mensaje.

Si quienes esto leen están en conocimiento acerca de cómo interrumpir un proceso de hibernación, será señal de que los tiempos se han cumplido. Si así no fuera, respetad los designios del destino y no violéis este sagrado recinto. Así lo ha querido Él.”

-En latín dice lo mismo- finalizó Sofía.

Todos se miraron.

-¿Qué hacemos?- la pregunta iba dirigida a Martín.

-No sé quién será ese tal Maestro- dijo Martín –pero la ciencia actual sabe interrumpir un proceso de hibernación desde hace ya mucho tiempo. Si no, pregunten a todos los que se hicieron congelar esperando el futuro. Además, se sepa o no, no me pienso ir sin saber qué hay allí adentro. Por más que lo quiera el Maestro- agregó con sarcasmo –Entremos de una vez.

La puerta corrió tan fácilmente como la anterior. El aire era igual de frío, respirable, pero con un extraño sabor. Entraron y cerraron de inmediato.

La luz de las linternas no podía precisar las dimensiones de la habitación. Era grande, tal vez de diez metros por diez y unos cinco de alto.

“Seguramente para que no la afecte un abrir y cerrar de puertas”- pensó el noruego.

Iluminaron todo el recinto. No había nada. Excepto aquella mesa, que se veía lejana y difusa sobre el fondo de la estancia. Avanzaron.

Al llegar junto a la mesa la tensión los ganó a todos.

Sobre la mesa estaba tendido el cuerpo de un hombre desnudo. Yacía en una especie de lecho formado por lienzos y hierbas que debían haber contribuido al proceso de hibernación.

Iluminaron su rostro.

Nadie dijo nada. Solo se pudo escuchar el rechinar de los dientes apretados de Martín y los sollozos quedos de Sofía. Todos se empaparon en transpiración, a pesar de lo frío y seco del ambiente.

El hombre parecía dormido, evidentemente estaba vivo, aunque no respiraba. Estaba en hibernación, sin lugar a dudas.

Su cabellera era abundante. Seguramente había seguido creciendo por un tiempo, después de interrumpir los procesos vitales. Otro tanto se podía decir de las uñas. Su piel era un tanto oscura, con evidencia de una vida al aire libre, y sus rasgos eran marcadamente semitas. Tenía barba.

Debía tener un poco más de un metro con ochenta de estatura, delgado y de contextura normal. Aparentaba entre cuarenta y cinco y cincuenta años.

Pero lo que había dejado a todos petrificados, sin habla, eran las cicatrices en sus muñecas, en sus pies y en el lado derecho de su pecho.

Además, sus facciones eran inconfundibles.

Naciones Unidas. Diez días después.

La sala parecía a punto de estallar, los corrillos, los gritos y el movimiento, evidenciaban el clima de profundo nerviosismo que había ganado a todos los delegados. El Secretario General estaba en uso de la palabra:

-Señores, por favor, miremos las cosas con más calma- en su semblante se notaban las profundas huellas del cansancio y la tensión.

Hacía cinco días que los medios de comunicación de todo el mundo no hablaban de otra cosa:

-“¡Jesús fue encontrado vivo!”- titulaban los periódicos con los caracteres más grandes que nunca hubieran utilizado

“Los científicos aseguran que es posible interrumpir el proceso de hibernación sin dañar el cuerpo o el cerebro. La técnica de congelamiento empleada en el proceso así lo

permite. El lugar donde del hallazgo permanece en el más estricto secreto, pero ha trascendido que sería un sitio inexplorado del Tíbet y que se halla rodeado de las más estrictas medidas de seguridad.

El mundo cristiano está de fiesta, mientras que el resto, aguarda con ansiedad la resolución de las Naciones Unidas acerca de lo que, sin duda, es el acontecimiento más importante en la historia de la humanidad. Los cristianos, y muchos que no lo son, esperan contar a partir de hoy con la más grande orientación espiritual que pudieran haber soñado.”

Así se expresaba uno de las principales agencias de noticias cuyos textos recorrían todo el mundo..

Pero en la sede de las Naciones Unidas las cosas estaban tomando otro cariz. Ahora hablaba el delegado de Holanda, y ponía de manifiesto el tema central de la discusión de ese día.

-Por más calma que tengamos, señor Secretario, el mundo es como es. Y, por lo tanto, la primera prenda que se ponga Jesús, la primera compañía aérea que utilice, el primer restaurante donde coma, desatarán una campaña publicitaria que distorsionará totalmente la magnitud del acontecimiento. Y no pensemos lo que podría ser para el primer periódico que consiga su palabra en exclusiva. Cada palabra que diga Jesús va a hacer temblar al mundo. ¿Y quién va a comprobar si, cada vez que hable, dijo tal o cual cosa?, ¿acaso va a tener que hablar permanentemente por conferencia de prensa y dirigiéndose al mundo entero? ¡Por favor, no puede haber ser humano que resista esto!

-¡No es humano!- exclamó una voz casi con desesperación.

Y una vez más estalló el griterío, los gestos de amenaza y los insultos feroces entre grupos de delegados.

Hacia varios días que el debate giraba en ese entorno. Había problemas e interrogantes de todo tipo: ¿qué idioma se le iba a enseñar?, fue una de las primeras interrogantes, pues había que comunicarse con él de alguna forma.

-Inglés, por supuesto, es el idioma universal por excelencia- dijo el delegado británico.

-¡Es un idioma comercial y político!- acotó con indignación el delegado español, y continuó- Y aunque a usted le parezca increíble, este no es un asunto de esa índole.

El inglés lo miró a la distancia y frunció la boca dando a entender que no estaba seguro de la exactitud de la respuesta del español.

El delegado italiano habló rápidamente aprovechando ese pequeño pozo de silencio.

-Tendríamos que hablarle en latín. Ese era el idioma en que estaba escrito el pergamino con las instrucciones. Además, es el idioma del Vaticano, la continuación de su iglesia.

El delegado griego se puso de pie y argumentó rápidamente.

-Las instrucciones también estaban en griego. Y no estoy tan seguro de que el Vaticano sea lo que hubiera querido Jesús.

Estalló un nuevo debate informal.

-¡Insisto en el inglés!- logró gritar el delegado británico.

Fue imposible llegar a un acuerdo, se proponían, a los gritos, las soluciones de compromiso más asépticas y originales, tales como que se le hablara en esperanto. El Secretario decidió cambiar de tema.

-Señores, antes de que Jesús se dirija al mundo, en el idioma que sea, creo que a él le interesará saber qué ha sido del mundo en estos dos mil años. Por lo tanto, me gustaría escuchar ideas acerca de cómo preparar esa información. Se la prepararemos en arameo- dijo rápidamente previendo un rebrote de la discusión anterior.

El delegado francés tomó la palabra.

-La situación es muy delicada, debemos tomar en cuenta que es una persona con un desarrollo espiritual enorme, pero con una visión política de un mundo de hace dos mil años. Podremos explicarle el mundo desde un punto de vista político, así lo escribe la historia, pero, ¿quién podrá darle una visión objetiva?, ¿qué historia de la cultura transmitiremos, la de oriente o la de occidente? El mundo de Jesús no incluía cosas tales como América, el África negra, Japón... Y suponiendo que podamos transmitirle algo coherente, ¿estaremos preparados para aceptar un juicio adverso de su parte o, en este caso, lo que diga será “palabra santa”?

Algunos bajaron la cabeza y asintieron en silencio, otros crisparon los puños con furia ante lo que interpretaban como un menoscabo al entendimiento de Jesús.

El delegado francés continuó.

-Señores delegados, creo que el problema no radica en lo que le vayamos a decir a Jesús, sino en lo que él nos diga, pues apenas condene a algo o alguien, con razón o no, ese algo o alguien no tendrá quien lo defienda.

-Pero, ¿acaso usted piensa que alguien como Jesús pueda equivocarse?- preguntó el delegado de un país centroamericano.

-Eso es algo que vamos a tener que decidir de antemano- respondió el francés sin comprometerse –si le adjudicamos el carácter de infalible, lo cargaremos con la resolución de todos los problemas que el mundo de hoy no puede resolver, y deberemos acatar su juicio, nos guste o no. Se puede decir que toda la evolución moral del hombre, todo el sentido de la justicia, que mal o bien procuramos diariamente desarrollar, han sido inútiles. Si, por el contrario, pensamos que sus juicios pueden ser falibles o discutibles, quedará como un hombre común, lo que podríamos llamar, un gran consejero de la humanidad. Y aun así, ¿quién osaría pedir un consejo para luego desestimarlo? Pero lo más delicado de esta posibilidad es que, en este caso, su persona ya no tendría un carácter divino o sagrado de momento que le hemos asignado la posibilidad de que se equivoque. ¿Qué sería del cristianismo en este caso?

El murmullo comenzó como un leve temblor que crecía más y más.

El Secretario General vio que la discusión había derivado hacia un aspecto en extremo peligroso.

El Secretario recordaba el júbilo que sintió cuando el mundo pidió que el tema fuera tratado en el seno de la Naciones Unidas. Y en aquel momento no le pareció extraño que las súper potencias accedieran tan rápidamente a ello, casi parecían aliviadas. El Secretario se había imaginado a sí mismo ingresando con Jesús al prestigioso foro que él presidía. Hasta fantaseaba con una conversación privada, íntima, donde pudiera pedirle consejo para un mejor desempeño de su labor. Él podría pasar a la historia como el primer interlocutor de Jesús para el mundo.

Pero en ese momento, se dio cuenta de que podría pasar a la historia como el incompetente que no logró que el mundo se pusiera de acuerdo en lo que, con seguridad, era el tema más importante que se hubiera tratado en conjunto.

Viendo que el delegado de Siria levantaba la mano con insistencia resolvió darle la palabra con la esperanza de apartar la discusión del espinoso tema del carácter divino de Jesús. Estaba seguro de que el árabe iba a hacer una reivindicación del Islam. Ello podría hacer caer la discusión en un pozo aburrido y manejable. Nadie iba a negar el Islam el cual, por su parte, no dejaba de lado a Jesús, si bien lo mostraba con un matiz diferente. Además Mahoma no estaba vivo. Pero el Secretario se equivocó.

-Señores delgados- comenzó el sirio –voy a hacer una pregunta que, si bien puede parecer trivial, es de particular importancia para mi país, y creo que para muchos más. ¿Dónde va a vivir Jesús?- Y paseó la mirada lentamente por la sala. Algunos se tomaron la cabeza al darse cuenta de la implicancia de la pregunta.

-Por supuesto que en Israel- se adelantó el delegado israelí.

-¿Qué quieren, crucificarlo otra vez?- gritó alguien en inglés para adelantarse a los sistemas de traducción simultánea y que su pregunta pudiera ser escuchada por todos, sobre todo por los periodistas.

-No voy a contestar a un comentario tan bajo, pero sí quiero aclarar, que si el mundo tiene algo que reprochar a mi pueblo por motivo de aquel desgraciado y confuso episodio, éste es el mejor momento para que podamos saldar esa supuesta cuenta. Sea ella justa, o no.

-Me parece- respondió el sirio –que lo que usted pretende es afirmar un reconocimiento del estado de Israel utilizando una circunstancia favorable. Y espero que no sea un pretexto para, en un futuro inmediato, anexarse territorios en nombre de un pasado discutible. Palestina también era la tierra de Jesús.- concluyó.

El delgado de Israel respiró hondo antes de responder.

-Señor, pasando por alto el detalle de su comentario, le guste o no le guste a usted y al resto del mundo, él es judío. Sí, judío, no estoy diciendo hebreo, israelita u otros calificativos que están disfrazando la cuestión de fondo. Por más que el cristianismo universal se embandere con Jesús, lo adore y haga varias versiones de su culto, siempre omiten mencionar que es judío y, por lo tanto, nosotros somos su pueblo, y con nosotros querrá vivir. ¿O se arriesgan a preguntárselo? Tal vez él no quiera vivir en Jerusalén.- culminó con cinismo.

-Qué curioso- el sirio también apeló al cinismo –es la primera vez en casi dos mil años que les escucho decir que Jesús es judío.- Y de inmediato endureció el tono –Creo que al decir que es judío, usted no solo le está dando un cariz religioso al asunto, creo percibir el sionismo detrás de sus palabras, o, mejor dicho, el racismo.

El delegado de Israel se puso de pie, indignado, pero el sirio continuó.

-Además, usted quiere llevarlo a Jerusalén, habría que preguntarle a él a qué parte de Jerusalén quiere ir. Tal vez no sea a la que tiene Israel, después de todo él anduvo por todos lados. ¿Y acaso ustedes pueden garantizar su seguridad?, ¿o lo van a dejar crucificar, - perdón, debí decir ejecutar,- en un confuso atentado que ustedes, -seguramente,- van a atribuir a los palestinos como antes se lo atribuyeron a los romanos?

El delegado de Israel estaba congestionado.

El Secretario se había dado cuenta por qué el tema de Jesús había caído en sus manos. A esta altura era un más un problema que un honor, y comenzó a pensar en la posibilidad de postergar aquello por un tiempo.

-Creo que se ha tocado un punto sumamente importante- dijo –Si no lo solucionamos es muy difícil seguir adelante. Me estoy refiriendo al tema de la seguridad. Por lo tanto, mociono que para que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas analice el tema y haga las recomendaciones del caso antes de continuar.

“De todas formas, sigo siendo el interlocutor más probable”- pensó para sí.

Fue un alivio general, todos necesitaban tiempo para consultar a sus gobiernos. La moción se aprobó casi por unanimidad. Hubo unas pocas abstenciones y algunos votos en contra. De los delegados de los países que integraban el Consejo de Seguridad, claro.

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Diecisiete días después.

-Israel y los países árabes continuaban trasladando tropas a sus fronteras, el principal punto de discusión es Jerusalén... y los territorios palestinos. Todos quieren consolidar algo antes de que Él hable- el representante de Estados Unidos hizo una pausa en la lectura de su informe y miró al resto de los delegados antes de continuar. Alguno levantó las cejas, otro se acomodó en el asiento, y nadie dijo nada. El delegado continuó.

-Un ayatolá en Irán está llamando a la guerra santa, todavía no se sabe quién contra quién. Irak declaró estado de emergencia nacional, etc., etc., el mundo islámico está por explotar. Por otra parte, están ocurriendo ataques y atentados en todo el mundo, principalmente contra los judíos. Varios países del tercer mundo han declarado su intención de no pagar la deuda externa hasta que Jesús se pronuncie al respecto, como consecuencia, las bolsas están cayendo en todos lados. Las sectas proliferan y por todas partes se están organizando excursiones para ir al Himalaya. Ante un supuesto fin del mundo y juicio final, la producción se ha detenido en muchas partes del planeta y comienza el desabastecimiento. Han asesinado a varios misioneros acusándolos de falsos profetas, los suicidios aumentan vertiginosamente y hay una conversión masiva hacia diversas variantes del cristianismo. Las iglesias del mundo están permanentemente atestadas y las colas para confesarse, casarse, comulgar, etc. suman kilómetros en algunos lados. Las comunicaciones radioeléctricas y de telefonía están saturadas, y la demanda de energía creció un treinta por ciento, el mundo permanece en vela. Los titulares de la prensa mundial hablan de una demora injustificable en resolver la situación y nosotros todavía no sabemos qué es lo que tenemos que resolver. En otro sentido, el número de crucificados en el mundo, voluntariamente o no, pasa los mil doscientos y aparecen en cualquier lado, plazas públicas, postes de alumbrado, etc. El incremento en la demanda de cruces, imágenes y otros símbolos creo que es un detalle menor. Eso es todo, en general.

El delegado finalizó el informe con un fuerte resoplido y arrojó el papel sobre la mesa.

Todos miraban hacia abajo. El ruso se animó a hablar.

-Tenemos que definir el problema- comenzó con cierta cautela -Evidentemente, la seguridad del mundo está muy comprometida, aunque es la primera vez, que yo recuerde, que se nos nombra gendarmes de hecho, de esa seguridad. El problema es de seguridad, repito, pero, ¿cuál es el problema?- hizo una pequeña pausa y continuó -¿El problema es darle seguridad a Jesús?, ¿o proteger al mundo de las consecuencias de sus actos futuros? Estamos viviendo una paradoja: Jesús es un problema para la seguridad del mundo.

Se escucharon algunos carraspeos. El dedo verbal del delegado ruso había orillado la llaga mental que todos rumiaban sin decidirse a tragar o escupir.

El delegado inglés se acomodó en su asiento y llevó las manos a la solapa. Todos lo conocían muy bien, el inglés se aprestaba a hablar.

-Miremos las cosas pragmáticamente, señores- su tono era algo doctoral y su acento era exquisito. -Esta es una reunión secreta, por lo cual podemos analizar todos los ángulos de la situación con cierta comodidad. Si prescindimos del contenido emocional del asunto, podríamos decir que, hasta hace unos pocos días, el orden mundial se encontraba dentro de determinados parámetros que conducían hacia una época de paz que hace tiempo deseamos.- El ruso asintió con la cabeza -Incluso podemos decir que se avecina una especie de orden mundial bastante conveniente a la idea que tenemos de un mundo civilizado- miró al norteamericano. Éste no se movió. El inglés continuó.

-Esa situación mundial, cuyo futuro me atrevería a calificar como muy favorable, se ha visto interrumpida, o modificada, por la aparición de un factor externo. El desarrollo de dicho factor, es decir, su evolución, significa cambio. Un cambio hacia algo totalmente imprevisible, desconocido, por más que durante siglos se habló, casi unánimemente, de las bondades de la persona en cuestión. Como dijo mi colega, es un hombre de hace dos mil años. ¿Aceptará él la forma en que el mundo evolucionó?, ¿o la emprenderá a latigazos con todos nosotros?

La tensión crecía en el recinto. No era solamente la resolución del asunto para con el mundo. Casi todos los integrantes del Consejo de Seguridad estaban siendo confrontados consigo mismos. El inglés estaba decidido a continuar hasta el final.

-Esto, señores, puede significar el fin de un ordenamiento mundial que, perfectible o no, es deseable, y evoluciona hacia tiempos de paz y prosperidad. Por lo tanto, creo que la alternativa está entre ese futuro probable y la posibilidad, bastante difusa, de un supuesto avance espiritual. Eso es lo que tenemos que decidir.

El ruso se sacó los lentes y resopló. Todos lo miraron expectantes esperando su palabra. Nadie quería hablar en esa circunstancia, nadie quería opinar ante lo que el inglés había manifestado. El ruso tampoco, pero se había visto atrapado por sus propios gestos. Y tuvo que hablar.

-Usted plantea las cosas en una forma... Parecería ser que si lo despertamos peligrará la paz mundial. Por lo tanto podemos decidir no despertarlo.

El dedo había entrado violentamente en la llaga mental de cada uno. El ruso, impulsado por el inglés, había expresado con claridad la peor alternativa. La que nadie quería considerar. Si lo desmentían, si le decían que había interpretado mal, ¿qué enfoque le darían al problema? ¿Y quién se atrevería a hacerlo?

Por su parte el ruso sabía de lo peligroso de sus dichos, y no estaba dispuesto a quedar solo con ellos, no fuera cosa que la conversación continuara sin que nadie le dijera si o no, y, posteriormente fuera el único que hubiera mencionado tal posibilidad. La historia podría registrarlos como un bárbaro.

-¿Es así el planteo, señores?, ¿está bien definido el problema?

El ruso paseó la mirada por los presentes, uno por uno. Nadie habló. Ni siquiera se movieron. El ruso no dejó pasar la oportunidad.

-Interpreto vuestro silencio como un asentimiento.

El silencio siguiente los aplastó aun más. Hasta que el norteamericano estalló.

-¡No puedo creer que estemos discutiendo tamaña monstruosidad!, ¿quiénes somos nosotros para decidir si Jesús ha de vivir o no? ¿Cómo pudimos llegar a esto?- exclamó casi con desesperación.

-El mundo nos puso en esta situación- dijo el inglés -y más vale que asumamos la responsabilidad que se pretende de nosotros. Nos guste o no, nuestros antecesores han hecho que nuestros países determinen gran parte de los designios del planeta. No debemos mirarnos, en este momento, como personas individuales, sino como intérpretes de los deseos de la humanidad y del devenir de la historia. Al pasar las Naciones Unidas la decisión a nuestras manos, lo están convirtiendo, tácitamente, en un reconocimiento de lo que acabo de decir. Decidamos pues, sabiamente si podemos, ignorantemente si debemos, pero decidamos, y no tengamos miedo.- concluyó parafraseando a su ídolo personal: Lord Mountbatten. Y continuó.

-Eso sí, de momento que la humanidad nos arrojó esta “papa caliente”, que se atengan a nuestras futuras decisiones en otros aspectos. ¿Alguien ve otra alternativa?

El silencio era espeso. Hasta que fue roto por una risa suave, prolongada y un tanto cínica, que se dejaba oír desde un extremo de la mesa. Todos miraron hacia allí, con intriga y alivio de que alguien interrumpiera la tensión.

El chino los miraba sonriente y tranquilo. Con una lentitud exasperante comenzó a insertar un cigarrillo en una larga boquilla.

-Parece que mi amigo inglés no desperdicia una sola oportunidad de mostrar sus apetitos coloniales. Además, creo adivinar su intención de voto a través de sus dichos- dijo con ironía.

El inglés se incorporó para contestar.

El chino levantó una mano al tiempo que decía:

-Sí, existe otra alternativa.

El inglés se sentó de inmediato. El chino le sonrió cínicamente y continuó.

-Tal vez, mi condición de oriental, y mi desarrollo político más maduro, me permitan una visión más objetiva del asunto- el norteamericano miró hacia arriba al tiempo que sus dedos tamborileaban rítmicamente sobre la mesa en una clara señal de hastío.

-Por favor- aclaró el chino al ver el gesto –no es mi intención molestar. Simplemente estoy dando un punto de vista.

-Continúe, continúe- dijo el ruso ansioso por otra alternativa que los sacara de aquella situación. El chino le agradeció con una inclinación de cabeza antes de seguir.

-Bien, el asunto es sencillo. Las Naciones Unidas quieren una recomendación del Consejo de Seguridad, y nosotros se la vamos a dar. Es obvio que en el seno de las Naciones Unidas no se puede resolver el asunto, todos lo vimos. Tanto las Naciones Unidas como este organismo son organismos políticos, y si bien este espinoso asunto está ocasionando problemas políticos que afectan la seguridad del mundo, el mismo puede ser abordado en otros términos, dada las características del “factor externo”- al decir esto miró al inglés con sorna. Este no se inmutó. Y el chino continuó ante la creciente curiosidad del resto.

-Yo definiría el problema como un asunto religioso, particularmente cristiano. Y si lo miramos así, solamente algo más del veinte por ciento de la población mundial, aproximadamente, profesa la religión cristiana o cualquiera de sus variantes. Por lo tanto, este Consejo, podría declinar la solución de un problema que no es de su competencia por escapar de lo político y por tratarse de un asunto de minorías religiosas. Una minoría profundamente significativa, debo reconocer- el chino se adelantó a las miradas un tanto iracundas de alguno de los delegados.

-Esto nos exige a nosotros de tener que tomar decisiones que, fueren cuales fueren, siempre serían condenadas, en un sentido o en otro. Y por supuesto- agregó mirando al inglés –quiero mencionar que yo hubiera puesto el veto a lo que, presumo, se iba a resolver. “Una más a tu larga cuenta, cerdo”- pensó el inglés mirando al chino sin expresión.

-Me imagino que no terminó- le dijo con calma -¿puede explicarnos quién va a decidir acerca del futuro de Jesús?

El chino sonrió, se acomodó en su asiento y dio una larga pitada a su cigarrillo antes de responder. Parecía disfrutar de la situación.

-Es curioso cómo la historia se repite, pero con variantes. Antiguamente hubo que decidir si se le crucificaba o no, si era el Mesías, o no lo era. Ahora está en una cruz, se puede decir, y lo que hay que decidir es si lo desclavamos o no..., y también si es el Mesías o no. Y sugiero que ambas cosas las haga el Imperio Romano, que desde hace dos mil años mantiene las manos limpias “ de la sangre de este justo”.

-Explíquese- dijo secamente el norteamericano.

-Me refiero a que el problema lo resuelva la moderna versión del Imperio Romano ..., estoy hablando del Vaticano. Después de todo, es un problema religioso, ¿no es así?- preguntó con sorna.

-¿Qué quiso decir con eso de si es o no el Mesías?- preguntó el ruso.

El chino levantó las cejas y puso expresión de inocencia.

-Todavía nadie dijo que es Jesús. El mensaje de la entrada habla de El Maestro, todo lo demás son suposiciones. El Vaticano tendrá que decidir.

Los delegados suspiraron, apenas se atrevían a mirarse unos a otros. El ruso continuó implacable.

-A propósito- sería conveniente que se hicieran arreglos en caso que la Santa Sede decida que no es Jesús. Esa es una zona de frecuentes terremotos- finalizó con un sutil y cruel cinismo.

Y en medio del silencio más hipócrita que registra la historia del mundo, la reunión se dio por finalizada sin que nadie dijera una palabra más.

El Vaticano, en algún salón muy reservado. Veintiún días después.

-No importa lo que piensen las demás fracciones cristianas- decía en ese momento el Cardenal Bolocci en el seno de aquella especie de Estado Mayor con que contaba el Papa para las grandes decisiones. -El Consejo de seguridad nos pidió que nos expidiéramos acerca de si se trata o no del Cristo. Lo que se espera de nosotros es una respuesta técnica, podríamos decir. Y como el mejor archivo de información se encuentra aquí, el mundo, incluido el mundo cristiano, espera nuestra opinión en este sentido.

-De acuerdo- el Cardenal Suárez asintió -cuando me refiero a la opinión del resto del mundo cristiano, lo hago pensando en las implicancias de la demora. Tenemos al Cristo allí y no hacemos nada, esto es lo que se está diciendo.

Bolocci intervino.

-Una opinión técnica de este tipo no debe ser algo que se haga contra reloj, me parece a mí. Además, debemos considerar que, por más que se discuta en forma general, la imagen que aquí está en juego es la de Su Santidad, pues a los ojos del mundo será él quien tome la decisión- la mirada de Bolocci se dirigió hacia el Papa. Había sido un hábil tanteo, y una forma de decir que era Roma quien mandaba, pues al fin, después de tantos años, el Papa era una vez más, italiano.

El Papa no respondió. Cada vez que lo interrogaban veladamente, como ahora lo había hecho Bolocci, no lo hacía.

Si afirmaba, aunque más no fuera con una leve inclinación de cabeza, lo dicho por Bolocci, asumía, de hecho, la responsabilidad en forma directa, y la discusión se vería distorsionada. Pues todos buscarían fundamentar sus opiniones tratando de anticipar el carácter de su decisión y, por lo tanto, no serían auténticos. Todos mentirían, actuarían, como tantas veces lo habían hecho. El Papa era un profundo conocedor de la naturaleza humana y estaba neutralizando con habilidad el conocido juego de la intriga doméstica, a la vez que mantenía latente la responsabilidad de la decisión.

“Lo que de aquí salga lo van a sentir todos, absolutamente todos. Y lo van a sentir hasta el fondo de sus intestinos”- pensaba el Papa.

Y nadie sabía qué se iba a decidir, si se iba a votar o no. El Papa tampoco lo sabía.

Nadie sabía cuánto tiempo se iban a tomar para llegar a una decisión. El Papa sí lo sabía.

Pensativamente acarició el papel que guardaba en su bolsillo. Con movimientos un tanto furtivos, lo sacó y lo leyó una vez más. Era un escueto cable. Había sido entregado en sus propias manos por un mensajero, utilizando un código que muy pocas personas sabían en el mundo. Este procedimiento había sido utilizado por última vez, tres días antes de lanzarse la ofensiva contra Irak.

El cable decía:

“Querido amigo, por razones que usted seguramente comprende, dispone hasta el viernes a la hora 1500 GMT para hacernos saber su decisión. Informes totalmente confiables indican que, pasado este plazo, un terremoto destruirá completamente la zona del templo.”

No había firma ni sello alguno, ni nada que pudiera indicar su origen, pero él sabía perfectamente de donde procedía.

Y eran las doce horas, GMT, del viernes.

Solo había doce cardenales presentes ese día. Ninguna de ellos sabía que era la última jornada.

El Papa había decidido hablar lo menos posible para no influir en el debate, y así lo había hecho saber a los presentes.

-Continúe, Cardenal Suárez- dijo.

-Bien- comenzó Suárez –creo que lo primero que tenemos que decidir es si es o no es Jesús. Los elementos que tenemos a favor de una identificación positiva son los siguientes:

En primer lugar lo correspondiente a su aspecto físico. Las cicatrices de sus muñecas y pies, la herida en el pecho y el reciente descubrimiento de heridas de espinas en su frente, constituyen una evidencia bastante considerable. Tenemos, además, su edad, sus rasgos semitas y, por si fuera poco, su apariencia en general, estatura, rostro, expresión, todo ello indica que estamos frente al Cristo.- Se interrumpió para tomar un sorbo de agua y continuó.

-Además, los análisis que se han hecho de los lienzos que rodeaban al cuerpo arrojan los mismos resultados, en cuanto a antigüedad y procedencia, que los análisis efectuados al Santo Sudario.

Suárez miró a Bolocci concediéndole la respuesta. Debía exponer sus argumentos uno a uno, no fuera cosa que al rebatirle el último quedaran tácitamente desvirtuados todos los demás.

Suárez quería ser muy cuidadoso, él había visto el cuerpo y no podía sustraerse a la impresión que le había causado. Para el Cardenal Suárez, Jesús siempre había sido objeto de un sentimiento de amor más allá de su condición sagrada, era la persona de Jesús que le provocaba eso. Cuando Suárez hablaba de Jesús sentía dentro de sí una fuerza especial, una especie de sentido de propiedad sobre todo aquello que pudiera estar referido a Jesús.

Esa era una de las razones por la cual el Papa lo había designado para el viaje y para demostrar que la persona en cuestión era en realidad Jesús.

Por supuesto que esta convicción iba a ser algo particular de cada uno, pero, sin lugar a dudas, el cardenal Suárez iba a exponer el asunto con tanto calor y convicción como lo haría la parte más apasionada de cada uno de los presentes. Además, Suárez era muy inteligente y muy claro para hablar, y no carecía de objetividad.

Pero por sobre todo, Suárez era una persona agradable, confiable, era un ser íntegramente bueno. Si hubiera que definirlo en términos religiosos, sin duda todos estarían de acuerdo en hacerlo en una sola palabra: cristiano.

Como contraparte, a Bolocci el Papa lo había elegido para representar el papel que venía desempeñando porque, en términos religiosos, Bolocci era perfectamente definible como católico, apostólico y romano.

Y así, sin intervenir, el Papa había polarizado el debate. Ninguno de los presentes desconocía las implicancias de lo que estaba en juego. La oposición que representaban las personalidades religiosas de ambos cardenales era, sin duda, la oposición no manifiesta a la cual había llegado la iglesia a lo largo de los años. Sin proponérselo, como una simple consecuencia de las necesidades de mantenimiento de poder, de sobrevivencia y de adaptación a los siempre cambiantes requerimientos sociales.

Era el turno de Bolocci. Esa había sido la mecánica de debate en los últimos tres días.

Suárez apretó los dientes, había sido un error referirse al Santo Sudario. Su pasión le había jugado una mala pasada. Bolocci continuaba.

-Todo lo que usted dice es rigurosamente cierto en lo que a hechos físicos se refiere. No estoy de acuerdo con usted cuando habla de su aspecto general y de su expresión. Todo lo que sabemos acerca del verdadero rostro de Jesús proviene de alguna pintura antigua y no contemporánea, o de descripciones bastante imprecisas. Y aun así, cientos de hombres podrían ser encuadrados en esa descripción.

”Con respecto a lo mencionado acerca del estudio de la tela, debo decir que ello no dice nada acerca de la identidad de su propietario, como tampoco lo dice la sábana de Turín. A lo sumo se ha aceptado que contenía el cuerpo de alguien que fue crucificado y cuyas facciones eran parecidas a las que se le atribuyen a Jesús. Y hay grandes dudas y juicios contradictorios en cuanto a los fechados realizados para determinar la antigüedad del sudario. Por otra parte existen versiones que lo describen con pelo corto y otras que dicen que no usaba barba.

”En cuanto a las heridas, debo aceptar que corresponden a lo que se sabe acerca de su muerte, pero lo mismo puede decirse acerca de cualquier otra persona que haya sufrido una experiencia similar, desgraciadamente algo bastante común en aquella época. Y, dicho sea de paso, lo lamentaría por todos aquellos estigmatizados a los cuales le sangraron las palmas de las manos- concluyó con cinismo.

Muchos se sintieron incómodos. Bolocci no había dicho esto último gratuitamente, varias personalidades de la Iglesia, incluso algunas canonizadas, habían sufrido el fenómeno de estigmatización en las palmas de sus manos, aun cuando la ciencia hubiera demostrado que es imposible que las manos clavadas en sus palmas resistan el peso de un cuerpo.

Suárez aclaró su garganta antes de responder.

-Usted debe reconocer que es el contexto lo que lo hace perfectamente identificable. La forma en que el cuerpo ha sido preservado, el hecho de que haya sido encontrado en el Tíbet y, además, el rollo de piel con el escrito que habla del Maestro, nombre bajo el cual se mencionaba frecuentemente a Jesús. Ese rollo nos alerta acerca de la necesidad de que las generaciones venideras sepan la realidad de su mensaje...

Suárez había finalizado con un tono un tanto dramático. Bolocci lo miró imperturbable antes de responder.

-La forma en que el cuerpo ha sido preservado solo indica el conocimiento de técnicas bastante adelantadas para su época, no dice nada acerca de su identidad. En cuanto a que haya sido encontrado en el Tíbet, solo indica que allí vivió ese hombre. Me parece que usted está un tanto influenciado por lo que se ha dicho acerca de un posible viaje de Jesús a esos lugares. Le recuerdo que la Iglesia nunca se pronunció sobre ello. En cuanto al

apelativo de Maestro, así se ha denominado a muchas personalidades, sobre todo en esa zona. En cuanto al resto del mensaje, prefiero referirme después.

-Pero son las facciones de un semita, sin dudas.- insistió Suárez.

-Sí, eso sí, pero no agrega nada- respondió Bolocci casi sin ganas.

-Y usted puede aceptar que todo el contexto hace pensar que verdaderamente sea el Cristo.

-Mi estimado amigo-, Bolocci decidió mostrar un pequeño hilo de lo que iba a ser su alegato principal, atacando la raíz de un problema que aun no había sido definido, pero que él estaba seguro que era lo que preocupaba más al Papa –ya que esta discusión es de extrema importancia, no hay que dejar pasar ningún detalle, por lo tanto le recuerdo que Jesús nunca dijo llamarse el Cristo. Este es un término, como usted recordará, que viene de Krestus, y que significa “el ungido”. Si menciono esta circunstancia, es para sacar toda la carga emotiva que el vocablo sin duda tiene y poder discutir con mayor objetividad. El término Cristo fue acuñado por el apóstol Pablo que, como ustedes sabrán, no carecía de elocuencia en su verbo.

Suárez advirtió que no había negado directamente sus dichos como hasta ahora lo había hecho y decidió pasar por alto la acotación referente a la etimología del término Cristo. Había sido una maniobra evidente para debilitar su exposición en términos generales. Suárez decidió explotar ese momento.

-Cardenal Bolocci, así como se presentan las cosas, ¿usted se atrevería a asegurar que la persona en cuestión no es Jesús?

-No soy yo quien debe decidirlo, sino todos nosotros- Bolocci se replegaba con dignidad – Yo solamente estoy aportando elementos objetivos al asunto. Y pienso que en una apreciación de contexto se pierde objetividad, ya que se entra en el terreno de los juicios de apreciación.

“Lo hizo bien”- pensó Suárez –“pero voy a seguir atacando”

-¿Y qué ocurriría si no fuera Jesús?- Suárez buscaba simplemente sondear el pensamiento de su interlocutor.

-Posiblemente sería un hombre sabio más, que tendría algo que decir al mundo.

-¿Y al cual sería conveniente escuchar?- insistió Suárez abriendo un poco su juego.

-A riesgo que sea un delirante como tantos otros que se identifican con Jesús. O tal vez alguien que pretenda difundir una religión personal, o en nombre de Jesús. Lo único que tendríamos sería una mayor confusión.

-Por un delirante nadie toma las providencias que se tomaron en este caso. Además, en cualquier caso, se trata de un hombre que está allí, vivo, y con dos mil años de edad. Piensen todo lo que la ciencia, la antropología y la historia podrían aprender- Suárez se estaba apasionando -¿acaso no creen que vale la pena escucharlo?

Al Papa no le gustaba por dónde iba la conversación. Lo estaba cargando de emocionalidad y aun no se habían tocado los problemas de fondo. Decidió intervenir.

-Los problemas de corte humano no nos conciernen –algunos levantaron la cabeza con asombro.

-Lo que quiero decir –se corrigió rápidamente –es que se nos pide solamente que determinemos su identidad. Suárez se estaba indignando.

-Su Santidad- interrumpió con un tono demasiado cortante como para dirigirse al Papa – creo entonces, que lo mejor que podemos hacer es escucharlo.

Bolocci decidió auxiliar al Papa.

-Insisto, en caso que no sea Jesús, muchos fanáticos y enemigos de la Iglesia van a insistir en que sí lo es, y eso va a provocar una considerable distorsión en la fé. Tal vez podamos perder parte del terreno que tanto nos costó conquistar.

-¿Es que acaso la alternativa es no dejarlo hablar?- Suárez estaba furioso.

-Cardenal Suárez- la voz del Papa sonaba seca e impersonal, todos sabían lo que ello significaba –lo que menos necesitamos en este momento es poner palabras en boca de otros y salirnos de control. Nadie dijo nada de lo que usted menciona, y es una cuestión de responsabilidad observar todos los ángulos de una situación como esta. Nuestra institución así lo ha hecho durante casi dos mil años y así nos hemos convertido en una de las reservas morales del mundo, por no decir la única. Por lo tanto le solicito amablemente que haga sus exposiciones tomado en cuenta este contexto.

Los dos mil años, el peso del papado y de la iglesia toda cayeron sobre Suárez. Hacía solamente un año que era cardenal, y, además, era sudamericano.

Esas eran las otras dos razones por las cuales el Papa lo había designado para ese papel.

Suárez estaba bastante disminuido, era un buen momento para pasar al segundo punto. El Papa continuó.

-Este asunto no presenta una definición clara, por lo tanto, vamos a profundizar sobre la hipótesis de que sí fuera Jesús. Cardenal Suárez, quisiéramos que nos explique cómo se presentaría la situación en este caso. Lo escuchamos.

A Suárez, y a muchos de los presentes, la pregunta los tomó por sorpresa, la respuesta parecía, por demás, obvia.

Suárez se pasó la mano por la cabeza. Todavía no se había repuesto del mal momento.

-Está vivo- comenzó con voz suave –eso confirma lo que, hasta ahora, ha sido uno de los principales dogmas, la resurrección de los muertos. Además, podemos tener su palabra y su orientación en forma permanente, sin duda el mundo tendría acceso directo a su sabiduría y la moral cristiana podría difundirse con mucha mayor facilidad.

”Todo el mundo, tarde o temprano, creería en nuestra iglesia a través de su palabra y así sería cada vez mayor la cantidad de fieles.

”El mundo se encaminaría hacia una teocracia en paz y la humanidad tendría una nueva oportunidad, sería la palabra de Dios en la Tierra. Él podría explicarnos muchas cosas que aun no sabemos y aun otras en las cuales estábamos equivocados- la voz de Suárez había ido afirmándose a medida que hablaba y su tono era más alto.

-Su Santidad- continuó –sería el hijo de Dios entre nosotros, ya no hablaríamos más por la fe, sino con la verdad...

Suárez se interrumpió. De pronto había comprendido.

Suárez comprendió lo monstruoso, lo paradójico, lo trágico de la situación. Comprendió la contradicción: se trataba de la verdad o la fe.

Y todos simultáneamente lo comprendieron. Era un momento de gran confusión, era un desgarrarse de la conciencia. Comprendían, sí, ¿pero entonces?

-Cardenal Bolocci- la voz del Papa impidió que nadie sacara una conclusión o juicio que pudiera resultar prematuro –quisiéramos saber su opinión.

Bolocci respiró profundamente y comenzó a hablar.

-Bien, estoy de acuerdo en muchos de los conceptos que expuso nuestro amigo, pero quisiera hacer unas cuantas precisiones.

”En primer lugar me voy a referir al asunto de la resurrección. El cuerpo de la persona- a nadie pasó desapercibido que había omitido decir Jesús –fue encontrado en el Tíbet y con un mensaje. Debemos suponer que vivió allí durante muchos años, y todos sabemos que en

esa zona del mundo, existen ciertas doctrinas que se oponen completamente al dogma católico de la resurrección de los muertos. Con eso in mente vamos a atenernos a lo que el mensaje indica. Y debemos pensar que el mensaje refleja lo que esa persona piensa y aquello en lo que cree, pues el mensaje dice claramente “por su propia decisión...” Y a continuación: “...ha interrumpido su ciclo natural de vidas...” Si ese Maestro dice así, significa que adhiere a la doctrina de la reencarnación, y, por lo tanto, no cree en la resurrección de los muertos. –miró primero a Suárez y después a los demás. Sus palabras estaban pesando. Bolocci continuó.

-Pero digamos las cosas por su nombre, ya que estamos entre pares-. Hizo una pausa –El dogma de la resurrección de los muertos fue definido en el Concilio de Constantinopla en el año 553 después de Cristo. Repito, después de Cristo. La mayoría de los antiguos cristianos creían en la reencarnación. Jesús pudo haber sido uno de ellos. Por lo tanto, estimado Cardenal Suárez, en la hipótesis de que esa persona fuera Jesús, uno de los principales dogmas en que se basa nuestra fe, podría caer por tierra.

El silencio era opresivo.

-Continuemos con el mensaje- dijo Bolocci. El texto expresa más adelante: “...poder explicar a las generaciones venideras la realidad del mensaje...” Y eso me hace pensar que algún mensaje, seguramente suyo, fue distorsionado y él lo quiere aclarar. Si fuera Jesús, los inconvenientes son de imaginar.

-¡Pero si la Iglesia siempre se inspiró en su palabra!- Suárez intentaba una defensa.

-No tanto, mi amigo, no tanto. La Iglesia se ha inspirado en todas las escrituras y en la interpretación que de las palabras de Jesús, hicieron los apóstoles, particularmente Pablo. Los Padres de la Iglesia Católica fueron adecuando el mensaje a las necesidades espirituales que el mundo iba manifestando y a la realidad del momento. Usted sabrá las numerosas concesiones y modificaciones que hubo que hacer para poder imponer nuestra religión sobre las religiones paganas de épocas pretéritas. Sin ir más lejos, determinar el nacimiento de Jesús un veinticinco de diciembre, antiguamente día del sol. No creo que él sepa cómo se organiza el moderno calendario, pero si hablara, seguramente destruiría las navidades del mundo. Y eso podría provocar una pérdida de credibilidad en nosotros y un estremecimiento comercial incalculable. No es que estas cosas no se sepan, bastante se han difundido ya. Lo grave sería que él las dijera.

”Además, volviendo a las escrituras, les recuerdo que en el siglo cuarto, se le encomendó a San Jerónimo que reuniera toda la información, que fuera aceptable y coherente, acerca del Mesías. No sé cuánto habrá quedado para atrás, pero dudo que él estuviera de acuerdo con la recopilación de San Jerónimo. Por lo tanto todas las Sagradas Escrituras deberían ser revisadas, todas las biblias del mundo deberían ser vueltas a redactar y reeditadas. En fin, un desastre de la fe. Pensemos cuánto de las escrituras son recopilaciones de antiguas leyendas sumerias y babilonias. No creo que los judíos se vayan a sentir muy contentos con esto. Les digo más, en el año 363 después de Cristo, en Laodicea, se definieron los textos que integrarían el Nuevo Testamento. Es decir, se define cuál es la palabra de Jesús casi cuatrocientos años después de su muerte.

Varios cardenales se pasaban la mano por el cabello y evitaban mirarse entre sí. El Papa se mantenía inmóvil, sin expresión. Suárez intentó resistir.

-No creo que sea algo tan desastroso revisar las escrituras; aun cuando estoy de acuerdo en varias de las consecuencias que usted menciona, el catolicismo no se debilitará. Por el contrario, se verá fortalecido. Piense usted en cosas tales como la Virgen María y la Santísima Trinidad. ¿Acaso su palabra al respecto no sería importante?

-No me cabe duda que sí, el problema no es la importancia de lo que diga, sino las consecuencias de sus dichos- Bolocci ya hablaba sin tapujos, incluso estaba concediendo que la persona podría ser Jesús. Lo dramático era que ello lo tenía sin cuidado. El resto de los cardenales no movía un músculo. Su Santidad tampoco.

-Con respecto a lo de la Virgen María, nuestra historia dice que María es definida como madre de Dios en el año 431 después de Cristo, en el 649 todavía se discute su virginidad. En el año 675 se acepta la virginidad de María y se establece como dogma. Y recién en Trento, entre los años 1545 y 1563, se determinó que María naciera inmune del pecado original. Todos estos son Concilios, señores, y ustedes los conocen. Lo interesante es considerar todo esto en conjunto y en estas circunstancias.

Bolocci continuaba, implacable.

-Ustedes recuerdan lo que las escrituras recogen de la palabra de Jesús cuando hablaba de su familia, o acerca de la familia en general. ¿Estamos seguros de querer que nos hable al respecto, a riesgo de destruir la fe que millones de personas tienen en la figura de María? ¿Acaso no es más importante la conducta que esas personas tienen basadas en esa fe, que la verdad acerca del asunto? Nuestro objetivo es un mundo mejor, y destruyendo o arrojando dudas sobre la fe mariana no lo vamos a alcanzar. Creo que el riesgo es demasiado.

Los miró a todos una vez más.

-La palabra de todos los Papas que nos precedieron está en juego. Y les recuerdo que el Concilio Vaticano I se expresa claramente en el sentido de la infalibilidad del papado.

Todos miraron hacia abajo.

Suárez decidió jugar una carta fuerte.

-Pero si se opta por la fe antes que por la verdad, si los Concilios son tan importantes, y creo que sí lo son, recordemos que en el Concilio de Efeso en el año 431, que usted mismo ha citado, se determinó que Jesús era el hijo de Dios. Y yo estoy seguro que con el hijo de Dios entre nosotros todo va a ir bien. Nada malo puede sucedernos.

-Mi amigo- dijo Bolocci con gesto cansado –en ninguna de las Escrituras él dice claramente que lo sea. Sus respuestas son bastante ambiguas. Incluso a veces parece negarlo. Pero pensemos qué diría él al respecto. Si lo niega, se derrumba el cristianismo. Y si dice que sí lo es tendrá que demostrárselo al mundo, para empezar a nosotros mismos. La Iglesia es algo demasiado grande para arriesgar un juicio de esa naturaleza sin comprobarlo. Ya lo dijo Su Santidad, somos la reserva moral de la humanidad, y esa es una gran responsabilidad. Al mundo le somos necesarios tal como somos, nos guste o no.

-¿Pero acaso todo lo que él dijo...? - balbuceó Suárez.

-Lo que dijo está perfecto, no es necesario que diga más nada.

Todos sintieron que algo se rompía en el interior de cada uno. Suárez derrumbó sus hombros. Cruzó las manos como si estuviera orando y miró fijamente la superficie de la mesa.

-Necesito tiempo para pensar- dijo

El Papa vio que era el momento adecuado. Sacó el mensaje que guardaba en su bolsillo y lo leyó en voz alta. Cuando finalizó no dio tiempo a nada, ni siquiera a pensar.

-Son las trece y treinta GMT, ya no hay más tiempo, votemos.

Suárez no podía creer lo que estaba viviendo. Comenzaba a entender el maquiavélico juego de poder en el que estaba inmerso. La trampa gigantesca que el tiempo había jugado a una humanidad que, sistemáticamente, se había negado a mirarse a sí misma a la cara.

Suárez vio pasar ante sus ojos toda su vida. Era su convicción, en la cual no había meditado mucho, contra el sistema en medio del cual vivía; el mismo sistema que lo había ungido cardenal.

Suárez tendría que decidir. Disponía de escasos segundos para hacerlo. No ignoraba su futuro si adoptaba una posición disonante con la mayoría.

Suárez decidió.

-Su Santidad- dijo levantándose para dar más fuerza a sus palabras –la historia puede llegar a considerar este asunto como lo más trascendente que la Iglesia Católica ha llegado a tratar. Sería inconveniente para nuestra imagen que se llegara a decidir cuando podríamos tener posiciones encontradas. Seguramente esto trascendería a la prensa con consecuencias imprevisibles.

El Papa se movió. Había sido su primera muestra de inquietud durante toda la reunión. Al Papa no le había pasado desapercibida la velada amenaza de Suárez. Ni a ninguno de los presentes. El clima se enrareció. Suárez continuaba.

-La decisión requiere no solamente experiencia mundana y conocimiento íntimo de nuestra historia, sino que además, es preciso un grado de sensibilidad y de inspiración tales, que seguramente escapan a las posibilidades de una votación donde juegan demasiado los muy humanos intereses y emociones del momento.

-Abrevie, Cardenal Suárez, por favor. No hay mucho tiempo- el Papa intuyó por donde venía el asunto, pero ya no podía evitarlo.

“Este sudaca está resultando un gran hijo de puta”- pensó.

Suárez continuó.

-Por lo tanto, y para finalizar, en nombre de la infalibilidad del papado que aquí mismo hemos mencionado, mociono para que sea Su Santidad, a través de su sapiencia, experiencia y, por sobre todo, a través de su intuición como intérprete de Dios en la Tierra, quien decida acerca del asunto. Todos acompañaremos su decisión. ¿Alguien se opone?

Suárez estaba demostrando una habilidad consumada para condicionar debates. Nadie se atrevería a hablar, el Papa y su infalibilidad estaban directamente aludidos. Nadie osaría negar su condición de intérprete de Dios, ni mucho menos poner en duda que Dios se iba a manifestar a través de la decisión papal.

Además, en estos casos, es mejor pasar desapercibido, y nunca es bueno oponerse en solitario. Cualquiera que dijera una palabra en este sentido, tendría que embarcarse en una fundamentación que podría resultar desastrosa.

“Que hable otro”- pensaron todos.

-Bien- culminó Suárez- creo que es conveniente que dejemos a Su Santidad a solas para que pueda decidir.

El Papa lo miró largamente, sin expresión; miró a Bolocci. Bolocci se había transformado en piedra.

Uno a uno se fueron retirando, no sin antes besar la santa mano del Papa.

Faltaba una hora.

Una figura solitaria se paseaba por los jardines de Castelgandolfo. Sus hombros encorvados soportaban el peso de dos mil años.

Yo nunca fui un religioso convencido. Ni mucho menos un católico practicante. No sé siquiera si definirme como cristiano. Siempre tuve una idea más o menos clara sobre la figura de Jesús, o pensé que la tenía. Pero ahora..., no.., no es que todo..., no sé, no sé que hubiera hecho yo si hubiera tenido que tomar esa decisión.

Me da temor de solo pensarlo. ¡Por favor, necesito tiempo para pensar!

El viejo ya me apura con otra pregunta, nunca pensé que esto fuera a ser así.

Todo esto está dentro de lo judeo-cristiano, dentro de mi tradición, ¿pero que hay acerca de otros dioses?, ¿qué hay de verdad en ello?, otras religiones los mencionan, la Biblia no dice nada...

¿Qué es esto?, ¿es la Biblia?

No, es otra historia. El viejo me la puso en las manos antes de que pudiera formular la pregunta, antes de que pudiera ...

No puedo parar de leer. Parece una historia parecida a esta...

GÉNESIS

Él se fue hace ya varias horas. Y no puedo dejar de pensar en lo que me contó. Su única evidencia eran aquellas feas heridas en sus manos.

-Usted sabe, algunas tunas son bastante infecciosas- me dijo.

No dejo de considerar la posibilidad de que sea un psicópata, o algún tipo de delirante.

Pero lo que contó pesa, mucho. No tanto los detalles, algo de eso había leído ya, lo verdaderamente abrumador era el hilo central, esa rígida jaula en que se halla atrapada nuestra condición mental.

No sé si la palabra “diabólica” fue una frase metafórica que utilicé o una velada trampa de mi mente.

Lo que sé es que, desde hace un buen rato, no soy el mismo, ni lo seré.

Él me dijo que eso iba a suceder, es más, quería que así fuese. Y no solamente conmigo, sino con todo el que lo supiera.

-Usted es escritor- dijo casi con una sonrisa- ponga esto por escrito. Cuando algo entra en la mente de una persona la cambia para siempre, aunque sea un poco, pero para siempre. Y si ese algo contribuye a despertar cosas dormidas, tanto mejor. Tiene menos fuerza el leerlo que el escucharme, lo sé- me miraba fijamente mientras hablaba- pero la única forma de producir el efecto es así, que esto lo sepa la mayor cantidad de gente posible. Por eso recurro a usted. Yo, ahora, debe buscar a los otros tres y despertarlos.

-¡Pero yo no soy escritor!- protesté.

-Pues lo será a partir de ahora- me respondió. No lo dijo como una imposición, sino como alguien que sabe exactamente qué es lo que va a suceder, como si fuera una película que ya había visto.

Me dijo, también, otras cosas que iban a suceder, me dijo que iba a volver. Y no se despidió, se fue.

Estuve un buen rato sin saber qué hacer. Caminé kilómetros dentro de mi casa mientras una sofocante soledad crecía dentro de mí. Y no vi. otra salida que ponerme a escribir.

Abrí el armario y saqué la vieja Olivetti que solo me había servido para pasar apuntes en mi época de estudiante.

Me senté, puse una hoja en blanco y no supe qué hacer. Esperé, sentía que algo crecía, muy lentamente al principio. Hasta que se transformó en idea.

Hay veces en que la verdad desnuda, cruda, es, o verdaderamente insoportable, o increíble. Por eso conviene disfrazarla con la fantasía.

Hay veces en que la verdad toda junta es inaprehensible, por eso es mejor fragmentarla.

Sí, voy a hacerlo así, fragmentado y con algo de fantasía, para que quien lo lea pueda discernir por sí mismo. Y no voy a poner todo, voy a esperar a ver qué dice la gente. Además, él dijo que cuando termine esto va a volver.

Su nombre era un tanto extraño, se llamaba Mercurio. Hasta hace tres días, cuando vino a mi casa, era, para mí, un hombre común; un compañero de oficina al que conocía poco, un tanto tímido tal vez. Hoy lo conozco menos, pero parece más grande, con una voz más potente. Me inspira respeto, como los hombres que tienen grandes posibilidades.

Sé que quedarán muchas preguntas sin responder, yo solo me voy a referir a los aspectos mentales porque así me lo pidió Mercurio. Para contar el resto voy a esperar que vuelva.

He aquí su relato.

En la montaña

Yo no conocía esa parte de los Andes, Tampoco había estado antes en Santiago de Chile. Hacía veinticuatro horas que había llegado. Todavía no sé por qué decidí hacer ese viaje, pero necesitaba unas vacaciones. Y ese era un lugar como cualquier otro, excepto por la montaña. Me fascinan los Andes.

El encargado del pequeño hotel donde me había alojado me miró con curiosidad cuando le dije mi nombre.

-¿Mercurio?

-Sí, Mercurio.

Creo que, a lo largo de mi vida, mi nombre ha sido lo único destacable. Cuando lo mencionaba, la gente reparaba en mí, yo existía. Por eso siempre estuve orgulloso de mi nombre. Por lo demás soy una persona común.

Durante treinta y cinco años de existencia un poco viví, sobre todo cuando viajaba, y un mucho funcioné metabólicamente. Por eso el viaje, ahora me doy cuneta, tenía ganas de vivir un poco. Además quería volver a los Andes.

-El caballero toma el bus 115 con destino al Cajón del Maipo y por allí va a encontrar muchos caminos que suben la montaña, pregunte en la zona que allí le van a indicar- me dijo el encargado con amabilidad y con el característico tono, un tanto agudo, con que hablan los chilenos.

A menos de una hora en automóvil desde Santiago de Chile, el río Maipo corre encajonado entre montañas, de allí el nombre del paraje, conformando un paisaje por demás hermoso.

A los costados del camino que conduce al lugar se puede comprar a gente de la zona, el conocido “quesillo” hecho a base de leche de cabra, y un delicado pan casero que, con algo de suerte, puede estar recién horneado.

El camino se iba angostando y las casas comenzaban a ralear. Viajaba muy poca gente en el bus, era muy temprano; todos eran habitantes de la zona que volvían de Santiago con alguna compra indispensable.

Decidí bajarme allí mismo, parecía un lugar tan bueno como cualquier otro.

Acomodé mi mochila. Llevaba lo imprescindible como para pasar unas dos noches en la montaña. Lo que más pesaba era el agua, unos cuatro litros. La montaña en verano deshidrata rápidamente, y no había agua en la región a la cual iba. Frutas, queso, fruta seca y algunas latas completaban mi ración. Estaba acostumbrado a eso, incluso estaba acostumbrado a ayunar, en ocasiones lo hacía. Me despejaba bastante.

Tal como me habían aconsejado, estaba al pie de la montaña cuando comenzaba a clarear, iba a ser un día caluroso.

En un campo cercano había una pareja trabajando su huerto. Cuando pregunté por dónde subir me dieron toda clase de explicaciones.

En ese lugar me encontraba a unos setecientos metros de altura sobre el nivel del mar y podía comenzar el ascenso desde allí mismo, desde ese camino que se abría a un costado de la casa. A unos mil quinientos metros podía detenerme en una pequeña meseta, era un buen lugar para acampar. Eran unas tres horas de ascenso por una huella con vegetación abundante a los costados. No es difícil y es muy lindo. Eso fue todo.

Enfilé por el camino y comencé el ascenso.

Era tal como me dijeron, verdaderamente hermoso, salvaje. A poco de comenzar abandoné los ruidos normales de la vida urbana y la naturaleza comenzó a hablarme. Pero todo eso lo entendí después, mucho después, cuando todo cambió.

El aire era fresco y algunos rayos de sol despuntaban desde la cima que ya comenzaba a dejarse ver desde algunos recodos.

Opté por un ritmo de marcha cómodo, me detenía cada cuarenta minutos y descansaba quince. Disfrutaba. Hay un momento en que el cansancio pasa a ser algo agradable, es cuando se le puede sentir sin tener que soportar, cuando la respiración es lenta y cada bocanada de aire es una inyección de energía. Mucho tiempo después supe que eso ocurre cuando mente y cuerpo se armonizan, se reintegran en una sincronidad que las exigencias de la vida moderna casi han anulado.

Los árboles eran cada vez más escasos, más separados entre sí, y la piedra y la tierra comenzaron a dominar el paisaje. El camino hacía rato que se había transformado en una huella ascendente, el sol ya se hacía sentir con fuerza y la transpiración caía sobre mis ojos provocando un molesto ardor.

La huella finalizó al llegar a un lugar amplio. Era la meseta que me habían dicho. Lo que más me gustaba del lugar era el sonido, suave, diferente. Era la voz del viento que zumbaba entre las piedras. Y allá en el fondo, el ritmo que marcaba mi corazón golpeando con fuerza. Era el compás del cansancio, de la emoción, de la felicidad. Una vez más estaba vivo.

Decidí quedarme allí mismo, eran aproximadamente las once de la mañana.

Comencé a mirar el paisaje que me rodeaba.

Se veían otras cimas, altas, desafiantes. Como en la vida, basta llegar a algún lado para ya estar avizorando la próxima meta.

Más allá, muy arriba, entre nubes, comenzaban a verse las montañas con nieves eternas, como una tierra de gigantes vedada a los humanos. Tan inaccesibles, tan difusas parecen, que no sabía en qué medida las veía y en qué medida las imaginaba. La imagen alternaba a ambos lados de la delgada línea que existe entre la imaginación y la percepción. Tal vez fuera el efecto del cansancio, o el aire a esa altura.

No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado. Creo que fue un ruido ajeno al entorno que me trajo rápidamente al tiempo y espacio presentes. Era ruido de pasos.

Por la huella apareció la parte de arriba de una mochila bamboleándose rítmicamente. Y después apareció la persona.

-Buenas tardes, amigo- era un chileno con equipo de andinismo, unos treinta años, simpático.

-Buenas- respondí reparando que eran casi las tres de la tarde.

-¿Te vas a quedar a esta altura?- preguntó el chileno -Mira que lo más lindo está más arriba.

-No sé, no conozco el lugar.

Miró mi equipo con ojo crítico y me dijo.

-Si no subes ahora tal vez no tengas oportunidad de volver, y toda la vida te vas a lamentar por no haberlo hecho. Si te decides, yo te ayudo, conozco muy bien estos parajes.

El chileno lo había planteado de una forma imposible de rechazar. Sentí una oleada de energía que me invadía. Como sucede cuando se emprende algo.

-Vamos.

Recogí rápidamente el equipo y comencé a seguir el paso del chileno. Me miró con una sonrisa de complicidad.

Subimos.

Otro ascenso, otras cimas, como si alguien estuviera advirtiéndome lo que iba a ser el resto de mi vida. O como si estuviera mostrando cómo es el desarrollo de cualquier vida, siempre una cima por conquistar, más alta, más desconocida, más riesgosa. O la tranquilidad, la quietud, el llano. En fin, eso lo decide cada uno.

El paisaje cambió notablemente, la vegetación era cada vez menor, solamente unos pocos arbustos bajos y separados. Las rocas eran más grandes y algunas partes del camino comenzaron a ser un tanto peligrosas.

-Hasta allí vamos- dijo el chileno señalando unas enormes formaciones rocosas un poco más arriba de donde estábamos.

-Es cerca- comenté.

-Dos horas..., desde abajo uno se engaña con facilidad.

Descansamos un poco. Tenía razón, a partir de allí el camino era verdaderamente difícil. En algunos lugares debíamos ayudarnos mutuamente para trepar. A veces nos sacábamos la mochila, trepábamos y después recogíamos la mochila con una cuerda.

Ya no había más vegetación. Comenzamos a bordear cornisas verdaderamente peligrosas. Algunas con caídas de más de doscientos metros.

El chileno se detuvo, parecía que el camino había finalizado. Me hizo señas con la mano al tiempo que miraba para abajo.

-Acércate despacio.

Me aproximé. Me detuvo con una seña

-Ahora ponte de rodillas y manos, en cuatro patas, y acércate más.

Me parecía excesivo, él permanecía de pie, pero de todas formas obedecí.

Al llegar a su lado pegué el estómago contra el piso y cerré los ojos. Estábamos a una altura enorme, insoportable de ver. Me recuperé y miré con cuidado. El chileno me explicaba.

-Son unos ochocientos metros hasta el suelo que se ve. Impresiona más porque cae a pico. A todos les pasa lo mismo la primera vez, por eso te hice avanzar así.

Me fui levantando, despacio, hasta que estuve de pie, un tanto apartado del borde. Comencé a mirar a lo lejos y a disfrutar la vista. El mirar hacia abajo es como mirar hacia adentro de uno mismo, marea y atemoriza, por eso había cerrado los ojos. Pero después que se mira una vez, siempre quedan ganas de repetir. Por lo menos para ver a qué altura se halla uno. Cimas existen en todos lados, adentro y afuera.

A lo lejos vi una mancha, una nube pardusca.

-¿Qué es aquello?- pregunté.

-Santiago de Chile- respondió con cierto dolor -Dentro de esa nube de contaminación está la capital.

Respiré hondo. Era horrible.

-Sigamos- dijo el chileno. Y girando a la derecha pasó por una estrecha hendidura entre dos enormes rocas. De haber ido solo nunca hubiera encontrado ese pasaje.

Estábamos a unos dos mil trescientos metros de altitud. Ya ni tierra había, tan solo la piedra desnuda y aire flaco.

Las enormes rocas mostraban las redondeces y los caprichos de la erosión. El paraje semejaba un pétreo zoológico de animales mitológicos, monstruosos, gigantescos. Todo el paisaje contribuía a exaltar los pliegues y profundidades de la imaginación.

Faltaba poco para anochecer, estaba cansado.

-Llegamos, dijo mi amigo.

Sí, valía la pena haber hecho el esfuerzo. Estaba en una cumbre. No era la más alta, nunca lo es. Pero era una cumbre, y era hermosa. Además, era mía, yo había llegado allí. Las nieves eternas parecían igual de distantes, pero yo era distinto ahora.

Fue entonces cuando la montaña decidió cobrar su precio.

Estaba parado en una leve pendiente disfrutando de mi triunfo. Cerré los ojos, abrí los brazos ampliamente para respirar y eché la cabeza hacia atrás.

Sentí un pequeño mareo, seguramente por el cansancio y la posición de la cabeza, y caí.

Golpeé pesadamente mi costado contra la roca y comencé a resbalar lentamente por la pendiente. Era una superficie muy lisa, y por más que clavaba mis dedos y apretaba el canto de mis botas contra la roca, no lograba detenerme.

Sentí las risas del chileno.

La caída se hizo más rápida y, veinte metros más abajo, mis pies perdieron el escaso apoyo con que contaban y caí sentado por espacio de un metro. Fue una eternidad.

El sacudón fue violento, apoyé las manos hacia atrás para no golpear la espalda y quedé paralizado. El latigazo de dolor me recorrió desde las manos hasta los hombros.

Abrí la boca pero no me animé a gritar, por temor a que cualquier movimiento aumentara el intenso dolor que sentía.

Lentamente giré mi cabeza hacia atrás y vi que había apoyado ambas manos sobre un conjunto de tunas con espinas muy largas y gruesas. Algunas de ellas asomaban por el dorso de mi mano a través de una gota de sangre. No podía moverme, estaba, literalmente, clavado.

-¡Ayúdame!- le grité a mi compañero.

El chileno, sorprendido, bajó rápidamente dejándose resbalar por la pendiente. Al llegar a mi lado frunció la cara con un gesto de preocupación.

-¡Uy, qué feo, mi amigo!, eso no es grave, pero esta noche te va a doler muchísimo. Y la infección te va a durar varios días- me advirtió.

Cortó las tunas de raíz y comenzó a sacarme las espinas una por una con mucho cuidado. Yo apretaba los dientes.

Cuando finalizó, miró hacia delante. A unos pocos metros la roca parecía haber sufrido un gigantesco mordisco que formaba una especie de cueva de unos diez metros de alto y diez de diámetro. Una angosta cornisa de unos treinta centímetros conducía hacia allí.

-Ven, vamos a esa cueva que allí te voy a curar.

Caminamos con mucho cuidado. El único acceso era por la cornisa, el resto del borde de la cueva finalizaba en una caída a pico de unos setenta metros.

Llegamos.

El chileno sacó de su mochila un equipo de primeros auxilios. Me lavó, me aplicó un desinfectante y vendó las heridas.

-Esto no va a evitar el dolor y la infección, pero si no lo hacemos va a ser mucho peor.

Decidimos quedarnos allí.

Estábamos aprontando lo que iba a ser nuestra cena cuando comenzamos a escuchar voces. Nos miramos sorprendidos.

Dos minutos más tarde, una cabeza se asomaba a la entrada de la cueva por el lado de la cornisa. Sonreía.

-Buenas... ¿hay lugar para dos más?- era peruano, según supe después, de unos cuarenta años, tal vez. Le estaba enseñando andinismo a su compañera, una joven brasileña que había conocido el día anterior en Santiago de Chile.

Compartimos el refugio y la comida, la conversación era serena, lenta, agradable. Como habla la gente cuando está en paz y muy cansada.

La noche llevaba ya varias horas. Nos fuimos quedando en silencio, despacio, de a uno.

Era una noche clara a pesar de que no había salido la luna. La vista de las estrellas era maravillosa y las montañas parecían bordeadas de una extraña luminosidad.

El momento era mágico, y una sensación como de cosa ya vivida me invadió. Nos miramos en la oscuridad. No sé cómo, pero yo sabía que los cuatro estábamos sintiendo lo mismo, es más, sabía que todos lo sabíamos.

Con una especie de temor, de expectativa, de soledad infantil, nos juntamos los cuatro y nos fuimos quedando dormidos.

“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza!...

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó: varón y hembra los creó.” (Génesis 1:26,27)

“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra... Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo a la mujer y la trajo al hombre.” (Génesis 2:7 y 2:22).

El dolor. El dolor insoportable que me latía en las heridas de las manos fue lo que me hizo unificar mi conciencia, fue como si hubiera despertado repentinamente.

Estábamos los cuatro sentados, y el ser nos hablaba, de pie ante nosotros. Era enorme, debía medir dos metros y medio, o más, y de todo su cuerpo emanaba una tenue luminosidad.

La unificación de conciencia provocó un alud de pensamientos en mi mente. Me di cuenta que estábamos hablando desde hacía ya varios minutos, me di cuenta de que conocía a mis tres compañeros desde mucho tiempo antes; conocía sus nombres, sus sentimientos, sus ideas. Y más atrás, mucho más atrás en el recuerdo, acechaba una enorme nebulosa de recuerdos y vivencias que, en ese momento, no podía precisar.

Con sorpresa, fui consciente de que esa situación ya la había vivido antes, en otras montañas, en otros viajes, donde los cuatro habíamos estado juntos en presencia de ese ser que ahora nos hablaba sin palabras audibles. Sí, en ese momento me percaté de que aquella conversación se estaba desarrollando telepáticamente.

La cara del gigante carecía de expresión, sus ojos eran grandes y su mirada insostenible.

En el preciso instante en que todo esto pasaba por mi mente, él me miró.

Sentí cómo me conciencia se perdía y cómo la percepción de mis sentidos se diluía.

Apreté las palmas de mis manos contra el suelo y el dolor me hizo reaccionar, una vez más fue como si volviera de un sueño. Lo miré y apreté los dientes para aguantar el dolor y su mirada.

-Está bien- me dijo –que así sea. Y continuó hablando. Vi cómo mis amigos seguían atentos, aunque estoy seguro que no tenían referencia alguna de su realidad física.

-Prosigamos- dijo el ser sin hablar –En esta oportunidad tenemos que hablar sobre la mente del hombre.

”Como les dije antes, la Tierra tenía su campo de energía propio cuando llegamos nosotros. Era, por así decirlo, un campo virgen a toda impresión externa, y venía desarrollando sus propias características de acuerdo al aporte que le proporcionaba la vida vegetal y animal existente. Esa vida iba a evolucionar en forma natural, aumentando su complejidad y, mutación tras mutación, iba a culminar en un producto muy similar al hombre de hoy. Pero llegamos nosotros, los dioses, los elohim, y allí cambió todo.

”A partir de ese momento, el campo energético original sufrió una tremenda transformación. En términos de la ciencia terrestre, se puede decir que fue un salto cuántico, pues la mente se había transformado.

-Aclare eso- dijo uno de nosotros.

-Sí, es algo complejo, pero ustedes deben pensar que, al igual que la materia o la energía, la mente nunca fue creada, es una transformación de la fuerza vital original. Pero en el caso que me estoy refiriendo, el cambio o transformación no fue parte de la continuidad del proceso, y tampoco puede ser considerado como una mutación natural. Fue algo externo, abrupto. De allí que, como tantas otras cosas que vamos a ver después, los procesos mentales del hombre terrestre experimenten saltos cuánticos cada vez que su mente se

aplica a un proceso de desarrollo o crecimiento. Los avances significativos en la mente humana han sido producto de ello.

”Ese es un proceso que vuestra ciencia conoce muy bien, si en un sistema cuántico se aplica una energía exterior, todos los componentes del sistema se orientan hacia un nuevo orden experimentando una transformación abrupta, cuántica, de tal forma que el nuevo estado se ubica en lo que podríamos definir como un nivel de energía diferente. En otros términos, se puede decir que evoluciona.

-¿Pero acaso si eso no sucede no hay evolución?- preguntó alguien.

-Sí, claro que la hay, pero es la evolución natural del universo. El caso que estamos analizando es diferente, se trata de un proceso de evolución consciente, es decir, interviene la conciencia, hay intencionalidad. Lo maravilloso es que el humano es la única criatura que puede hacerlo. Y lo hace en forma armónica o inarmónica con las leyes naturales, y ello marca la continuidad o extinción de los procesos, incluida la vida misma. Somos los responsables de la vida y sus procesos, ustedes y nosotros. Pero sigamos con lo anterior.

”Nosotros vivimos durante mucho tiempo en la Tierra, por lo tanto, el cambio en el campo terrestre fue algo profundo, irreversible. Pero, sin embargo, nunca nos pudimos adaptar, no asimilábamos el aporte energético natural del sistema, nunca llegamos a comprender la naturaleza, no armonizamos con el sistema. Vivir, trabajar y producir lo necesario para nuestra existencia, nos costaba muchísimo. Nuestra vida era diferente en nuestro lugar de origen, la naturaleza de nuestro sistema tenía otras leyes, la integración era diferente.

”Nosotros éramos pocos, y la necesidad de vivir iba minando lentamente nuestra conciencia de ser. Año tras año, siglo tras siglo, íbamos olvidando quiénes éramos, nuestro origen pasaba al terreno de lo histórico, y después casi al de lo mitológico. Nuestra mente, en lucha por sobrevivir, nos objetivaba cada vez menos. Ustedes no pueden comprender cabalmente ese concepto pues están viviendo una situación similar. Solamente el mantenimiento de la mente total colectiva lo haría posible.

-¿Qué quiere decir mente total colectiva?- preguntamos.

-Mente total, consciente e inconsciente, en forma individual y conjunta- respondió.

Yo, a esa altura, no sabía si era un hombre o una especie de animal superior. Ahora entendía el por qué de “los dioses”. Ese individuo era infinitamente superior a nosotros, ¿qué quería, entonces?, ¿para qué estaba allí?

El gigante me miró.

-No nos apresuremos- dijo- vamos a continuar y todo será respondido.

-Fue entonces cuando decidimos crear un animal superior para que supliera nuestro trabajo. Cuando dijo “animal superior” me miró directamente. Sentí una especie de rencor, de rebeldía. Me moví para aumentar el dolor y así retener mi conciencia. El gigante no parecía experimentar sentimientos o emoción alguna.

-Sí- continuó –mediante operaciones de genética, en ese entonces bastante rudimentarias, desarrollamos, a partir de los animales más aptos de la fauna terrestre, lo que ustedes llaman precursores de los homínidos, al hombre actual. Por eso vuestros estudios sobre el hombre primitivo tienen tantas lagunas.

”Fueron muchos experimentos, con los resultados más variados. Algunos de ellos dieron lugar a productos verdaderamente monstruosos. Hasta que, finalmente, llegamos a una serie de seres aptos para nuestro propósito, trabajadores perfectos, y con una gran inteligencia. Su mente les permitía desarrollar todo nuestro trabajo. A esa serie de hombres, si así se le pueden decir, una de sus religiones lo llamó Adán. Como ven, no era uno, eran muchos.

”Pero ese ser todavía tenía un gran defecto, carecía de instinto. En el afán por dotarlo de nuestras capacidades mentales, no le proporcionamos los mecanismos que permitieran su supervivencia en la Tierra y su mantenimiento como especie, lo que sería la mente natural de un ser terrestre.

”Es así que debíamos protegerlo constantemente del ataque de los animales, de los accidentes de la maquinaria, o mismo de los accidentes de la naturaleza. Los adanes morían fácilmente, lo que nos obligaba a un esfuerzo adicional de fabricación y protección.

”Decidimos crear un nuevo ser, con defensas mentales superiores, con un mejor contenido de instintos terrestres que le permitieran sobrevivir. A partir de los adanes lo creamos.

”Es así que nació Eva. No era tan fuerte, pero tenía un contenido animal que lo hacía mucho más apto para la vida. Y a esa altura, ambos eran andróginos. La única diferencia era su característica mental y su fortaleza. Decidimos conservar a ambos.

”Pero la labor de creación, y sobre todo el cuidado de los recién creados hasta que llegaran a un desarrollo que nos fuera útil, nos insumía mucho tiempo y trabajo. Había que considerar también, que esos seres convivían con nosotros, y como los habíamos dotado de capacidad de aprendizaje, asimilaban rápidamente todos los parámetros de nuestra vida en sociedad.

”Aun así seguían siendo seres un tanto inadecuados, tanto para sobrevivir como para nuestras necesidades. Poseían algunas estructuras mentales muy básicas, que le iban a permitir su posterior desarrollo social, y una cierta capacidad instintiva que les iba a permitir sobrevivir en el medio. Pero seguía siendo poco.

”Su principal camino para el desarrollo era la imitación, y lo hacían, nos imitaba en todo, bueno o malo. Pero entiendan bien, no era una imitación mecánica, no. El humano no era un mono imitador, cuando digo imitar me refiero al desarrollo de padrones de pensamiento idénticos a los nuestros, copiaban nuestras estructuras mentales, porque su campo energético mental estaba virgen. Eso sí, cuando actuaban, lo hacían de acuerdo a su capacidad mental.

”Eso fue el origen de lo que ustedes llamaron el mal. En un campo energético mental virgen, se imprimieron estructuras mentales, moldes o arquetipos de nuestra mente, que iban a ser desarrollados por capacidades mentales limitadas, desarrolladas principalmente para el trabajo y una supervivencia muy básica. Ese ser, por lo tanto, nunca iba a poder armonizar con el medio ni, por supuesto, alcanzar niveles de evolución superiores. Tan solo podía imitar y repetir las conductas observadas a los dioses, buenas y malas. Y lo hacía en forma distorsionada.

“A esa altura, la curiosidad, el entusiasmo por crear, por perfeccionar y experimentar, eran superiores a trabajar simplemente para poder suplir la fuerza laboral. El entusiasmo, la competencia entre nosotros, el orgullo y la soberbia, fueron los verdaderos motores de nuestros experimentos. Y entonces cometimos el gran error.

”El pretexto fue evitar lo trabajosos procesos de creación y los cuidados iniciales. Entonces alguien propuso dotar a esos seres de capacidad de reproducción.

”Fue un caos social y moral. Hubo grandes discusiones entre nosotros por este motivo, y llegamos a la guerra. Unos y otros se sirvieron de los humanos creados para combatir. Así fue que se incorporó la capacidad bélica a su incipiente psique.

”La fracción triunfante fue la que decidió experimentar con la reproducción. Los derrotados volvieron a su lugar de origen.

“Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Génesis 3: 4,5)

“... Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató” (Génesis 4: 8)

“... y también después que llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres y les engendraron hijos.” (Génesis 6: 4)

-Y así fue, que en forma totalmente distorsionada y antinatural el ser humano adquirió para su mente los grandes conceptos de vida, muerte, tiempo.

-¿Cómo fue eso?- preguntó el peruano.

-Primero se trabajó sobre las características básicas de los humanos, así fue que machos y hembras quedaron perfectamente diferenciados, incluso cambiaron físicamente.

”Los cambios hormonales generados provocaron que rápidamente los procesos naturales se pusieran en movimiento y los adanes y las evas se sintieron mutuamente atraídos. Sus instintos, desarrollados en los arquetipos mentales de los dioses, dieron lugar a lo que hoy se conoce como emociones. Por eso el hombre actual es preso de ellas y no puede ejercer control sobre sus conductas individuales y sociales. El hombre no es capaz de discernir entre su instinto animal y las estructuras mentales correspondientes a procesos de desarrollo superior. Al mezclar unos y otros, no permite un máximo beneficio de las bondades de cada uno de ellos.

”Es más, el hombre muchas veces supone que su animalidad es sinónimo de atraso o falta de cultura, y así ha impedido el desarrollo de facultades tales como la intuición, la premonición y otras, a las cuales llama, erróneamente, paranormalidad. Pero sigamos con los hechos.

”Los grandes cambios mentales comenzaron con los nacimientos. Cuando acontecieron, el hombre comprendió su devenir en forma casi instantánea. Fue un proceso doloroso. Antes, los humanos, no se preguntaban de dónde venían ni cómo su psiquis se desarrollaba, simplemente empezaban a funcionar, aparecían en el mundo, se puede decir. Como consecuencia, tampoco tenían conciencia de los procesos de deterioro y muerte ni, por lo tanto, de tiempo de vida. El hombre vivía sumergido en una eternidad inconsciente, como un animal común. Pero tenía moldes mentales para poder asimilar esos conceptos cuando se presentara el estímulo. Moldes mentales adecuados en una capacidad mental limitada...

”Por eso confundió la vida con un proceso finito e individual, por eso entendió la transformación como un proceso terminal al que llamó muerte. Y al carecer de una mente total colectiva, al no comprender qué era la vida y sus transformaciones, el humano comprendió, a su manera, que él, en forma individual, se moría. Y su mente desarrolló el temor.

”Durante años, los humanos creados permanecieron aturdidos por todo lo que en sus mentes ocurría, por la aparición del temor, por todo lo que no entendían. Y los dioses no nos dimos cuenta de lo que estaba sucediendo, hasta que vimos que el humano nos temía. Entonces comprendimos que el proceso se nos había ido de las manos.

”Comenzamos a observar atentamente qué sucedía con la descendencia del hombre. Vimos que la mayoría recogía las características mezcladas de adanes y evas, dando lugar al desarrollo de una especie un tanto híbrida con las características que recién mencionamos: condición mental limitada producto de arquetipos de los dioses en una conciencia semianimal, y por otro lado una animalidad mal entendida y no desarrollada que le impedía

evolucionar. Por otra parte, los moldes de comportamiento social de los dioses lo condicionaban a un desarrollo social similar y a una convivencia con el medio ambiente en términos de explotación y no de armonía, tal como habíamos hecho nosotros. Ese hombre era incapaz de generar un cambio, e iba a durar lo que durara su medio ambiente. Y así llegó hasta hoy.

”La carencia de mente total colectiva marca un límite a la evolución de esta especie, no obstante, tiene los arquetipos necesarios para adquirir la vivencia consciente de esa condición mental. La dificultad radica en que pueda adquirirla antes de exterminar su medio ambiente y exterminarse.

”Pero hubo algo inesperado, casi un accidente, se podría decir. Hoy le podríamos llamar un caso de deriva génica. Recuerden que cuando creamos a los humanos utilizamos casi todos los genes de una de las especies de animales superiores de la Tierra. Pero el resto eran genes nuestros que introdujimos para lograr una inteligencia superior y una mayor capacidad de comprensión de nuestros procesos. Recuerden que el propósito era lograr buenos trabajadores.

”Cuando el hombre comienza a procrear aparece una minoría en la cual ese factor genético nuestro se magnificó. Eso produjo un tipo de embrión muy especial, capaz de captar la incorporación de la porción de conciencia unitaria de un ser inorgánico total de nuestra especie. En otra oportunidad van a aprender qué es eso y cómo se produce, por ahora piensen que lo que ustedes llaman un alma, en este caso de un dios, encarnó en un hombre. Y aclaro que este concepto de encarnar también es muy limitado.

-“Los ángeles lloraban al verse revestidos de una forma mortal y diferente”, según el Evangelio Cátaro del Pseudo Juan- dijo la muchacha brasileña.

-Exactamente- asintió el gigante –vuestros libros sagrados, reconocidos o apócrifos, recogen mucho de lo que estamos hablando. Pero sigamos.

”Esos seres, al reconocer su condición, acudieron a nosotros. Eran conscientes de lo que había sucedido. Tenían la mentalidad total nuestra y la parte animal humana. Esa situación les era insoportable. Además, su forma física era humana.

”Entre ellos y nosotros tomamos una decisión: eliminar su parte mental terrestre. Sí, Caín el agricultor, mató a su hermano Abel, el pastor, el portador de los instintos animales.

”Fueron una ínfima cantidad de seres que quedaron en esa condición. Y para evitar que eso volviera a suceder acortamos la vida de los humanos, pues habíamos descubierto que si los hombres vivían menos tiempo no existía la posibilidad de reencarnación de ese tipo de seres, ya que no había tiempo de que se produjeran los procesos naturales del tipo de vida que les era requerido. En una palabra, sus conciencias nunca llegaban a despertar aunque sus genes siguieran viajando a través del tiempo.

”Y apartamos a los cainitas de ese lugar. Se transformaron en una especie de dioses errantes a los cuales permanentemente debimos proteger ya que no se adaptaban con facilidad a la vida en sociedad de los humanos. Ustedes los definen como seres sin emociones, y efectivamente es así, recuerden que la emoción es una distorsión del instinto animal al pasar por los arquetipos mentales de los dioses. Los cainitas reencarnan unos en otros, su número es fijo y, dado el creciente desarrollo demográfico son cada vez menos. Apenas una muy ínfima minoría que tratan de pasar desapercibidos, aunque entre ellos se reconocen. Deben cambiar permanentemente de ubicación porque son demasiado longevos. Ahora permanecen esperando a que un cambio exterior los libere de tal condición. Pero nosotros no podemos hacer nada más, cometimos muchos errores y ahora debemos esperar que los procesos culminen de una forma u otra. Mientras tanto, las leyes superiores del universo,

que al fin comprendimos, nos permiten algún tipo de acción limitada, pues quedamos indefectiblemente ligados a los procesos terrestres de momento que incidimos tan violentamente en el desarrollo natural de este plano de vida. Pero eso es tema de otro encuentro.

-Pero entonces- preguntó el chileno –si ustedes no pueden hacer nada, y si la condición mental del humano es limitada a repetir el arquetipo aprendido y esperar la exterminación del medio ambiente, ¿quién va a hacer algo?

El gigante lo miró. No tenía expresión, pero en alguna parte de mi ser sentí que irradiaba un profundo pesar.

-Entonces vamos a hablar de nuestro siguiente gran error.

”Primero recuerden que el hombre tiene los arquetipos necesarios para cambiar su condición, su incapacidad radica en no poder desarrollarlos, es decir, en generar un cambio. No puede cambiar porque no sabe que lo puede hacer y no sabe que es necesario. Para hacerlo, tendría que saber todo esto en forma consciente, primer paso para el desarrollo de la mente total colectiva.

”A esa altura de la historia nosotros éramos profundamente conscientes de lo que estábamos haciendo y de la magnitud de nuestros errores. Deseábamos corregir el proceso. Se presentaron varias soluciones y al final se optó por una. Algunos dicen que fue otro error como el de los cainitas, otros opinan que se debe esperar a que el proceso culmine.

”Habíamos sido nosotros quienes dimos lugar a un proceso diferente, por lo tanto, éramos nosotros quienes debíamos acoplar ese proceso a la armonía universal. Pero no podíamos hacerlo como hasta ese momento, actuando de afuera del sistema, por decirlo de laguna manera. Debíamos transformarnos en el proceso en sí. Le llamamos la solución alquímica.

”Decidimos, después de reflexionar profundamente, crear las condiciones para que un ser inorgánico total de nuestra especie, un alma, incorporara su conciencia unitaria en un hombre. Pero, a diferencia de lo que aconteció con los cainitas, al nacer no iba a ser consciente de ellos. Se los explico en vuestros términos. Muchos de nosotros debíamos encarnar en forma no consciente en hombres y mujeres de vuestra especie para así, algún día, como hombres normales, transformar la mente de la humanidad y dar lugar al cambio. Y así se hizo.

”Habíamos observado después de los experimentos iniciales, que los seres humanos terrestres habían desarrollado compatibilidad con nosotros al punto de poder intentar, con serias posibilidades de éxito, el acoplamiento sexual de ambas especies. Esa fue la forma en que nos transformamos alquímicamente en el proceso en sí, de esa manera dimos lugar a que almas nuestras, como dicen ustedes, encarnen en seres terrestres.

-¿Pero es que las almas de ustedes son diferentes a las nuestras?- me atreví a preguntar.

-No, todos los seres orgánicos totales son iguales, tienen la misma potencialidad, por eso son totales. Solo difieren en la carga de memoria genética y en la transmisión genética de lo mental, algo que vuestra ciencia algún día descubrirá. El proceso evolutivo es el mismo, algunos son más antiguos y van más adelante, solamente eso. Esto depende, en gran medida, de las condiciones y las necesidades que se establecen antes de nacer. Otro día hablaremos de eso. Sigamos.

”Las cosas no fueron exactamente como las recogió vuestra mitología. Muchos de nosotros se cruzaron sexualmente con los humanos. No hubo ningún tipo de forzamiento, como algunos han dicho, fue un proceso lento que contó con el consentimiento de los humanos. Para ellos significó un honor, éramos los dioses, aun cuando conviviéramos en una misma comunidad.

”Pero el detalle mayúsculo, que la mitología no recogió porque nosotros cuidamos que no sucediera, es que no fueron solamente machos que se cruzaron con mujeres terrestres, sino que también hembras de nuestra especie se cruzaron con hombres terrestres.

”El cruce de un dios con una mujer, dio lugar, como ustedes saben, a gigantes, es decir, seres con nuestras características físicas. Pero en lo que hace a su mente la experiencia arrojó un resultado curioso: eran seres tan inteligentes como nosotros, pero incapaces de retener conscientemente la totalidad de un proceso, en este sentido hasta los terrestres eran superiores. Los gigantes parecían tener una memoria sumamente débil, vivían un maravilloso presente..., y nada más. Sus principios de acción eran los mismos que los nuestros, pero eran casi instintivos, se desconcertaban fácilmente cuando se les hacía objetivar una situación. Eran seres valerosos, y se identificaban tanto con nosotros como con los humanos, y a ambos estaban dispuestos a servir, eran incapaces de generar. Por suerte no podían procrear. Se fueron extinguiendo con el tiempo.

Donde la solución alquímica tuvo éxito fue en el cruce entre una diosa y un hombre terrestre.

“Yo dije: vosotros sois como dioses... Pero como hombres moriréis... (Salmos 82: 6,7)

“Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año a fin de matar a la tercera parte de los hombres.” (Apocalipsis 9:15)

-Su descendencia fueron seres humanos comunes, pero cuya alma correspondía a uno de los nuestros. Alma que estaba dormida, dispuesta a comenzar nuevamente un proceso de aprendizaje.

”Si se lograra un verdadero desarrollo, si se transformara en un ser humano total, entonces sí se producirá la reacción requerida y el dios podrá despertar. Y así, desde adentro de los humanos, con todas las características de una nueva especie, se podrán generar los cambios necesarios para adquirir la mente total colectiva.

”De esta forma el proceso se corregirá a sí mismo y la nueva especie podrá tener continuidad en el ecosistema de este universo.

”Nosotros comenzamos a retirarnos, a apartarnos de los humanos. Los nuevos seres debían corregir la situación casi sin ayuda externa, no podíamos influir tanto como lo hicimos antes.

”Los observamos a lo largo de muchas vidas, vimos como se cayeron y cómo volvieron a levantarse. Los vimos morir y nacer, los escuchamos hablar de amor, de odio y de muerte. Y los vimos amar, odiar y matar. Siempre esclavos del sistema, del arquetipo social que los obliga a repetir, una y otra vez, las conductas insertas en vuestro inconsciente.

”Pero desde nuestra posición, relativamente de privilegio, pudimos apreciar cómo algo no definible en conceptos humanos, crecía vida tras vida, circunstancia tras circunstancia. Era el proceso de maduración del alma.

”Pero ello comenzó a generar tensión. El alma de un dios dentro del humano comenzaba a latir, y eso se traducía en insatisfacción, en angustia. Y ellos, hombres y mujeres como ustedes, comenzaron a sufrir.

-Entonces..., nosotros...- nos atropellábamos por hablar. Lo que escuchábamos era tremendo, difícil de asimilar, aun desde el estado alterado de conciencia en que nos encontrábamos. Y para mi era peor, pues conservaba el anclaje con la realidad diaria incrementando, de a ratos, las sensaciones de dolor.

El gigante nos miró uno a uno e inmediatamente nos calmamos.

-No solo ustedes- prosiguió –muchos otros hombres y mujeres están recibiendo este tipo de preparación. Ustedes, en particular, tienen una labor específica, como otros tienen la suya.

-¿Pero, por qué cuando volvemos a la conciencia normal no podemos recordar nada?- preguntó la brasileña –es más, ni siquiera podemos recordarnos unos a otros.

Antes de responder me miró largamente, él sabía lo que yo estaba haciendo con mis heridas y lo que esto ocasionaba.

-Porque vuestra preparación como seres humanos aun no está completa. Lo que estamos haciendo muchos de nosotros es impartir estos conocimientos depositándolos en una parte de sus mentes para de esa forma aliviar la tensión y reducir la angustia y la insatisfacción. Además esto permite ir adelantando etapas para los momentos en que la humanidad toda tenga que saberlo. Si esto lo supieran en un estado de conciencia normal, difícilmente podrían integrarlo a vuestro diario vivir. Tampoco la humanidad está pronta aun, para asimilar todo esto. Lo hará muy lentamente, en forma natural, aunque no libre de sufrimientos.

-¿Y cómo es el estado mental de la humanidad actualmente- pregunté.

-Es, como les dije antes, muy limitado. Las únicas conductas y pensamientos que genera, aprueba e impulsa son las destinadas a reforzar el sistema que incorporó hace millones de años, cuando la mente nació.

”Se puede decir que la mente de la humanidad está compuesta por tres partes:

”Primero está la parte que corresponde a la memoria arquetípica de los dioses, la cual el ser humano adquirió por la transmisión genética en los experimentos iniciales.

”A esa parte no puede acceder por sí mismo, necesita de un impulso externo al sistema, una dosis psíquica adicional para que la mente experimente el salto cuántico y pase a otro nivel de desarrollo. Algo similar a lo que ocurrió cuando el hombre vio los primeros nacimientos y conceptualizó la muerte y el tiempo. Esa parte de la mente es la que puede producir el cambio. Con ella se es consciente de la vida en el universo, más allá de la Tierra y del tiempo.

”Una segunda parte es la instintiva animal propia del sistema. Es precisamente la que incorpora las facultades paranormales, la que lo armoniza con el ecosistema terrestre. El hombre la confunde con instintos primitivos que su sociedad descalifica. De esto el humano es poco consciente y lo tiene muy confuso. Y no sabe que es su oportunidad para que la vida en la Tierra surja a través de su máxima expresión: el ser humano autoconsciente.

“Si no surgieran cada tanto nuevas oportunidades como esta, la vida se expresaría a través de una constante repetición y terminaría por extinguirse.

”Estas iban a ser las características que identificarían al humano terrestre si no hubiéramos intervenido nosotros. Sí..., dentro de millones de años, pero el universo no tiene apuro. Y allí están todavía esas cualidades, latentes, distorsionadas a través de los moldes mentales de los dioses. Moldes que el humano imitó.

”Y esa constituye la tercera parte de la mente humana, la que hay que destruir. La correspondiente a la distorsión de los instintos básicos terrestres pasando a través de los moldes mentales de vida social de los dioses. Moldes muchos de ellos erróneos, que, como se hizo hace millones de años, hacen explotar a la naturaleza y al propio hombre, en lugar de convivir armónicamente con ambos y entre ambos..

”Destruyendo esa parte de la mente del hombre, éste podrá tener condición de continuidad en la vida universal. Y nos ayudará a nosotros a continuar nuestro propio proceso de desarrollo, interrumpido hasta tanto no se materialice una solución viable al vuestro.

”Esa sería la culminación final de la solución alquímica. Esa es la tarea de ustedes.

-¿¡Qué, qué!?- exclamamos con incredulidad -¿Y cómo vamos a hacer nosotros tamaña cosa?

-Calma, tal vez no sea en esta vida, o tal vez sí, eso no lo sabemos bien. Pero el cómo lo van a hacer es tema de otra reunión. Recuerden que hay otros con otras tareas, la suma de todas liberará al hombre de la condición mental limitada en que se halla, y los humanos tendrán, al fin, una mente total colectiva. Los humanos serán dioses.

Comenzó a mirarnos intensamente y uno a uno fueron quedando dormidos.

Cuando sus ojos se fijaron en los míos sentí que me desvanecía. Apreté fuerte mis manos contra la roca y el dolor me mantuvo consciente.

-¿Y tú, qué vas a hacer?- me preguntó.

-Pienso hablar con mis amigos, les voy a decir todo. Y se lo voy a decir al resto de la gente, a todo el que conozca. Aunque no me crean, aunque piensen que estoy loco, no me importa. Algo les va a quedar, alguna pregunta se van a hacer. Y eso es suficiente para que su mente empiece a cambiar, los moldes se van a debilitar.

Sentía como una fuerza crecía en mi interior, quería desafiarlo. Me puse de pie y lo miré a los ojos.

-Además, te voy a decir algo. Tal vez este sea el primer acto de libre albedrío de la especie humana, tal vez es la primera vez que vamos a hacer algo sin consultarlos o sin que ustedes lo aprueben. Sé que me falta mucho, todavía no me siento un dios, pero soy un ser humano. Y eso es mucho, soy un hombre libre.

Me miró largamente. Se aproximó y se agachó para mirarme al mismo nivel. Su expresión había cambiado, casi imperceptiblemente, pero había cambiado. Sin decir palabra me abrazó. Algo enorme ocurrió en mi, algo que no pude, ni puedo definir. Sé que en ese instante de la vida fui solamente amor. Un amor completo, armónico, sin pasión, sin sentimientos. Algo que desconocía, pero que sabía que era amor.

Se separó y me miró nuevamente. Creí ver cierta nostalgia en su mirada, y una pizca de respeto y admiración.

-Hasta pronto, amigo- me dijo. Y con un increíble salto al vacío desapareció.

Miré el horizonte donde las montañas comenzaban a definir un borde amarillento.

Amanecía. En todo sentido.

No sé. No sé qué decir o qué pensar. Parece una historia de ciencia ficción, pero dentro de este contexto, cuando estoy recibiendo todo esto... Y todas estas cosas le sucedieron alguna vez a alguien. Sí, eso fue lo que escuché antes de encontrarme dentro de esta cabaña. Eso fue lo que me dijo la voz. Yo siempre pensé que esa voz interior era la voz de Dios. Y más cuando se da así, de esa forma, sorpresiva, sin ningún pensamiento previo. La voz me anticipaba lo que vendría inmediatamente. Y la recordaba ahora, en este preciso momento en que dudaba si había Dios, o dioses, o entidades que supieran mi destino. Me sentí casi como un animal, como ganado que estaba siendo pastoreado por seres infinitamente superiores.

La duda que crece en mi es quién es que me habla, qué es esa voz interior. O exterior. ¿Eso viene de Dios, o de los Dioses intermedios, o de los Superiores?

No lo sé, no sé si es importante. Yo quisiera...

Bueno, ya no me voy a resistir. No sé si el viejo se anticipa a mi pensamiento o lo conduce.

LAS VOCES DE DIOS

Los Seres sintieron la vibración en forma simultánea; estaban separados por tiempos y distancias inconmensurables, pero cada uno sabía que el otro había experimentado la sensación.

Sus mentes poderosas comenzaron a rastrear el origen del impulso. Algunos lo encontraron cerca, dentro de su propia galaxia. Para otros, el espacio casi perdía sentido. Algunos lo ubicaban en el pasado y unos pocos en el futuro.

Todos sabían que había que actuar, para ello habían sido preparados.

La fuente del impulso ya estaba ubicada en espacio y tiempo, había que ubicarla en vibración, la tercera coordenada que define los acontecimientos en el universo.

Era un ser humano.

Una vez más aparecían los efectos de causas antiquísimas, una vez más la vida buscaba perfeccionarse a sí misma, una vez más El Profundo crecía.

Los Seres eran increíblemente poderosos, pero ese poder lo habían desarrollado conjuntamente con su sabiduría. Se sabían capaces de todo, pero por ese motivo, también se sometían a leyes que a cada instante comprendían más. Eran como las estrellas, que aun con su enorme energía, deben cumplir con la trayectoria asignada desde el inicio de los tiempos.

Además estaba aquella antigua causa, aquella imprudente intervención que aplicó el poder como un acto de soberbia. Aquel acto los había ligado por tiempo indefinido a sucesos como el que ahora experimentaban. Un proceso cósmico había comenzado en aquel lejano instante, y debían esperar a que sus propios efectos se transformaran en causa para que el ciclo culminara.

Nunca sabrían si aquello fue un error o un mecanismo del universo para impulsar su propio crecimiento. Producto de una imperfección en la energía, había comenzado la materia y, como consecuencia, la vida en el Cosmos. Siempre es lo antagónico lo que provoca la tensión necesaria para que algo se ponga en movimiento.

Tal vez el error fuera otra de las herramientas de creación de El Profundo; de ser así, no es concebible una sabiduría infinita que no incluyan al error y la falibilidad como atributos de la vida misma.

Ese y otros misterios permanecerían siempre ligados a su motivo, pero el meditar sobre ellos revivía la imprescindible humildad para poder actuar, sabiamente cuando podían, pero muchas otras veces sin saber qué iba a acontecer, solamente en conocimiento de la órbita de vida que les había sido asignada.

Ese mismo antiguo proceso, esas inexorables leyes, facultaban a los seres a actuar en lo mental, ocasionalmente lo hacían en lo físico, y estaba muy limitados en lo espiritual, tan solo podían ayudar cuando el proceso comenzaba. El desarrollo espiritual es una opción personal, única, y no siempre consciente, de la criatura humana.

Y aquel humano generador del impulso había propiciado, sin saberlo, las condiciones para que la intervención de los seres fuera posible, había abierto aquel circuito mágico que desde la eternidad posibilitó a la vida hablar con su creador. Aquel ser humano había pedido ayuda para comprender, y lo había hecho desde lo más profundo de su corazón.

Los seres enviaron el primer impulso mental para que el humano comenzara a escuchar las voces de Dios

.....

Betina terminó de orar. No sabía muy bien cuánto tiempo había estado haciéndolo, las rodillas le dolían terriblemente, pero de eso recién se daba cuenta ahora.

Separó sus manos, levantó la cabeza y se acomodó en posición de loto. Se sentía cómoda, relajada, y el dolor iba pasando rápidamente.

Había sido una oración como nunca antes había experimentado. Había comenzado con las fórmulas de antiguas oraciones aprendidas durante su niñez en el colegio religioso. Pero, sin saber exactamente en qué momento, Betina comenzó un monólogo espontáneo. No era la primera vez que lo hacía, pero nunca había sido como en esta ocasión. Las palabras, brotando de su interior más profundo, habían dejado aflorar una fuerza que desconocía.

Y Betina quería saber, desesperadamente, quería comprender.

Tenía diecinueve años, una familia recientemente destruida por el divorcio de sus padres, un desengaño amoroso y una angustiada ansiedad que no podía definir.

No comprendía el sentido de su vida ni de la vida en general. Intuía que en ese momento se hallaba frente a una encrucijada, y que si no acertaba el camino correcto, la vida pasaría ante sus ojos año tras año sin que llegara a comprenderla, sin que pudiera realizar aquel algo que la reclamaba y que todavía ignoraba.

Pero, por sobre todo, Betina quería conocer a Dios.

Los conceptos adquiridos durante su infancia se desgarraban día tras día con la realidad del ser humano, con las debilidades y falencias de quienes enseñaban acerca de Dios, o bien con las suyas propias, que, una y otra vez, la cargaban con irreales pero no menos pesadas culpas.

No entendía el por qué del sufrimiento humano ni el por qué de su propio sufrimiento, no entendía el premio ni el castigo ni el por qué del bien y del mal.

“¿Es que acaso Dios había fallado?”

Y cuando había preguntado acerca de ese y otros interrogantes, se estrelló contra el dogma del misterio, y aquel Dios, a veces amigo, a veces castigador, se alejaba de ella refugiándose en incomprensibles y misteriosos designios.

A Betina le dolía esa separación, esa falta de respuesta a sus oraciones. No quería más monólogos, Betina quería dialogar con Dios. Ese deseo había quedado fijo en su mente al ser castigada severamente cuando se lo expresó a un sacerdote muchos años atrás, cuando tenía a Dios mucho más cerca, cuando apenas tenía seis años. La desmedida reacción del sacerdote le había hecho intuir que allí había algo grande.

Por ello, trece años después, volvía a repetir el pedido. Pero si antes lo hizo por curiosidad, incluso por una sana e inocente amistad con aquel Dios amigo, ahora lo hacía con la desesperación, con el ansia incontenible de saber, de comprender, de ubicarse a sí misma frente a la vida.

Betina, sin saberlo, quería descubrir el amor, no la pasión humana que a veces es un reflejo del amor; quería descubrir el verdadero y pleno amor a la vida.

Y fue así, sin proponérselo conscientemente, como dio lugar a aquel maravilloso proceso cósmico que no iba a ser detenido ni por el tiempo ni por el espacio, porque el amor trascendente y universal está fuera de todo eso.

Las lágrimas caían por sus mejillas; rodaban lentas, grandes, silenciosas.

No sabía por qué lloraba, pero se sentía bien haciéndolo. Estaba sola en aquel cuarto de pensión que alquilaba en la ciudad mientras estudiaba magisterio.

“Magisterio”, no sabía siquiera si le gustaba, pero durante su niñez, sus padres y parientes la designaron “maestra”. Ahora se preguntaba si era lo que en realidad quería o estaba

cumpliendo con un deseo de su familia, en realidad, cumpliendo con un rígido mandato que solamente iba a satisfacer a sus parientes.

Ya era tarde y no quería seguir pensando, quería disfrutar de la sensación de alivio que le había producido la oración.

Encendió la radio, seleccionó música clásica y puso el volumen muy bajo. Se echó boca arriba en la cama y, poniendo las manos bajo su cabeza, se dejó llevar por la música.

Estaba soñando, de alguna manera, sabía que aquello era un sueño, pero también sabía que no podía, que no debía interferir. Debía dejar que ese sueño continuara desarrollándose.

El hombre vestía un ropaje extraño; era mayor, agradable y le sonreía transmitiéndole confianza. El hombre la tomaba de la mano y la conducía por un angosto sendero a través de un bosque. El ruido del agua cayendo sobre piedras se podía escuchar cada vez más cerca. Betina sentía sed.

Llegaron al borde de una pequeña barranca de unos tres metros de alto, debajo de ellos el arroyo de ensanchaba formando una bellísima laguna de aguas completamente transparentes donde la luz producía infinitos reflejos contra un fondo que no llegaba a definirse.

La laguna tendría unos diez metros de diámetro y era casi perfectamente circular. A la izquierda, una hermosa cascada se derramaba desde unos cuatro metros de altura. A la derecha, la laguna caía por una cascada similar.

El hombre se desnudó por completo e indicó a Betina que hiciera lo mismo. Era curioso, no se hablaban, pero se comprendían perfectamente. Betina no sintió la menor incomodidad ni vergüenza cuando se quitó la ropa. Tampoco sintió miedo cuando saltaron al agua.

Comenzaron a sumergirse más y más, la luz se reflejaba sobre pequeños pececillos, piedras, algas y arena, dándoles un aspecto curioso e irreal. Era un mundo maravilloso, diferente, sin ruidos. Y, con sorpresa, Betina se dio cuenta de que no necesitaba respirar.

El hombre la miraba sonriente mientras sus cabellos se agitaban lentamente con el movimiento del agua.

Betina hubiera deseado quedarse allí indefinidamente, pero el desconocido tomó su mano una vez más y la condujo nadando suavemente bajo el agua. Los movimientos de ambos eran armoniosos, era como si volaran.

Betina vio una turbulencia delante de sus ojos y comprendió que se dirigían hacia la cascada de la izquierda.

Entraron en la turbulencia y las imágenes se disolvieron. Betina sintió que el agua la agitaba con violencia y miles de burbujas brillantes le impedían ver. La mano del hombre apretó su muñeca y sintió un tirón suave y firme. Intuyó que quedarse allí hubiera sido peligroso.

Betina hizo un esfuerzo, pateó con violencia y logró atravesar aquel remolino; ahora estaba en la oscuridad.

Detrás suyo, brillaba la agitación de las infinitas burbujas del remolino y, más allá, estaba aquel hermoso mundo de vida y luz. Por delante solo estaba la oscuridad y una cada vez más violenta corriente subterránea que la impulsaba en esa dirección.

Betina sintió miedo.

La mano del hombre seguía tirando de ella en forma insistente introduciéndola en aquella aterradora negrura. Decidió seguir, temía enfrentarse sola al remolino y temía no poder desprenderse de aquella mano.

Estaban en un afluyente subterráneo del arroyo y los estaba llevando cada vez más abajo. Formas extrañas se percibían a lo largo del recorrido, seres monstruosos, que brillaban con luz propia, se le acercaban curiosos y se perdían nuevamente en la oscuridad.

Betina pensó que iba a desfallecer de terror, pero la mano del desconocido continuaba apretando la suya transmitiéndole tranquilidad y confianza.

Supo que estaban llegando a algún lugar. Emergieron unos pocos metros.

Al sacar la cabeza fuera del agua, Betina vio que se encontraba en una caverna enorme, era imposible distinguir sus límites. Una fuente de luz difusa, plateada, parecía provenir de algún lugar situado en una especie de playa de rocas delante de ellos.

Salieron del agua y caminaron por las rocas en dirección a aquella luz.

Provenía de una piedra, una piedra extraña, no era grande, tendría unos diez centímetros de extremo a extremo. Su forma era ovoide y su superficie muy lisa.

Pero lo más extraño eran sus colores, tornasolados, cambiantes, bellísimos. De pronto era un violeta intenso, y enseguida rosado, o bien azul; pero en el fondo, por debajo de cada cambio de color y tonalidad, la piedra siempre era dorada.

Betina miró al hombre con asombro, él le sonreía. La imagen era maravillosa, la piedra brillaba intensamente iluminando a ambos desde abajo.

Betina se acercó y la piedra aumentó su brillo, se detuvo sorprendida. Lentamente comenzó a estirar su brazo, la mano extendida hacia la hermosa piedra. El brillo era más y más intenso, algo importante iba a suceder.

Betina se estiró aun más y, al fin, tocó la piedra. En ese instante su brillo pareció estallar en una luz cegadora. Y Betina fue feliz.

Despertó.

Ya era de día, pero cerró los ojos nuevamente, para evitar que las imágenes diarias introdujeran más información en su cerebro, impidiéndole recordar aquel extraño y hermoso sueño. Lo reprodujo e hilvanó una y otra vez hasta que quedó fijo en su mente, hasta que pudo recordar hasta el mínimo detalle. Debía recordarlo, ese sueño no era una fantasía común, era importante, y lo era para ella, exclusivamente. Ese mismo día iba a tratar de averiguar su significado.

Se levantó optimista, alegre, entonaba una canción mientras preparaba su desayuno. Se dio cuenta de que hacía tiempo que no cantaba, antes lo hacía más seguido.

Llegó al instituto temprano y entró al salón.

Normalmente llegaba justo sobre la hora de comienzo de la clase, era una buena forma de evitar hablar con sus compañeros. No le gustaban, todavía no se había adaptado a la vida de la capital ni a aquellas risas fáciles, permanentes y sin motivo.

En su pueblo natal todo era distinto. La gente reía por motivos concretos y se miraba a los ojos cuando hablaba. Estaba segura de que, buscando un poco más, iba a encontrar alguien similar, pero era el conjunto lo que ella rechazaba. Era curioso ver cómo la gente se masificaba cuando estaban en grupos, ella estaba segura, y lo había comprobado más de una vez, que muchos de ellos, a solas, en la intimidad de una conversación, dejaban de comportarse de esa forma irracional. Muchos eran seres comunes, con sus dudas, sus anhelos y deseos, sus esperanzas, sus temores y sus fantasías. Pero no se animaban a decirlo, ni siquiera a sí mismos.

Nunca había visto un grupo humano contando sus dudas e inseguridades unos a otros. En los grupos las respuestas eran instantáneas, seguras, decir “no sé”, era algo irreal.

No, no era con ellos que podía compartir su intimidad. Y no era por el desengaño amoroso que había experimentado, no. Era simplemente porque estaban demasiado lejos. Tan lejos de ella, como lo estaban entre ellos mismos.

La mañana pasó como en un sueño y comenzaban las dos últimas horas. Psicología, la materia que había estado aguardando.

La profesora se llamaba Mary y algo más, era alta, soltera y, a sus cuarenta y dos años, sumamente bonita. También era inteligente, exigente y distante.

A Betina le gustaba la materia, pero no estaba segura en cuanto a Mary. Esa mujer parecía exigirle siempre más y normalmente no le reconocía el esfuerzo. Betina no tenía dificultades con sus calificaciones, pero estaba segura de que con Mary, nunca podría descansar o descuidarse.

Ese día como los dos anteriores, el tema era el inconsciente.

-¿Me permite, Mary?- solicitó Betina levantando la mano. A la profesora le gustaba que la llamaran por su nombre.

-Sí, Betina- Mary también llamaba a cada uno por su nombre.

-Tuve un sueño, Mary, y me pareció importante, quisiera que usted me dijera qué significa o a qué se debe.

Un suave murmullo recorrió la clase. Alguien estaba rompiendo la indestructible coraza de lo íntimo, ¡alguien se estaba exponiendo!

-Cuenta, Betina, pero sé breve, por favor.

Betina ya estaba arrepentida de haber hablado, las sonrisas cargadas de cinismo y complicidad la estaban acosando desde distintos rincones del salón.

En pocas palabras y sin entrar en detalles, contó su sueño mientras el rumor crecía.

-¡Silencio, por favor!- pidió Mary. La burla iba en aumento desde la impunidad de la hipocresía generalizada.

-Son manifestaciones de la libido, Betina- continuó la profesora —el inconsciente las canaliza a través de sueños para, de esa forma, liberar nuestras tensiones internas. No tiene un significado en particular. Ahora continuemos con el tema.

Betina se sentía mal, horriblemente mal. Había expuesto algo íntimo, importante. Y había obtenido una burla general y una respuesta vaga. Tal vez fuera así, tal vez no fuera nada importante y ella estuviera edificando una fantasía sin sentido. Cada vez se sentía más y más lejos de aquella gente. Y cada vez era más duro aceptar reglas de juego que no compartía para ser integrada a un grupo que no quería. La alternativa era condenarse a ser considerada una suerte de animalito extraño que, a duras penas y a veces, estaba satisfecho consigo mismo.

El timbre sonó. El tiempo había transcurrido en una rumia mental de pensamientos reiterados y sin solución.

No se levantó, permaneció sentada, la mano sosteniendo la cabeza y la mirada hacia abajo.

-¿Tenés tensiones sexuales, Betina?- escuchó que se burlaban una vez más.

Las voces se alejaron entre risas y ruido de bancos.

Ya no escuchaba sonido alguno. Se habían ido. Permitió que una lágrima pesada rodara por su mejilla y cayera sobre la tabla del banco.

Algo que no pudo precisar le hizo levantar la vista; se sobresaltó. Mary la estaba mirando especulativamente desde su escritorio.

-¿Acaso piensas que Freud tiene todas las respuestas?- le preguntó -¿Y supones que te iba a responder algo tan importante delante de todos estos necios?

Betina no salía de su asombro, pensó que iba a estallar de alegría y ansiedad.

Mary se acercó y le tendió una tarjeta.

-Aquí tienes mi dirección. Te espero hoy a las siete en mi casa.

Y salió sin esperar la respuesta.

Estaban en el departamento de Mary. Era pequeño y confortable.

El vino y la música suave habían liberado la intimidad entre ambas mujeres.

-Ésa es mi vida y ese es mi sueño, Mary.

Betina había estado hablando por más de una hora bajo la atenta mirada de su profesora. Mary la había interrumpido muy poco, tan solo con tres o cuatro preguntas agudas que permitieron explorar facetas importantes de la personalidad de la muchacha.

Betina se había liberado totalmente, había contado su vida, sus angustias, sus dudas, sus temores y sus esperanzas. Había explorado sus fantasías y confrontado sus realidades y, finalmente, había contado su sueño con todos los detalles y pormenores, con todas las preguntas y expectativas que la experiencia le había producido.

-Como te dije antes, Betina, Freud no tiene todas las respuestas para experiencias de ese tipo, por más que el programa del instituto nos obligue a tratar a Freud con prioridad sobre todo lo demás. La obra de Freud es magnífica, pero pretender comprender la totalidad del ser humano, incluido el inconsciente, a través de su obra, es como desarrollar la tecnología de punta de la actualidad con los conocimientos científicos de la época de la revolución industrial.

”Uno de sus mejores discípulos, seguramente el principal, Jung, discrepó profundamente con Freud. Y uno de los puntos de discrepancia era precisamente en lo que a los sueños se refiere. La teoría de Jung, tiene conocimientos especialmente adecuados para interpretar un sueño como ese. Pero mi experiencia me dice que en lo que estás viviendo hay más cosas, Betina. Tú estás en una búsqueda, en una búsqueda importante, en realidad todos lo estamos, pero tu proceso es en forma consciente. Tú hasorado y has hecho pedidos concretos y sinceros, necesarios par tu desempeño en la vida. Y cuando esos pedidos se formulan sinceramente y con la fuerza de la necesidad, las respuestas vienen, de una u otra manera, pero vienen, sin lugar a dudas. Si se las atiende y se les considera, siguen viniendo, cada vez más fluidamente. Si se las ignora, cesan. Un sueño puede ser un tipo de respuesta. Betina estaba feliz, al fin encontraba un ser humano con el cual poder conversar y al cual poder preguntar. Mary hablaba lento, pausado, y Betina bebía el vino y sus palabras con igual deleite. Algo empezaba a tener sentido.

Mary continuó.

-Nosotros somos mucho más que nuestra manifestación física y psíquica consciente, y ese “mucho más” es precisamente quien trata de que seamos una unidad, que nos encontremos con nuestras partes ocultas e ignotas y las asimilemos, ese “mucho más” trata que las integramos en un todo consciente, completo, total. Jung llama a eso “el sí mismo”, y, muchas veces, aparece en nuestros sueños. Una de sus formas más corrientes es como una piedra. Los antiguos alquimistas la llamaban “la piedra filosofal”, ellos la buscaban en la transmutación del ser a través del trabajo sobre la materia. Eso fue lo que apareció en tu sueño.

Betina abrió mucho los ojos.

-¿Y el hombre que me guiaba?

-Es otro aspecto de ti, es, podríamos decir, tu parte masculina, una parte que también te requiere para ser más completa, para poder alcanzar “el sí mismo”. El sueño te puso en camino de la búsqueda, Betina, no debes abandonarla.

-¿Y qué significa lo demás, la laguna, el río subterráneo...?

-La laguna y la zambullida son un descenso a las profundidades de la mente, el río puede ser un viaje al inconsciente, o bien, el comenzar a trascender un problema religioso.

-¿Y Dios, dónde está?

-No se trata de encontrar, sino de buscar. No importa llegar, Betina, importa caminar.

Permanecieron ambas en silencio.

Betina, un tanto confusa y deslumbrada por el infinito panorama que se abría por delante. Mary, expectante, deseando decir tantas otras cosas a aquella chiquilla que tanto le recordaba a sí misma. Pero no, Mary sabía que un despertar prematuro no es duradero, además, el camino real, el único que vale, es el que uno mismo hace, aunque demore muchas vidas en recorrerlo, aunque en su construcción nunca llegue a un punto concreto.

-¿Te gusta la profesión de maestra, Betina?- preguntó Mary rompiendo el silencio.

-En realidad no lo sé, creo que no.

-¿Y la psicología?- Mary la estudiaba atentamente.

-Hemos estado hablando de cosas más profundas que la psicología, y eso es lo que me gusta. No obstante, creo que la psicología es una buena aproximación, algo por donde entrar a todo eso.

-Estamos en noviembre, Betina. En pocos días finalizan las clases, puedes tomarte las vacaciones para pensarlo. Mientras tanto sigue prestando atención a tus sueños y no dudes en consultarme cada vez que quieras hacerlo. Te voy a prestar algunos libros.

-Mary..., hay más cosas ..., hay más dudas, pero no las tengo claras, no sé cómo expresarlas.

Mary la miró y suspiró.

-Yo también las tengo, Betina, y tampoco sé cómo expresarlas.

-Pero usted me comprende...

Mary le sonrió con dulzura.

-Claro, Betina, también soy mujer, siento las mismas cosas.

-¿Pero es que los hombres son diferentes?

-No, pero no lo saben, ellos están ocupados en hacer el mundo y la mayoría no se permite vivir ni sentir. Normalmente no recuerdan sus sueños o les restan importancia, pues sus mentes están ocupadas en responder a las exigencias del sistema en que vivimos. Por eso en la antigüedad, había más brujas que brujos, eran las mujeres quienes estaban en las mejores condiciones de experimentar estos fenómenos..., y eran los hombres, mayoritariamente, quienes las quemaban. ¿Tú puedes imaginarte a hombres hablando de estas cosas, hablando de sus sueños, de sus dudas y temores? Ellos mismos no se lo permiten, aunque lo necesiten tanto como nosotras. El sistema les exige ser triunfadores, seguros, omnisapientes. Sería un signo de debilidad inaceptable hablar de estas cosas entre ellos.

-Pero, actualmente, muchas mujeres son iguales- dijo Betina recordando la actitud de varias de sus compañeras cuando contó el sueño.

-Claro, el sistema social en que vivimos nos exige a todos por igual y, lentamente, nos vamos transformando. Las mujeres son impelidas a actuar como hombres, y la especie humana está perdiendo su única alternativa de cambio: lo femenino. Lo veo con dolor, promoción tras promoción, año a año.

-Sin embargo, estoy segura de que hay más gente como nosotras, hombres y mujeres que piensan igual, que buscan respuestas.

-La hay, Betina, la hay. Los humanos tenemos nuestros propios mecanismos ocultos de preservación y defensa.

-¿Y dónde están, dónde los encuentro?

-Hay más cosas que enseñó Jung, una de ellas es el sincronismo. Ese fenómeno te permitirá conocer a la gente necesaria sin buscarla. El sincronismo fue lo que ocasionó nuestro encuentro, es una especie de sintonía en una frecuencia que desconocemos.

Betina quedó pensativa.

-Gracias, Mary, de todo corazón, muchas gracias- Betina estaba emocionada.

-No hay nada que agradecer, Betina, es, simplemente, el funcionamiento del universo.

Se despidieron con un abrazo.

Betina salió a la calle y miró hacia el departamento de su amiga. Mary estaba asomada a la ventana.

-¡Vuelve pronto, y cuéntame tus sueños!- le gritó.

Betina agitó la mano y partió a paso vivo. La vida era hermosa, fascinante.

.....

Los Seres examinaron los resultados, estaban satisfechos, el proceso había comenzado.

Este éxito inicial les permitía investigar el pasado de aquel ser humano, y tal vez, entrar en lo que se consideraba una intimidad inviolable. Pero, de acuerdo a cómo se estaban dando los acontecimientos, de acuerdo a la vibración básica del humano, y considerando cuál podía ser el resultado final, decidieron hacerlo.

Se sorprendieron cuando la coordenada inicial los remontó tan atrás. Vieron cómo el humano, vida tras vida, había intentado religar el pasado, y comprendieron que se encontraba frente a una de las mejores posibilidades de hacerlo, tal vez una de las últimas.

Una vez más se maravillaron ante aquel designio que les permitía avanzar casi con imprudencia para encontrar, después, que su acción estaba de antemano justificada.

El enlace del pasado demostraba claramente que podían, o más bien, que debían continuar con el proceso.

Había que obrar con cautela, pues el nivel de su intervención había aumentado considerablemente, y ellos sabían muy bien lo que significaba ser esclavos de una libertad mayor, conocían perfectamente el precio del libre albedrío.

Examinaron las principales posibilidades del futuro inmediato. Varias de ellas eran adecuadas, pero sin duda, aquella era la más atrayente, la más completa. Y la más hermosa.

El segundo impulso mental fue enviado.

.....

El ómnibus se desplazaba silencioso por la ruta. Betina pensaba, tenía los ojos cerrados en una tranquila duermevela después de casi seis horas de recorrido.

Los últimos días de clase habían transcurrido en una rutina total, lo único atractivo habían sido las otras tres visitas a la casa de Mary. Betina había vuelto a soñar, y Mary le explicaba y la orientaba. También había leído mucho y, poco a poco, comenzaba a interpretar sus sueños sin ayuda. Cada vez le resultaba más evidente que estaba profundizando en un camino de autoconocimiento y que su conciencia se expandía más.

Hasta aquel día en que despertó con un irresistible deseo de ir al campo. No podía explicárselo, solo sabía que quería ir al campo, estar en contacto con la naturaleza.

Hacía varios años que no visitaba su pueblo natal, pero no era allí a donde pensaba ir, ella quería la naturaleza, no el lento y somnoliento veraneo de su pueblo.

Así fue como recordó a Leandro.

Era un pariente lejano, unos diez años mayor. Hacía años que no veía a Leandro. La última vez había sido en un velorio o un casamiento, no recordaba muy bien. Según le habían contado, Leandro era ingeniero agrónomo, veterinario, lector permanente y una especie de bicho solitario que pasaba el verano en una cabaña, casi oculta en el monte, en un campo de su propiedad.

Betina había conocido ese lugar siendo muy niña, y el recuerdo que tenía era de una selva. También recordaba a Leandro como un muchachito bastante insoportable que andaba todo el día a caballo. Pero el mejor recuerdo era el de la naturaleza, el monte casi totalmente virgen que rodeaba el lugar.

Sí, iba a ir allí mismo. Confiaba en encontrar a Leandro y no creía que el joven tuviera inconveniente en alojarla unos días.

El ómnibus se detuvo donde ella pidió.

Descendió.

A su derecha se elevaban unos cerros de más de trescientos metros de altura. Debía pasar al otro lado, descender y, en el fondo del valle encontraría un arroyo que debía cruzar. Caminar diez kilómetros siguiendo el curso del arroyo hacia el norte, bordear un estero y, enseguida aparecería la cabaña.

Tales habían sido las sencillas explicaciones que le había dado una tía a la que consultó.

Betina respiró profundamente, cargó su mochila y emprendió la marcha hacia los cerros. Una nube de polvo se llevaba al ómnibus, y con ella, lo último que Betina quería ver de la vida ciudadana en muchos días.

Hacía calor, el sol indicaba que el mediodía había pasado cuando Betina alcanzó la cima del cerro. Estaba cansada, feliz.

Se sentó para descansar a la sombra de un pequeño mote de coronillas.

Al tiempo que su corazón disminuía la frecuencia de los latidos Betina iba enfocando sus cinco sentidos en todo lo que la rodeaba.

Miró atentamente las rocas que abundaban en la cima, los árboles cercanos y lejanos, y, allá en el fondo, más de trescientos metros hacia abajo, el valle que debía alcanzar, cruzado intermitentemente por el hilo de plata del arroyo. Descubrió que si dejaba descansar la vista, todo se integraba en distintos tonos de verde, marrón y celeste.

Pudo escuchar los trinos y silbidos de los pájaros, el viento que aullaba suave con diferentes voces pasando entre los árboles, o bramando con fuerza al pasar entre las plumas del águila que la sobrevoló. Y allá, en el fondo, podía escuchar un ruido sordo, indefinido, del cual todos los otros sonidos parecían partir.

Pudo oler los diferentes perfumes silvestres, puso oler el pasto y otros aromas diversos que el viento le traía, y al fondo, aquel olor acre y suave, aquel olor total, casi indescriptible que solo se siente cuando se está en el campo.

Junto con el olor comenzó a percibir el sabor. El de su propia saliva, el sabor salado de las gotitas de sudor que resbalaban hacia sus labios. Quiso buscar su propio sabor, el de su persona, y lo encontró allá lejos, casi imperceptible en el fondo del paladar; era suave y se mezclaba confusamente con el olor de la naturaleza.

Betina acarició la roca a su lado. Palpó su relieve, sus aristas y redondeces. Dejó resbalar la mano y con la punta de los dedos palpó cada brizna de pasto, cada palito y cada piedrecilla.

Se recostó y apoyó las palmas de sus manos en el suelo. Pudo sentir la tierra como una totalidad, parecía latir, parecía empujar al aire en cada latido. Y también a ella. ¿O era ella quién latía?

Por un brevísimo instante, Betina fue una sola cosa con la tierra y con el cielo, los tres latían al unísono y todos sus sentidos se integraron en una misma sensación.

Después de un rato se incorporó. Estaba sorprendida y un tanto confusa. Comenzó a descender hacia el valle y el movimiento hizo que, de una forma todavía imprecisa, sus pensamientos se fueran ordenando cada vez más, encadenándose unos a otros hasta ir formando un todo coherente.

Betina había aprendido que, detrás de cada cosa, de cada impresión o sensación, existe algo desde el cual todo parece nacer, ella misma, el cielo y la tierra parecieron confundirse en una misma cosa. Todo en el universo parecen ser afloramientos, manifestaciones de un algo. Y cada manifestación parece tener su propio idioma, es cuestión de entenderlo, de prestar atención, de observar.

En este caso, la propia naturaleza le había hablado a través de sus sentidos.

Cuando llegó abajo y entró al monte, estaba atardeciendo. Cruzó el arroyo y comenzó a caminar hacia el norte.

El monte se ensanchaba y se espesaba. La oscuridad también.

Hacía dos horas que caminaba, que tropezaba que caía y se lastimaba una y otra vez. Había perdido el cauce del arroyo y no sabía dónde se encontraba.

El monte, que horas antes se había mostrado fresco y acogedor, se había transformado en algo negro, poblado de chistidos, gruñidos, ruidos de carreras nerviosas y algún aullido.

La vegetación era ahora agresiva, la arañaba, la pinchaba y la golpeaba una y otra vez.

Betina sintió el primer y fugaz ramalazo del miedo. Temía al monte, pero más le preocupaba que el pánico la dominara. Se detuvo.

Comprendió el miedo a lo desconocido, vio claramente delante de él el abismo de terror al cual podía precipitarse. Quería volver. ¿Pero volver a dónde?

Ninguno de los movimientos y acciones que pudiera intentar, la haría volver a algún lado, tal era su desconcierto. Se hallaba completamente perdida y, en ese estado, cualquier paso significaba avanzar o retroceder. Todo era continuar, era lo único que podía hacer. Continuar, aun cuando no se moviera, debía continuar. El moverse o permanecer quieta, o aun el dormir, no iban a impedir el terror de aquella experiencia. Era como estar en medio de un río enorme y caudaloso, de orillas inalcanzables, y en el cual, hiciera lo que hiciera, siempre iba a permanecer en medio de la corriente.

Era como la vida, a veces, durante el día, podía ver su camino. Pero muchas veces iba a ser de noche, llena de terrores e incertidumbres, con amenazas reales e imaginarias. No podía detener la vida y volver atrás, siempre debía continuar, aun cuando no supiera a dónde se dirigía.

El amanecer la encontró semidormida debajo de un árbol, cansada, sin temor, y un poquito más sabia.

Comenzó a caminar. Sobre el mediodía encontró una huella de animales y una hora después llegaba al arroyo.

Encontró la cabaña por la tarde, ya agotada y embarrada de caminar bordeando el estero.

La casa era pequeña, sencilla y confortable. No había absolutamente nada que no fuera necesario, excepto, quizás, la colección de cráneos sobre la repisa. Los había de todo tipo, grandes y pequeños, animales y humanos, y algunos eran inidentificables.

No había nadie, ni en los corrales, ni en los galpones, ni en el prado que rodeaba al casco.

Sin embargo, el lugar no tenía aspecto de estar deshabitado. Leandro debía haber salido, supuso.

Se recostó en un viejo sofá y al instante quedó dormida.

El gruñido era sordo, continuo, amenazador. Betina pensó que soñaba y que otra vez estaba perdida en el monte. Pero no, no soñaba. Por lo tanto, ¡aquel gruñido amenazador era algo real!

Lo sentía casi pegado a su cara.

Lentamente, muy lentamente, comenzó a abrir los ojos.

Unos dientes enormes, unos colmillos filosos se abrían y se cerraban despacio, a unos pocos centímetros de su cara. Cuando terminó de abrir los ojos, el gruñido aumentó y se hizo más amenazante.

Era un perrazo enorme, oscuro. Por detrás del animal los rayos del sol recortaban la silueta de un hombre alto, cuyo sombrero le caía despreocupadamente sobre la frente.

-¿Quién es usted, joven, y qué hace en mi casa?- preguntó con voz grave.

-Leandro, ¿sos vos?- preguntó Betina con esperanza.

Era de madrugada y todavía seguían conversando.

Para ambos era una experiencia totalmente nueva. Apenas quedaban vestigios de los recuerdos de su infancia y de sus fugaces encuentros, y esto les permitía relacionarse como dos personas completamente extrañas una con otra, pero sin pasar por las etapas previas de relacionamiento convencional, que hacen que los humanos avancen lenta y protocolariamente hacia situaciones de intimidad, a riesgo de no llegar nunca.

Los días comenzaron a pasar y Betina encontraba en Leandro a un ser humano que sabía escuchar, a un hombre que no vivía prisionero del machismo social y a una persona que no temía decir “no sé”.

Leandro tenía una inteligencia viva, aguda, pero, por sobre todo, sabía preguntar. Cada una de sus interrogantes abría en Betina un nuevo cauce de investigación, una nueva faceta de su vida, una nueva y entusiasmante duda e increíbles posibilidades de infinitos cambios.

Cualquier momento era bueno para desarrollar sus conversaciones; durante la preparación del almuerzo, durante sus largos paseos a caballo, durante el trabajo de rutina o después de la cena.

Betina a veces salía sola, en compañía de Bandera, aquel perrazo que le hizo pasar un susto tan grande y con el cual se habían hecho grandes amigos. En esos paseos solitarios Betina asimilaba el cambio que en ella se iba produciendo y lo incorporaba lentamente a su diario vivir.

Ambos se habían contado sus dudas, sus esperanzas y sus temores, sus interrogantes y sus respuestas.

Un día, mientras paseaban por el huerto de frutales, Betina le contó la curiosa experiencia que había tenido en la cima del cerro, donde todas las cosas parecieron derivar de una sola y fundirse en ella, al tiempo que ella misma dejaba de ser.

-¿Puedes dar una explicación a eso, Leandro?- preguntó.

Leandro caminaba en silencio con las manos en los bolsillos. Esperó un poco antes de responder.

-La ciencia, la física moderna, explica eso, Betina. Nos dice que en realidad, el espacio no existe, que todo es un continuo campo de energía en el cual los seres y las cosas se definen por distintas características de ese mismo campo. El tiempo también es una definición convencional que depende de la velocidad del observador, eso ya lo había descubierto

Einstein. Lo que sucede, es que no hay diferencias de velocidad apreciables entre los seres, porque todos están dentro del mismo sistema, en este caso, la Tierra. Pero eso no quita que sea una convención, una ilusión, muy útil, por cierto, pero que nos condiciona quien sabe hasta qué punto. También los sucesos dependen del tipo de realidad que experimente el observador.

-Explícame eso último, Leandro- Betina estaba entusiasmada.

-Pensemos en dos personas, una ciega y la otra no. Ambas están juntas en el campo y a unos cientos de metros se produce una explosión, supongamos en una cantera. La persona vidente, ve la luz y el humo de la detonación, unos segundos después llega el sonido, y allí lo siente el no vidente. Para ambas personas el hecho sucedió en tiempos distintos. En realidad existen tres tiempos, el tiempo en el que el proceso de la explosión sucede verdaderamente, el cual nadie ve; el tiempo en que lo percibe la persona vidente, que difiere del anterior en lo que demora la luz en viajar hasta el ojo del observador; y el tiempo en que lo percibe la persona ciega, determinado por la velocidad con que viaja el sonido de la explosión.

”Como ves, aparentemente nadie puede percibir la realidad pura, nadie puede saber la verdad del momento de la explosión, pero todos se afanan en discutir y en aseverar que su percepción es la verdadera. El tiempo los engañó a todos. Inclusive, podemos sacar a la persona ciega del ejemplo y poner una persona de espaldas y veremos cómo la relatividad de los hechos aumenta, pues ya no dependerá de la condición de vida de la persona, sino solamente de su posición con respecto a los hechos. Extrapolando un poco, podríamos decir que la posición ante la vida determina el tipo de realidad que estamos viviendo. Por lo tanto, uno casi puede determinar su propia realidad dependiendo de cómo se posicione ante la vida. Interesante, ¿no?

-¿Podrías explicarme lo del continuo campo de energía con algún ejemplo?

Leandro se detuvo, levantó la vista y miró a su alrededor.

-Mira aquellos árboles, y aquellos de más allá. Se nutren y brotan de la misma tierra, y es posible que en lo profundo, sus raíces se toquen. Pero acá, sobre la superficie, los vemos como cosas separadas. De la misma manera, se puede decir que a todos los alimenta el mismo sol, aunque después los procesos de crecimiento individual difieran. El hecho en sí, es que la fuente de energía es la misma, lo mires de una u otra perspectiva.

”Con las personas sucede algo similar, si profundizamos mucho dentro nuestro, vamos a llegar a una fuente de conocimiento, o de recuerdos, o vivencias, común a todos. Hay quien ha dicho que las personas vistas “desde arriba” provienen de la misma materia, y vistas “desde abajo”, se alimentan de la misma energía, o del mismo espíritu, si lo quieres ver en esos términos. No existe un límite definido entre materia y energía, no se sabe donde empieza una y termina la otra.

Leandro se aproximaba lentamente, Betina permanecía muy quieta, escuchándolo y mirándolo a los ojos.

-A todos nos rodea un campo energético, somos ese campo energético, y ese mismo campo está en todos nosotros, es todos nosotros. Y es mucho más perceptible cuando la energía entre las personas adquiere determinadas características.

Estaban a diez centímetros uno del otro y se miraban con intensidad.

-¿Podrías decir dónde empieza uno y termina el otro, Betina?

La muchacha sentía el calor que emanaba del cuerpo de Leandro, o del suyo propio, no estaba segura. Sentía una extraña corriente que la recorría, y esa corriente era él, o ella, o ambos. Era una sensación placentera, pero inquietante, que parecía arrastrarla hacia

profundidades inciertas. Betina sentía una sensación de profunda ternura al mismo tiempo que una violenta e imperiosa atracción física comenzaba a dominar su pensamiento.

Betina vio cómo Leandro la tomaba por los hombros y escuchó su voz.

-Pero tú estás en una búsqueda, y nada debe interrumpirla. Tenemos tiempo de seguir desarrollando lo que entre nosotros comienza. Si esto va a ser amor, nunca debe ser una barrera para el desarrollo del otro, sino una fuente de energía para impulsarlo en su camino.

La abrazó y la besó con suavidad.

Betina lloraba, estaba feliz, muy feliz.

Esa noche, Leandro le dijo que quería hacer una experiencia, pero no le dio más detalles.

-Para no condicionarte- le explicó.

Estaban en la sala de la cabaña. Leandro apagó varias luces dejando encendida una lámpara de querosén. Le pidió que se relajara. Betina estaba cómodamente sentada en uno de los sillones.

-Respira despacio y profundo. Siente cómo tu mente se vacía de todo pensamiento. Escucha el silencio, escúchalo.

Pasaron unos minutos. Betina sintió cómo Leandro ponía algo en sus manos. Era una cosa pequeña, parecía de madera, frágil, completamente irregular, de una forma irreconocible.

-No trates de pensar en lo que eso es, Betina, sino en lo que eso te hace sentir- la voz de Leandro era clara y muy suave.

Betina se concentró. La sensación comenzó a fluir, muy lento.

Sintió cómo su pensamiento se anulaba y cómo era sustituido por impulsos cada vez más fuertes, sintió temor, agresividad, hambre. Era un hambre vital, imperiosa. Sus glándulas comenzaron un reclamo insistente. El hambre y la agresividad parecían confundirse, sentía cómo las más variadas sensaciones e impulsos se transformaban en acicates casi inaguantables para su conducta. Comenzó a mover la cabeza en forma rápida, brusca. Sus manos se agitaron y el objeto cayó al piso. Las sensaciones comenzaron a decrecer. Escuchó la suave voz de que la tranquilizaba.

-Ya pasó, Betina, ya pasó. Relájate y continúa con los ojos cerrados.

Después de unos momentos puso otro objeto en sus manos. Era similar al anterior, pero más grande, completamente irregular, con filos y puntas.

La sensación apareció.

Esta vez era mucho más violenta. Betina sentía todo lo que había experimentado con el objeto anterior, pero ahora se le superponían emociones intensas, desbocadas. No era el tipo de emociones que se siente normalmente, no, eran, de alguna manera, mucho más puras, más intensas. Sintió el miedo, la furia y el amor en forma salvaje, agresiva. Los olores del ambiente eran mucho más penetrantes y estimulaban a su vez las emociones que experimentaba.

Cuando comenzó a apretar los dientes Leandro le sacó el objeto de las manos. Se sintió vacía.

-Descansa unos instantes, relájate otra vez.

La excitación de la experiencia aun perduraba.

Cuando Leandro puso el tercer objeto en sus manos lo reconoció de inmediato. Era el cráneo redondeado de un animal pequeño. Deslizándolo las puntas de los dedos por la superficie del hueso comenzó a sentir.

Otra vez su percepción normal fue desplazada y una vez más surgieron las sensaciones de las dos experiencias anteriores. Pero esta vez era diferente.

Sentía que podía controlar aquel fluir violento, sentía que podía anticipar, regular. Su mente funcionaba a un ritmo mucho más parecido al normal. No obstante, los conocidos ramalazos de emoción violenta y de comportamientos primarios la invadían en ocasiones.

-Ya está, Betina, ya finalizamos- Leandro le sacó el cráneo de sus manos -Quédate tranquila un rato, respira profundo y pausado, concentrándote en ti misma y, cuando quieras, abre los ojos.

Cuando lo hizo vio en la mesa, ante sí, tres huesos pequeños, distintos unos de otros. Leandro le sonreía.

-Bien, adelante- dijo Betina, nerviosa –soy todo oídos.

-Antes cuéntame lo que sentiste en cada experiencia, aunque por tus gestos y movimientos creo saberlo.

Betina así lo hizo, detallando al máximo lo experimentado.

-Así fue, Leandro, aunque estoy segura que no existen las palabras correctas para describir con exactitud las sensaciones, sobre todo las del primer hueso.

-Son los cartílagos y algún huesillo que protegen el cerebro de un pez, lo mismo hubieras sentido con un sapo, o algún otro anfibio. Estos animales tienen un conjunto de cerebro y médula espinal muy simples, muy primitivos. A todo ese conjunto lo podemos llamar su cerebro o, como algunos científicos han denominado, el Complejo R . Es donde se desarrollan las funciones de defensa y protección. En los reptiles, ese sistema está apenas más desarrollado. Así es el cerebro humano a cinco o seis semanas de embarazo aproximadamente. Como ves, en nosotros existen reptiles, peces, anfibios y, al estar funcionando, es seguro que de alguna manera pautan nuestras conductas.

Betina lo miraba con los ojos entrecerrados, escuchaba atentamente todo lo que Leandro le decía y en su mente se iba formando lentamente el embrión del profundo significado que eso tenía.

Leandro continuaba.

-El segundo cráneo corresponde a un conejo. Aquí el cerebro se encuentra más desarrollado, y alrededor del complejo R se ha formado lo que se denomina el Sistema Límbico, y es, como pudiste apreciar, el centro principal del desarrollo de las emociones más complejas. Es el equivalente al desarrollo de un feto humano a los dos meses de embarazo, aproximadamente, tal vez un poco más. Como viste, aquí comienzan a definirse los sentimientos que, a esta altura, se aprecian como emociones.

”El tercer cráneo corresponde a un pequeño mono. Los mamíferos superiores tienen, al igual que el humano, los dos cerebros anteriores más lo que se denomina el Neocórtex. Este es quien desarrolla las funciones más complejas y donde se puede predecir en base a hechos, tal vez es donde la causa y el efecto comienzan a asociarse en forma consciente. Es en el Neocórtex donde se genera el amor tal como lo conocemos, y donde la vida adquiere una actitud volitiva que hasta entonces no tenía.

”El siguiente salto, en los humanos específicamente, ha sido el desarrollo de la conciencia autorreflexiva, la conciencia de ser consciente. Y quién sabe hasta donde se ha extendido la complejidad de la vida inteligente en otras partes del universo, tal vez existan seres que han desarrollado funciones más complejas en su cerebro y para los cuales somos simplemente animales superiores.

”Lo destacable, lo que yo quería que vieras en esta experiencia, es el hecho de que, cualquiera sea la forma de vida, la misma proviene de un único origen, de un único todo, y está completamente interligada, autocontenida, podríamos decir. Sus diferente

manifestaciones, más o menos complejas, son como aquellos árboles que, siendo independientes, tenían un mismo origen y una misma fuente de energía.

”Has visto la vida fluir a través de la materia, perfeccionándose, haciéndose más compleja y adquiriendo más responsabilidades. ¿Existirá algún límite, alguna culminación par el ser humano? ¿Hasta dónde somos y hasta dónde está previsto que vayamos a ser? ¿Es que en realidad existe un límite, o es una barrera inconsciente construida por nuestros propios temores y reforzada por el sistema de vida social que hemos organizado?

Betina estaba casi desbordada.

-Pero Leandro, entonces, ¿mi búsqueda va a ser una interminable cadena de causas y efectos, de crecimiento y nuevas preguntas?, ¿nunca voy a tener una respuesta definitiva?

Betina se angustiaba pensando en una postergación indefinida del amor que comenzaba a sentir.

-No, Betina, no es así. Te voy a explicar dos principios científicos que te van a ayudar a comprender cómo estas cosas suceden.

”Todo el camino de búsqueda y desarrollo del ser humano es un constante fluir de energía que se trasmite en cuantos. Los cuantos son una especie de paquetes, de montones de energía entre los cuales no existe nada. Se puede decir que la energía fluye a saltos. Entre esos cuantos de energía se producen pausas, descansos, es cuando el ser se calma, cuando parece detenerse, y es allí cuando se digieren las respuestas encontradas. Tú estás en pleno fluir, en cualquier momento te vas a detener a digerir, a experimentar las respuestas obtenidas, a vivirlas, para así prepararte para un nuevo salto.

”Con referencia a la cadena de causas y efectos te voy a contar algo curioso. Los científicos han hecho un experimento en el cual se constató que, poniendo un electrón al lado de otro, ambos condicionan mutuamente el sentido en que giran. Es decir, uno de ellos, cualquiera, giraría en otro sentido si el otro electrón no estuviera. Se comprobó que alejando uno de los electrones hasta el infinito, igual continuaba influyendo en el sentido de giro del otro. A este efecto le llamaron “conexiones no locales”. Como ves, esto desarticula tu cadena de causas y efectos. En tu vida pueden existir las mimas “conexiones no locales”, seguramente existen. En tu búsqueda pueden estar ejerciendo su influencia causas situadas en el infinito, y que tú, lógicamente, no puedes apreciar. Es bueno recordar estas cosas cuando nos sentimos muy importantes y omnipotentes. Pero basta por hoy, yo estoy cansado e imagino que tú también.

Betina demoró en dormirse. Un cúmulo de palabras, sensaciones y conclusiones agitaba su mente. Comenzó a concentrarse solamente en Leandro, eso la calmaba y la hacía sentir bien. Se durmió.

.....

Los Seres observaban cómo, una vez más, dos antiguas almas volvían a entretejer su destino en la corriente de la vida; y comprendían de qué manera les era imposible mantenerse apartados de los actores de aquella epopeya milenaria.

Había sido un impulso psíquico, una vibración adecuada, para que una vez más la corriente de sucesos retomara el antiguo cauce. Y los humanos y los Seres eran nuevamente sus principales actores.

Intuían que un solo impulso más les estaba permitido, uno solo. Y a través de él, aquella jovencita podría escuchar otra de las voces de Dios.

El impulso fue lanzado.

Habían pasado casi seis meses desde que Betina dejara la casa de Leandro. Su partida había sido repentina, imperiosa, como obedeciendo a un desconocido e irresistible deseo de búsqueda, de avanzar tras un horizonte ignorado. Leandro no se sorprendió, por el contrario, parecía entusiasmado.

-Ve, Betina, ve; no importa a dónde, pero seguramente esta urgencia es una señal- le había dicho.

Cuando subía al ómnibus, le alcanzó un viejo bolso de tela.

-Recuerda que lo bello está dentro de lo simple, Betina, es de adentro de donde brota la luz- le gritó por la ventana al tiempo que el ómnibus comenzaba a acelerar.

Por la noche, Betina pensaba en esas palabras mirando la piedra que Leandro había puesto dentro del bolso. Al igual que la piedra que había visto en sus sueños tenía forma oval, y aproximadamente el mismo tamaño. Pero no tenía los colores de aquella, por el contrario, era una piedra marrón, grisácea, era una piedra común y corriente. Lo único extraño es que parecía un tanto liviana para su tamaño.

Betina la tomó entre sus manos mientras pensaba.

Antes de haber comenzado su viaje tras aquel deseo misterioso, tras aquella necesidad, su vida había sido como esa piedra que ahora tenía entre las manos, sencilla, gris o marrón. Pero no tenía nada de destacable o maravillosa. Sin embargo, ella sabía que algo se estaba gestando, que el universo incubaba algo nuevo y magnífico. Debía ser así, pues su vida no era la misma desde aquel sueño, todo ahora tenía un significado.

Decidió no pensar más y devolvió la piedra a su lugar, la parte superior del armario de la cocina, donde podía verla a diario.

Y fue entonces donde la más misteriosa de las voces de Dios, el azar, se dejó escuchar para dar una respuesta.

La piedra resbaló de sus manos y cayendo al piso se partió en dos mitades. Y el milagro quedó a la vista.

La piedra, gris por fuera, alojaba en su interior toda la gama de luces que alguien pudiera imaginar. Era una de aquellas hermosas piedras semipreciosas cuyo interior estaba formado por cristales de cuarzo de diferentes colores. Y toda la luz existente en el lugar se reflejaba en esos cristales.

Betina la contemplaba como hipnotizada.

Y fue en ese mágico instante de éxtasis y belleza, de paz y asombro, de intimidad y agradecimiento, que una voz comenzó a dejarse escuchar desde su interior.

“Dios nos habla en los sueños, en la naturaleza, en los seres y también lo hace desde el interior de las piedras. Dios tiene muchas más voces, pero la más importante, es la que brota de tu interior.”

El humano había escuchado y comprendido las voces de Dios, sobre todo la principal, la de su interior. Faltaban muchas más, pero las aprendería con el correr del tiempo. Lo importante era que ahora Ellos podían actuar. Las barreras de una ética superior habían caído, las había derrumbado aquella muchachita al comunicarse consigo misma, y a través de sí, con todo el universo.

Ahora Ellos podrían hablarle directamente y podrían explicarle el devenir, la más compleja de las voces de Dios, la que disuelve el tiempo juntando pasado con presente y alcanzando el futuro. La que vuelve a religar a los sucesos y a los seres, la que proporciona un sentido a la evolución.

Ese humano estaba en condiciones de escuchar y de ver. A partir de ahora podría construir la vida en conjunto con ellos.

El mensaje fue enviado.

.....

Un tiempo después, Betina corría como enloquecida por dentro de aquel monte que una noche la aterrorizó.

Todo había cambiado. A cada paso el corazón parecía querer saltar de su pecho. Estaba llegando a la casa de Leandro.

Bandera salió a recibirla, más atrás, Leandro corría hacia ella con los brazos abiertos.

Se besaron.

Betina lo miró largamente, con seriedad, con ternura.

-Tengo muchas cosas que contarte- le dijo.

Él le sonrió cálidamente y la tomó de la cintura.

-Ya lo sé, Betina, ya lo sé.

Esto..., esto me dice cómo escuchar. Qué escuchar.

Es extraño, siempre algo, o alguien, me guía, me conduce, me indica. Sin embargo, siento que la libertad es mucho mayor. Mayor incluso que cuando no sabía nada de esto. Siento que crece. Me siento crecer.

Es como si todo esto fuera una preparación. Lo extraño es que no he tenido tiempo de pensarlo, de digerirlo. Como si la acumulación de la lectura, como si el sumergirme en la experiencia del otro, me la hiciera vivir e integrar. Es una transformación, una suerte de alquimia. Porque en este momento, de lo único que estoy seguro, es que ya no seré el mismo. Como le pasó, estoy seguro, a todos los que han leído estas cosas a lo largo del tiempo. Parece que en el leer, en el vivir, la transformación ocurriera fuera de mi voluntad, casi sin que yo fuera consciente de ello. Digo “casi” porque veo..., siento que al pensar conscientemente en ello, el proceso se acelera.

¡No hice pregunta alguna! Pero esto que leo es algo parecido a lo que me pasó en... Siento que me transformo, siento que cambio, es como si fuera una...

LAS CRISÁLIDAS

No sé qué estaba haciendo yo allí, o no quería admitirlo.

Era el living de la casa del tío Javier. Una casa vieja donde de cada rincón rescataba un recuerdo. Como el de las visitas que a fin de año hacíamos con mis padres. No me gustaban las visitas de fin de año, mi familia no me gustaba. Excepto el tío Javier; era el único que no me trataba como el niño mal criado e insoportable que en realidad era. El tío me trataba como si fuera mayor, y eso me hacía sentir un tanto extraño, pero bien, sí, me hacía sentir bien. Siempre me miraba serio, al fondo de los ojos. No era una mirada de reproche o advertencia; ni de juicio de ningún tipo. A veces pienso que me estudiaba.

Recuerdo que cada vez que salíamos de su casa, mis padres se enfrascaban en interminables especulaciones acerca de la condición mental de mi tío. La conclusión era siempre la misma: “es un tipo raro”.

La última vez que lo vi yo tenía quince años, él debía andar por los cuarenta. En esa ocasión ocurrió algo extraño. Recuerdo que me llevó al galpón donde guardaba infinidad de cosas viejas, era uno de mis lugares favoritos en la casa. Me pidió que lo ayudara a limpiar y a arreglar todo. Una linda oportunidad de descubrir cosas nuevas.

Cuando terminamos yo estudiaba cómo pedirle aquella navaja española que había encontrado en un cajón. De pronto sentí algo extraño, un silencio. Levanté la vista y vi que el tío me miraba fijamente.

-¿Qué pasa, tío?- pregunté.

-Charlie- era el único que me llamaba así, todos me decían Carlitos, cosa que odiaba –si alguna vez necesitas ayuda, si te sientes verdaderamente mal, o desesperado, no dudes en venir a verme.

En ese momento no veía por qué yo podría sentirme mal o desesperado, pero sentí que sus palabras se imprimían en forma indeleble en algún lugar de mi mente.

De eso hacía ya veinte años. Y no se puede decir que fueron años agradables.

Cuando cumplí los diecinueve me fui de casa..., para pasar los siguientes dos años en la cárcel. Lo peor no fue el tiempo que estuve, sino el sentido de la vida que allí adquirí. A partir de ese momento el mundo se dividió en dos partes bien definidas: los que podían joderme y los que yo podía joder. Y yo luchando contra unos y otros.

Después salí, pero el mundo de afuera era igual. Hubo varias mujeres; no escapaban a la clasificación.

Pudiera haber una excepción.

Fue hace ya una semana. Yolanda era una muchachita muy seria, debía andar por los veintiocho, pero como era menudita, parecía tener menos.

Un par de veces se sentó a merendar junto a mí en el descanso que nos daban en la fábrica. Hablaba poco, pero me convidó con su refresco. Eso me resultó extraño, no había motivo para que lo hiciera. Tal vez yo le gustaba. Un día después, cuando intenté el primer avance, me estrellé contra una mirada dura y un silencio que me hizo sentir incómodo.

Después me siguió tratando igual, como si nada hubiera pasado. Era la única persona que me hablaba en la fábrica por fuera de lo estrictamente laboral.

Un día en que yo volcaba toda mi ira en una furibunda crítica al capataz, Yolanda me dijo:

-Carlos- me gustaba que me dijera así -¿no se te ocurrió pensar que tu mismo provocas las cosas que tienes que vivir?

No le entendí muy bien, pero quedé pensando en sus palabras. Si fuera así, yo era un verdadero monumento a la estupidez, pues no se puede decir que yo estuviera satisfecho con mi vida. Y así fue como esa idea comenzó a torturarme. Yo no estaba conforme con mi vida.

Lo más triste es que toda mi vida había sido así, y yo siempre procuré ocultar esa dolorosa verdad tapándola, disolviéndola en racionalizaciones que me dejaban satisfecho, definiendo al mundo y a la vida como cosas externas a mi sobre las cuales yo no podía influir, solo podía defenderme o atacar. De esa forma siempre conseguí verme como un ganador, como el tipo que las sabe todas. El mundo sabría, algún día, quién era yo. Ya lo iban a ver.

Pero a esta altura de mi vida, tengo la terrible sospecha de que soy un tipo común y corriente; algo tonto, en realidad. Casi podría decir que ingenuo.

Porque me parece que Yolanda tiene razón. De una u otra forma, yo mismo me he metido en cada una de las cosas que viví, tanto malas como buenas, y estas últimas no sé siquiera si lo son. Es más, si algún día llegara a descargar mi gran golpe para demostrar al mundo quién soy, dudo que alguien lo entienda, o lo que es peor, tal vez ni cuenta se den de nada.

Ni yo mismo sé que es lo que quiero hacer realmente.

Por eso estaba ahora en la casa del tío Javier, necesitaba ayuda. No podía precisar de qué tipo, pero la necesitaba. De cara a mi propia realidad, no me gustaba lo que veía.

El tío era el único familiar que me quedaba en el mundo, y la única persona que me había ofrecido ayuda. Esperaba que no se hubiera olvidado, nunca más lo había visto desde aquel día en el galpón.

-¿Qué tal, Charlie?- me dijo como si nos hubiéramos visto ayer -Pasa, pasa.

Y entré. No sé por qué, con un repentino disgusto con la decisión de haber ido.

-Sentate, voy a buscar una botella de vino y un poco de queso.

Salió, lo cual me dio tiempo a recomponerme. Lo del vino alivió la situación, tomaría unos vasos, comería un poco de queso, charlaría de cosas sin importancia y chau, me iría rápidamente.

El tío volvió, puso la botella de vino tinto casero, los vasos y el queso picado en la mesita que estaba entre ambos, y se acomodó en un sillón tan viejo como él.

Sí, el tío estaba viejo, pero tan solo cronológicamente, porque su persona irradiaba la misma vitalidad de siempre.

-¿Qué tal las clases de física, tío, seguís con eso?- le pregunté al tiempo que me servía un generoso vaso de vino.

-Sí, claro, con eso voy a seguir toda la vida. Me gusta. ¿Y vos, cómo andás?

Me largué a hablar de falsos estudios, de proyectos irreales, de una vida que no era la mía. Tan solo quería pasar el rato e irme.

Tres vinos y veinte minutos después el tío Javier se paró. Me interrumpí y quedé expectante.

Me miró, con esa mirada punzante que yo recordaba tan bien. Era como aquella vez en el galpón, no se movía, me miraba como si quisiera entrar dentro de mí. Y lo estaba logrando, no era una sensación física, o sí, no lo sé. Por un momento, muy tenue, muy fugaz, fuimos una sola cosa. Y me di cuenta que el tío había logrado lo que quería.

-Basta Charlie, hablemos de lo que te interesa- su tono de voz era diferente, había ascendiente, autoridad, protección. Me sentí desarmado, pero bien.

Con rabia me di cuenta que mis lágrimas pugnaban por salir.

-Tomate otro vino- me dijo ayudándome a romper la pequeña tensión que se había generado en mí.

Tomé un trago grande. Sentí el calor del vino, sentí la sensación de protección, de intimidad. Y cayeron las frágiles barreras que todavía tenía.

Dos horas después estaba poco menos que derrumbado en el sillón, agotado, apenas borracho; profundamente asombrado de todo lo que de mí había salido. Mis dudas, mis contradicciones, mis deseos insospechadamente simples y humanos. Había hablado de la vida, de los sentimientos, de los valores humanos.

Había manifestado mi desesperación por encontrar un sentido a las cosas. Hablé de la cárcel, de Yolanda, del futuro.

Y al final le dije que no sabía qué estaba haciendo allí y que de lo único que estaba seguro era de mi disconformidad, aunque me resultara difícil precisar con qué.

-Mira Charlie- me dijo después de un silencio –las cosas son tan simples como difíciles de entender. No me canso de asombrarme de esto. Lo único verdaderamente complejo, maravilloso, a veces incomprensible, es la forma en que las cosas se unen, la trama, la red de la vida. Y más maravilloso aun, es el sentido, el camino, el devenir de los acontecimientos. Lo único verdaderamente desconocido es aquello que hace que las cosas sean así, que se unan así y se encaminen así. De eso tan solo podemos tener fugaces relámpagos de comprensión, siempre y cuando sepamos reconocerlos las pocas veces que se dan.

”Tu vida no es mejor ni peor que la de muchas personas, es solamente experiencia, son cosas que tenías que vivir por alguna razón y lo peor que puedes hacer es repetir las. Lo otro que no debes hacer es vivir lamentándote de ello. Lo único que vas a lograr es desperdiciar una energía que te puede ser sumamente útil para otras cosas de la vida. Lo que hay que hacer en estos casos, y en todos los casos, es extraer experiencia, enseñanzas.

-Pero tío, cuando Yolanda dijo que todas las cosas que me sucedían las ocasionaba yo mismo, ¿no tenía razón? ¿Cómo puede ser eso de “tenía que vivirlas” si yo mismo me metí en ello?

-Sí, Charlie, Yolanda tiene razón, lo que no sabes es que tú mismo, tu persona consciente e inconsciente, es la totalidad de tu ser. Pero de eso vamos a hablar más adelante.

”Acá tenemos un buen ejemplo de lo que te decía, del devenir y del curioso ensamble de las cosas y los acontecimientos. Fíjate lo extraño del hecho que tú fueras a trabajar a esa fábrica, que conocieras a Yolanda, que te dijera eso, que eso te inquietara al punto de hacerte un cuestionamiento y de estar ahora acá. Y quién sabe a dónde va a parar todo esto. Para bien o para mal, si es que el bien y el mal existen, esto puede cambiar radicalmente tu vida. Hay quien le dice a estas cosas casualidad, es un nombre como cualquier otro para designar a procesos y leyes que apenas conocemos. La otra parte tuya, la que hasta ahora anulaste, apareció cuando te pusiste a pensar en la pregunta de Yolanda. ¿Qué hubiera pasado si no lo haces?

Yo no podía pensar con claridad, estaba asombrado, confundido con eso que escuchaba. Parecía ser que el mundo funcionaba distinto a como había pensado. El tío se dio cuenta de mi confusión.

-No trates de entender todo ahora, Charlie. Solo recuerda esto: están las cosas y los hechos, está lo que los une y está el sentido o devenir de todo esto, es decir, de dónde eso viene y hacia dónde eso tiende. Lo otro importante de recordar es esto: lo que tú percibes de ti mismo no es la totalidad de tu ser. Un ser humano no es algo tan sencillo.

-¿Y qué voy a hacer con todo eso, tío Javier, de qué me sirve saberlo?- pregunté un tanto cansado y todavía confundido.

-Por ahora deja las cosas así. Lo que hicimos fue introducir información en tu cabeza, información que te será útil para lo que tengas que vivir en el futuro. Y ahora te tengo que preguntar algo importante. ¿Cuántas ganas tienes de cambiar tu vida?

Pensé por unos instantes. La alternativa era seguir como hasta entonces o cambiar. Pero, ¿cambiar hacia dónde, hacia qué? Era como si extendiera un cheque en blanco.

Decidí preguntar.

-Sí, quiero cambiar, no me gusta como estoy viviendo, sufro. Pero, ¿cambiar hacia dónde, tío?, ¿solamente teniendo fe en vos?

-No, de ninguna manera te voy a pedir que me tengas fe, tan solo te pido un poco de confianza y disciplina. En cuanto a hacia dónde es el cambio, o hacia qué cosa cambiar, te voy a aclarar un poco el panorama para que tú mismo puedas decidir.

”Muchas veces en la vida no vamos a tener claro hacia dónde vamos, o cuál será nuestra próxima vivencia, no vamos a poder ver más allá del próximo recodo del camino. En esos momentos, en que no podemos discernir el hecho o la circunstancia que vivimos, es útil analizar el ensamble de los hechos anteriores y su devenir y, finalmente, analizar si esto es bueno, conveniente, armónico, o como quieras llamarle.

Quedó por en silencio.

“El devenir de los hechos”, pensé. Supuse que se refería a algo así como lo que viene pasando. “Y el ensamble, es decir cómo se unen unos a otros, el encadenamiento que tienen. Vamos a ver, algo dijo ya... La fábrica, Yolanda, lo que me dijo el tío..., o el tío viene de antes, de cuando me ofreció ayuda hace como veinte años...”

Se complicaba todo. El hilo de la cosa parecía ir mucho más atrás. Lo concreto en ese momento era que yo estaba disconforme con mi vida y me sentía mal por ello, aunque ahora estaba un poco mejor. ¡Eso era! Me empezaba a sentir bien, quería decir que ese tal devenir era bueno. Si cada vez que hacía un alto me sentía bien, lo próximo por venir no puede ser malo, de momento que es consecuencia de lo anterior. ¿No me estaría engañando?

“No”, respondió una voz.

¿Había sido el tío?

El tío me miraba imperturbable. Me puse nervioso, no sabía cuánto tiempo había pasado en mis cavilaciones.

El tío levantó una ceja en una muda interrogante. Tuve la incómoda sensación de que sabía exactamente lo que yo pensaba. ¡Y yo estaba pensando que el tío no había hablado! Decidí no pensar más en eso, me aturdía.

-Todavía no tengo las cosas muy claras, tío, pero sé que me siento un poco mejor que antes. Por lo tanto la respuesta es que sí, te tengo confianza y quiero cambiar, o seguir cambiando, todavía no lo entiendo muy bien.

El tío sonrió aprobando con la cabeza.

-Vuelve pasado mañana que vamos a continuar con esto. Cuando salgas de la fábrica ven para acá, trae unos jeans, abrigo y calzado deportivo o botas.

Nos pusimos de pie. Mis piernas estaban un tanto flojas, pero, curiosamente, me sentía mucho más liviano.

El tío Javier me despidió con un abrazo como no experimentaba desde mi infancia. Salí, respiré hondo y empecé a caminar. Tenía ganas de ver a Yolanda.

El día me pasó volando, apenas me daba cuenta de lo que sucedía alrededor, tan enfrascado estaba en mis propios pensamientos.

Yolanda no fue a trabajar ese día, deseaba contarle todo.

A salida del trabajo me dirigí a mi poco estimulante hogar, una pieza de pensión donde iba solamente a dormir, y comencé a preparar la ropa para el otro día.

No tenía la menor idea de lo que el tío querría, pero como el devenir era bueno, la expectativa era agradable. El día siguiente fue exactamente igual, sin nada significativo que lo diferenciara. Parecía que el mundo estuviera esperando mis próximos pasos antes de volver a ponerse en movimiento.

Ya estaba en casa del tío Javier.

-Hola, Charlie, pasa. Salimos enseguida, la mochila azul es tuya.

En el living había dos mochilas con sendas carpas y sobres de dormir.

-¿A dónde vamos?- pregunté extrañado y un tanto alarmado.

-No te preocupes por nada, Charlie, deja las cosas en mis manos.

Partimos.

El tío tenía una camioneta vieja, pero el motor diesel le funcionaba perfectamente.

Viajamos unas dos horas por la ruta que va al este. Contemplamos en silencio como oscurecía lentamente.

Doblamos hacia el norte por un camino de tierra. Habríamos andado aproximadamente una hora y el camino se había transformado en una huella que nos obligaba a avanzar lentamente.

Cuando los faros de la camioneta ya no podían distinguir la huella, el tío detuvo el motor.

Sin decir nada bajó su mochila y empezó a caminar. Me apresuré a imitarlo.

Era una noche clara, sin luna. Las estrellas brillaban cada vez más y proporcionaban una tenue luminosidad que aumentaba a medida que nuestros ojos se acostumbraban a la oscuridad. No hacía frío.

Una hora después, nos detuvimos al pie de unos cerros cuya difusa silueta negra se recortaba imponente sobre la claridad de la noche.

No sé por qué razón tenía muchas preguntas, pero muy pocas ganas de hablar. Se podía decir que el silencio de la noche nos había ido contagiando lentamente.

El tío estaba preparando el fuego. "Para comer, supongo. Con el tío nunca se sabe".

Quise romper ese silencio, era una forma de tratar de controlar la situación.

-¿Qué vamos a comer, tío?, ¿y qué vamos a hacer después, y mañana, y pasado? Quiero que me expliques algo...

-Sopa- dijo, al tiempo que me mostraba unas bolsitas que contenían una sospechosa sustancia que parecía restos de basura desmenuzada mezclados con ceniza- es una sopa deshidratada casera. Me la prepara doña Mechi, algún día la vas a conocer. En cuanto a qué va a pasar- suspiró antes de continuar- Escúchame bien, Charlie, y haz lo que yo te diga. A partir de ahora no vas a hablar más, a no ser que yo te pregunte. Quiero que escuches atentamente todo, todos los sonidos que te lleguen, el viento, los insectos, los animales, tus pasos, tus latidos y, por supuesto, mi voz. Quiero que te concentres en el momento presente, no pienses en nada del ayer o del mañana a no ser que te lo indique. Por la fábrica no te preocupes, sé lo que hago. Concéntrate en los sonidos y en lo que tú sientes. Ahora vamos a comer y después nos acostamos. Creo que no va a ser necesario armar las carpas.

Dormimos.

El sonido comenzó muy despacio, tenue, casi dudoso. Se fue haciendo más y más claro hasta que rescató mi conciencia de las suaves telas del sueño. Era un canto, monótono, rítmico, no parecía vocalizado, no, decididamente no era voz. Pero era un sonido humano y

parecía venir desde un lugar muy profundo. Parecía eterno, como si el ser que lo producía fuera una sola cosa con el impulso inicial de la vida.

Me levanté y traté de ubicar el lugar de donde el sonido provenía. Parecía estar en todos lados; ocupaba completamente el ámbito en que me encontraba, pero algo que no pude entender dirigió mis pasos hacia una claridad que se veía en la espesura del monte vecino.

Tenía la sensación de una percepción total, como si mis sentidos estuvieran amplificadas. Me desplazaba con seguridad, sin ruido, ninguna de las ramas del monte me tocaba, era como si se apartaran a mi paso, o como si las atravesara. Decidí no pensar en eso y concentrarme en el hermoso sonido que me atraía lentamente hacia aquella claridad.

Cuando llegué vi a una persona, era quien entonaba aquel extraño sonido. Estaba parado, a unos diez metros y de espaldas a mí; parecía flotar en el aire. Sus brazos, poderosos, se elevaban hacia el cielo donde una magnífica luna llena había salido. La persona parecía irradiar una hermosa luminosidad, o tal vez fuera la luna que lo iluminaba confiriéndole aquel aspecto fantasmal.

La persona se volvió y me miró. Era impresionante la energía que de él se desprendía. Comencé a sentirme muy bien, mi energía y la de la persona parecían mezclarse. Y en ese momento lo reconocí.

¡Era el tío Javier! Era distinto, completamente distinto, pero era él, sin lugar a dudas.

No podía explicarme cómo podía reconocerlo, no sabía por qué brillaba, ni por qué lucía tan diferente. No entendía nada de lo que estaba pasando. Comencé a sospechar que estaba soñando.

Me aparté del lugar, sentía que no podía resistir más esa situación. Volví al campamento.

Cuando llegué vi dos bultos, eran dos personas durmiendo. Pensé que me había extraviado, pero no, allí estaban nuestras pertenencias.

Me acerqué lentamente a una de las personas, me agaché y le miré la cara, era el tío.

“¿Pero cómo hizo par volver tan rápido?”. Su aspecto era normal, como siempre. ¡Y el cántico monótono seguía escuchándose desde el monte!

Me acerqué a la otra persona y una sospecha enorme, chocante, comenzó a hacerme temblar.

Lentamente, muy lentamente lo miré. Estaba dormido. Observé su cara, vacilé.

¡Sí, era yo!

Simultáneamente con la evidencia, sentí un fuerte tirón en la nuca, al tiempo que todo mi cuerpo se sacudía. Me senté.

Sí, me senté, estaba en mi bolsa de dormir y la sensación era de haberme incorporado, de haber despertado, no de haber estado mirándome a mi mismo mientras dormía. A pocos metros yacía mi tío, durmiendo plácidamente. Y ya no se escuchaba más aquel extraño cántico.

¿Qué había sido todo eso? ¿Habría soñado? Si así fuera nunca había tenido un sueño de esa naturaleza. Sabía que no había sido un sueño, pero mis rígidos padrones mentales se negaban a aceptar otra cosa que lo que hasta ese momento conocía. Tampoco había lugar en mi mente para introducir, por más de unos segundos, la certeza de un acontecimiento que no podía precisar ni definir. Era imperioso dar una explicación a aquello. “Sí, fue un sueño”, concluí, distorsionando, forzando una nueva realidad al punto de hacerla distinta, solamente para aliviar la insoportable tensión de vivir incorporando lo desconocido.

Volví a dormir, aliviado, pero con una amarga sensación de cosa no terminada, no definida.

Mientras me dormía, cuando atravesaba una vez más el umbral de lo inconsciente, una voz sonaba insistente e imperiosa, diciéndome desde muy lejos, desde muy adentro, pero con toda claridad: “no fue un sueño, no fue un sueño”.

Me despertó el canto de los pájaros y el silbido del tío. Estaba preparando el desayuno.

-¡Arriba, Charlie, hoy vamos a subir a ese cerro, nos quedan casi quinientos metros hacia arriba, o tres horas, o una vida, como quieras mirarlo.

Tomamos un té de un sabor un tanto amargo, pan integral, queso y unas frutas secas.

Yo permanecía en silencio, de acuerdo a lo que el tío me había dicho. Tenía ganas de hablar sobre lo sucedido la noche anterior y, al mismo tiempo, sentía cierto temor de hacerlo. Seguí tomando el té lentamente.

-¿Recuerdas la sopa de anoche, Charlie?

Asentí con la cabeza.

-¿Qué pasó con aquel polvillo cuando lo calentamos en el agua?

Interpreté que podía hablar.

-Creció, se transformó en verduras y en un caldo espeso y muy sabroso.

-Como te dije antes, Charlie, nada es como parece y todo adquiere otra dimensión cuando se le agrega una energía adicional, las cosas parecen más hermosas, y tal vez adquieran su apariencia real. Solo se necesita un poco de energía adicional; y son reales, aunque parezcan sueños.

La lata de té quedó a medio camino de mi boca, mi cabeza comenzó a pensar a toda velocidad.

“Entonces... todo aquello... ¿pero cómo...?”

Lo miré. Sus ojillos estaban entrecerrados y me observaba con picardía.

-El presente, Charlie, debes vivir el presente. No hables, concéntrate en escuchar y en el presente- me advirtió deteniendo la vorágine de mis pensamientos.

“Viejo pillo, ya me vas a explicar todo cuando pueda hablar.”

Comencé a concentrarme en el té, en el funcionamiento de mi cuerpo al tragar, en mis sonidos y en los sonidos del ambiente.

Cuando lograba hacerlo bien, sentía como si me disolviera, y el té, el bosque, el cerro, el tío y yo éramos una cosa sola. Era como si viera todo al mismo tiempo, el tiempo no existía y la sensación general era sumamente placentera. Cuando terminé el té, comencé a guardar todo procurando mantener el mismo estado. Vi que no era difícil.

-Cuando subamos al cerro, Charlie, debes pensar en el desarrollo de la vida. La subida de un cerro, de una montaña, o un viaje, de alguna manera están indicando el camino de la vida. Podrás ver, cuando lo recorras, cosas pasadas, presentes y futuras. Ahora concéntrate, observa dónde estás, éste podría ser el instante anterior al nacimiento.

Estábamos en un valle, descansados, llenos de energía. El camino que se abría delante de nosotros conducía hasta el pie del cerro, introduciéndose en un bosque bajo, sombrío y de vegetación espesa.

Miré hacia arriba y vi la cima, a quinientos metros, a tres horas, a una vida de distancia.

Miré a mi alrededor. Vi otros cerros, más lejos, más distantes, más claros. Pero aquel era “mi cerro”, sin lugar a dudas, sin opción.

-Vamos- dijo el tío cargando su mochila –es hora de comenzar.

Cargué mi mochila y seguí al tío por la senda que se internaba en el monte.

Después de un rato de caminar la vegetación se espesaba más y más, la luz casi no atravesaba los árboles bajos y espesos. Comencé a agitarme.

-Pasa tú adelante- dijo el tío apartándose.

Lo hice. Antes veía la espalda del tío que me guiaba y que, de alguna manera, iba apartando la vegetación. Ahora estaba yo solo, de frente al monte cada vez más espeso e intrincado.

Comencé a caminar agachado. Las enredaderas con espinas en forma de gancho dificultaban considerablemente el avance al clavarse en la ropa, manos y rostro.

Mantenia la cabeza baja y solamente me podía guiar por una tenue senda para animales pequeños.

La vegetación era totalmente virgen y se espesaba considerablemente ya a unos sesenta centímetros del suelo, lo cual me hacía caminar casi a gatas.

Pensé que no íbamos a poder avanzar más, la senda estaba desapareciendo, las enredaderas eran cada vez más densas. Estaba a punto de desistir, de consultar al tío pensando que nos habíamos extraviado cuando, a escasos metros por delante, a través de la vegetación, vi la fuerte luz del sol. Era un claro, solo tenía que atravesar esos pocos metros.

Cuidadosamente comencé a apartar rama por rama al tiempo que avanzaba. Estaría a un metro del claro, tal vez menos, cuando sentí mi pierna derecha pesada. Varias espinas se habían incrustado en la ropa y algunas rasgaban la piel. Decidí seguir, no había suficiente espacio para volverme o agacharme. Hice un poco de fuerza y sentí cómo las espinas se partían. Mi ropa era resistente, el problema eran las espinas que llegaban a la piel, dolían. Pero era soportable, además, no podía hacer otra cosa. Continué.

A cincuenta centímetros del borde mi pierna izquierda y brazo derecho estaban atrapados.

Forcejeando con el brazo libre avancé unos centímetros. Apreté los dientes con desesperación, sentí rabia, impotencia y ganas de llorar. Avancé otro poco. Comencé a resentirme con el tío, me lo imaginaba detrás de mi, esperando cómodamente a que terminara de abrir el camino y preparando alguna ironía. Él sabía que esto iba a suceder y me mandó adelante. De no ser así, seguramente estábamos extraviados y lo único que podía hacer era salir de aquella situación, era imposible volver. En el claro veríamos todo mejor.

A escaso diez centímetros de donde terminaba la vegetación todos mis miembros estaban atrapados por las enredaderas. Lancé mi cabeza hacia delante con desesperación y sentí cómo las espinas se prendían de mi pelo.

Tenía miedo, todo mi cuerpo se retorció convulsivamente. Sentía dolor, pero avanzaba. Sin darme cuenta estaba luchando con desesperación; y comencé a gritar.

Había conseguido sacar la cabeza y los hombros. La propia gravedad ayudaba a que mi cuerpo fuera rompiendo las espinas que aun me detenían.

Caí, desesperadamente pateé y conseguí liberar mis piernas. Estaba afuera, libre, sudoroso y sangrando. Tendido en el suelo, la suave brisa y el calor del sol parecían algo totalmente desconocido y agradable.

Respirando con agitación, levanté un poco la vista y pude ver un par de botas.

“¡El tío Javier!”

Allí estaba, fresco como una lechuga. Seguramente había ido por otro lado y me estaba esperando. Sentí rabia, pero no se lo iba a demostrar.

El tío se acercó, se agachó y, sin decir palabra, con su cantimplora y un pañuelo, comenzó a lavar las heridas de mi cara y de mis manos con mucha suavidad. Me miraba con atención.

Las lagrimas comenzaron a rodar por mis mejillas sin que pudiera contenerlas. Me sentía como un niño recién nacido. “¡Recién nacido!”

No contuve más mi llanto, miré al tío y asentí con la cabeza. Él me sonrió, feliz.

-Descansa, ya no pienses más- dijo con infinita dulzura –descansa Charlie. Yo te avisaré cuando debamos continuar.

“El presente, siempre consciente en el presente”.

No sé cuanto tiempo había pasado desde que reanudamos la marcha. Yo continuaba caminando adelante y, ahora, me sentía lleno de energía. Algo dentro de mí había acontecido, algo que no podía explicar. Ya habría tiempo para ello. Ahora debía concentrarme en el camino.

La senda era mucho más clara, casi libre de vegetación, pero era sumamente sinuosa, no podía ver más allá de la próxima curva. Los constantes montículos y pequeñas colinas no me permitían saber si estábamos subiendo.

De tanto en tanto, el camino se ensanchaba y desembocábamos en un claro. Cada vez que esto sucedía, yo trataba de abandonar el camino principal pensando que una ruta más directa se abría por otro lado. Y una y otra vez encontré esos caminos cerrados por montes impenetrables, paredes de roca muy altas o barrancos insalvables. Cuando volvía, encontraba al tío sentado, esperándome sonriente en el lugar en que yo había abandonado el camino principal.

-Como ves, el camino es bastante evidente, Charlie, aunque no se vea su final. Y cada vez que tratas de abandonarlo para tomar atajos, te encuentras sin salida. Déjate llevar, simplemente déjate llevar por el camino y antes llegarás a la cima. En realidad no es difícil, somos nosotros que introducimos las dificultades y el dolor cuando pretendemos apartarnos de lo evidente. El camino siempre se manifiesta muy claramente, no es importante llegar a algún lado, tan solo con estar conscientes del presente y mantenernos dentro de él, no tendremos dificultades ni dolor, seremos felices y alcanzaremos nuestro destino. Sigamos. Todo era muy evidente e increíblemente sencillo. Pero dudo que hubiera una forma mejor de aprenderlo.

Continuamos. Ahora la senda era una franca subida. Ascendimos por lo que parecía ser el cauce de un pequeño arroyo de un metro de ancho y unos cuarenta centímetros de profundidad. Estaba completamente seco y unas piedras de tamaño regular, de color rojizo, se alternaban cada pocos metros dificultando el avance. Los cantos rodados hacían resbalar nuestras botas provocando algunas incómodas caídas.

Comencé a cansarme, resoplaba y sudaba. No había músculo que no me doliera.

Iba a darme vuelta para consultar al tío, cuando comencé a escuchar su conocido silbido. Estaba seguro de que estaba disfrutando del ascenso. “El muy ...” Yo no le iba a dar el gusto de que viera mi rostro congestionado por el cansancio y el calor.

Ya no podía concentrarme en el presente. En realidad, no podía pensar en nada, mi mente se había reducido a enfrentar las dificultades del próximo paso, el cual estaba resultando cada vez más corto.

La pendiente se hizo un poco más pronunciada. Yo prácticamente gateaba.

“Estoy al borde de mis fuerzas”, pensé antes de dar el próximo paso. Temía no poder y que el resbalón consiguiente me lastimara. Pero si permanecía allí, detenido, el tío me iba a alcanzar, y estaba seguro que el muy ruin iba a seguir de largo.

“Un paso más, solo un paso más. ¡Lo hice!”

“¡Otro, otro!”

-¿Qué te parece si descansamos un poco, Charlie?- escuché que me decían desde otro planeta.

Simplemente aflojé mis músculos y caí, con mi autoimagen casi a salvo. Casi, porque en realidad no podía moverme del lugar donde había caído.

-Es igual que la vida, Charlie- la voz de mi tío se introducía con suavidad en mi cerebro – cuando tú comenzaste el ascenso llevabas la carga de toda tu anterior existencia de mala alimentación, falta de deporte, vida desordenada.

”Cuando vienes a la vida no lo haces totalmente libre de cargas, arrastras diferentes pesos e impedimentos provenientes de vidas anteriores. El asunto es no seguir sumando dificultades, sino aprovechar esta instancia para librarse lo antes posible de ellos y reenergizarse debidamente.

No quise pensar ni razonar, dejé que los conceptos vagaran tranquilamente por mi cabeza y se alojaran en el lugar adecuado.

Sospechaba que mi tío aprovechaba esos momentos de cansancio, en los cuales mis defensas mentales se debilitaban, para introducir las bases de una nueva forma de vivir. Pero, aun cuando me diera cuenta de ello, no podía hacer nada por impedirlo. Ni hubiera querido hacerlo. La forma en que los hechos se unían y el devenir indicaban que era bueno.

-Ahora vas a reponer energía, Charlie.

No tenía la menor idea de cómo pensaba lograrlo, ni me preocupaba tampoco, tal era mi estado de agotamiento.

-Vas a ver cómo la energía está siempre disponible y cómo nosotros en realidad somos canalizadores de energía; o coágulos de energía, depende. Estamos permanentemente recibiendo y emitiendo energía, y no solo a través de la alimentación y la respiración, ya lo vas a ver. Yo te voy a ayudar.

Comenzó a sacarme la mochila.

-Ahora ponte boca arriba y sácate la camisa- también tuvo que ayudarme.

Quedé con el torso desnudo, de cara al sol, la espalda contra la tierra. Sentí que mi respiración se iba regulando.

-Ahora empieza a sentir cómo la energía de la tierra entra por tu columna vertebral- su voz era suave, me hablaba desde muy cerca. Yo permanecía acostado, con los brazos extendidos a los lados y los ojos cerrados.

Casi inmediatamente comencé a sentir un calor en la columna vertebral, era una sensación agradable. Ahora el calor parecía ir inundando todo mi cuerpo.

-Comienza a sentir cómo la energía del sol entra por tu entrecejo.

Lo sentí de inmediato. Era diferente, más intenso, más puntual. Una especie de luz verdosa comenzó a expandirse dentro del campo de visión de mis ojos cerrados.

-Respira más profundo y siente cómo las dos energías se unen en tu pecho.

Comencé a respirar y, al poco rato, un intenso calor me inundaba y se extendía por todos mis miembros. Sentía cómo los músculos se relajaban y se cargaban de una nueva fuerza que provenía del centro de mi pecho. Me sentí excitado.

Era increíble, habrían pasado quince minutos y ya estaba completamente repuesto. Miré al tío en muda interrogante. Solamente me sonrió.

Continuamos la marcha.

La vegetación comenzó a escasear después de una hora de marcha y, en una vuelta del camino, desapareció el monte sobre nuestra derecha.

-Detengámonos acá- dijo el tío.

Me senté en una piedra. A mis espaldas estaba la ladera del cerro; al frente, una caída de más de trescientos metros.

Disfruté contemplando el hermoso espectáculo, al lo lejos, cielo y mar se unían en un azul confuso, diluido en una mezcla de nubes livianas y transparentes.

Miré más cerca, hacia abajo, y vi, serpenteando entre los claros del monte, partes del camino por el que vinimos. Recién allí me percaté de cuánto había recorrido, de cuánto había subido. No estaba en la cima, pero estaba más alto.

-Vamos, Charlie, es hora de seguir. Siempre hay que buscar lo más alto- dijo el tío como adivinando lo que pensaba. Parecía leer mi mente, de tal forma que, cuando llegaba a determinada conclusión, o cuando la conclusión apenas se insinuaba, me interrumpía para dejar precisamente ese saldo, y así evitar que el lógico divagar de una mente no entrenada disolviera la verdadera y necesaria enseñanza, la que yo necesitaba en ese momento.

Seguimos ascendiendo.

Me permití pensar en mi persona durante el día anterior. La sensación fue fuerte, parecían haber pasado años, hoy me sentía partícipe de otra realidad, de una realidad que yo mismo estaba determinado en cada paso, en cada descanso, en cada pensamiento.

La pendiente no era ya tan pronunciada y el camino se iba ensanchando a medida que se transformaba en un amplio claro cubierto de pasto verde y brillante.

Llegamos a la cima.

Era una especie de meseta de más de doscientos metros de ancho y que se estiraba a lo largo de casi seiscientos metros.

Nos dirigimos hacia un monte de eucaliptos y pinos, dentro del cual se podían ver una casa y un par de galpones. Soplaban un viento suave y el sol estaba alto.

Cuando nos aproximamos, una bandada de gansos comenzó un estruendo infernal y un perrazo enorme salió a recibirnos con inciertas intenciones.

El perro me miró fijo, sin expresión, sin temor. Era un animal bueno, pero de cuidado. Se acercó, me olfateó, y se dirigió hacia el tío moviendo la cola y con las orejas tendidas hacia atrás como un perrito faldero.

-Hola, perro, veo que aun me recuerdas- el tío le rascó las orejas.

Seguimos avanzando hacia la casa. Era una construcción sencilla, hecha de madera y adobe. El techo era de paja quinchada. Su aspecto general era sólido y prolijo. A su alrededor había un par de galpones de trabajo con las mismas características.

En la puerta nos esperaba una pareja.

Parecían ser mayores que el tío Javier, pero irradiaban vitalidad y energía.

-¿Qué tal, don Javier? Lo estábamos esperando- dijo el anciano -Mucho gusto, joven- me saludó estrechándome la mano. La suya era áspera, ancha, fuertísima.

Lo miré a los ojos, vi la misma mirada profunda y penetrante que había visto en el tío.

Me volví hacia la mujer.

-Bienvenido, hijo, bienvenido- me dijo. Era verdaderamente hermosa, tanto que uno no podía asignarle una edad definida. Era una mujer por fuera del tiempo. Sus ojos eran de un celeste profundo, cálido. No podía sostener su mirada sin sentir una especie de vértigo, como si el tiempo me devorara. Su cabello era rubio, con algunas hebras plateadas.

La voz del tío me hizo reaccionar.

-Charlie, ellos son Cristina y Paulo, son mis amigos- Los miró con afecto y me puso la mano en el hombro - Él es mi sobrino.

Pasamos a la casa.

Durante el resto del día el tío y sus amigos pasaron hablando de cosas intrascendentes, anécdotas del pasado y amigos comunes.

Me di cuenta de que la pareja sabía de mi condición de silencio, pues no me dirigieron la palabra en ningún instante. Pero no era un desplante, cada tanto me miraban con una sonrisa, o bien Cristina me hacía una caricia en la mano o en la cabeza. Me hacían sentir

bien, muy bien. El tiempo en ese lugar parecía detenido y el afecto que emanaba de esas personas era prácticamente tangible. Las voces eran suaves y la conversación se deslizaba fluida y sin prisa. Los temas no me interesaban mucho, ahora hablaban de construcción de ladrillos de adobe, piezas de cerámica y diversas recetas de medicamentos en base a hierbas. Era más agradable no pensar, simplemente ser y sentir esa extraña energía del ambiente.

La tarde avanzaba y el tío comenzó a preparar sus cosas para marchar, habíamos comido frugalmente y me sentía muy bien para emprender el descenso.

-Tú te quedas, Charlie, vendré a buscarte pronto. No te preocupes por lo referente a tu trabajo- me dijo al observar mi expresión de asombro y alarma.

Me abrazó con mucha fuerza. No quería que se marchara, quería estar con él. Pero sabía, intuía, que todo encajaba perfectamente, que era parte de la trama de la vida, y que ésta venía de cuando conocí al tío. O de mucho antes.

Me sorprendí en mis pensamientos. Una vez más abracé al tío y lo acompañé hasta que el camino comenzó a descender. Sin detenerse, el tío levantó la mano y apuró el paso. Yo me quedé mirándolo hasta que se perdió en un recodo.

Empecé el camino de vuelta hacia la casa, no tenía ganas de entrar, quería estar solo. Me senté en una piedra desde donde podía ver el sol que se acercaba al horizonte. Faltaría una hora o un poco más para que se pusiera.

Quedé en silencio. Hacía horas que no hablaba, sin embargo, era la primera vez que estaba en silencio. El descubrimiento me sorprendió, y poco a poco comencé a comprender.

Era el silencio interior, era como si una especie de ruido interno hubiera cesado, ya los pensamientos no me aturdíen, su tronar no ocultaba las cosas importantes.

El sonido del viento suave era mucho más rico, modulado con silbidos, con voces y con suaves aullidos. Escuché los pájaros en el monte distante; más allá, los insectos zumbaban furiosos. Escuché voces de gente muy distante, ruidos del mar, sonidos del mundo. Sí, el mundo me hablaba, desde el presente, desde el pasado, desde el futuro.

Sin conciencia de tiempo o espacio, ya sin ver ni sentir, el mundo me decía que escuchara, que escuchara...

“... en el camino del conocimiento de nuestra propia esencia, en la comunicación con nuestro Ser, se encuentra el misterio del universo, de la vida y su propósito. Ese camino es la gran aventura del hombre, es su razón de ser y su anhelo más profundo.”

Era la misma voz que antes me dijera que lo que había vivido no era un sueño. La voz venía de muy adentro, de mucho antes, y sabía que iba a volver a escucharla. La soledad pareció desaparecer del mundo. Todo era una sola cosa, una infinita y maravillosa red.

El sol se había puesto cuando volví a la casa.

No vi ni a Cristina ni a Paulo. Me acosté.

Esa noche dormí profundamente. Soñé mucho, pero no pude recordar nada de lo soñado. Sé que no había sido algo agradable, tampoco desagradable, tan solo había sido algo necesario. Cuando me levanté, el sol estaba alto. Paulo y Cristina no estaban, pero me habían dejado preparado un contundente desayuno.

Aproveché el tiempo y el hermoso día para recorrer el predio.

Había de todo para el abastecimiento de la pareja. Algunas vacas, ovejas, cabras, gallinas, patos, etc. También tenían una amplia extensión de terreno cultivado y el agua brotaba generosa de un manantial alrededor del cual, se había construido un brocal.

El cerro continuaba unos cien metros para arriba, pero en ningún lugar era tan ancho y con tanta vegetación como allí.

Seguramente ese lugar era el cráter de un antiguo volcán, pues la tierra se mostraba profunda y no había afloramientos rocosos.

Lo que quedaba de la mañana pasó volando. El sol estaba en su cenit cuando decidí volver.

-¿Estuviste en la puesta de sol?- me preguntó Paulo durante el almuerzo.

Asentí con la cabeza.

-Entonces podemos hablar, ya que debes estar aprendiendo a escuchar.

Quedé estupefacto.

-Entonces quisiera que me explicara algo- dije ansioso.

-No, continua viviendo el presente, cualquier explicación va a distorsionar tu proceso. Vive, Charlie, vive- me respondió

Quedé pensando por un instante.

-¿Qué voy a hacer, puedo trabajar en algo?- pregunté.

-Esta tarde vas a ir al taller de Paulo- me dijo Cristina.

Me explicaron que, además de las tareas de rutina del establecimiento, Paulo tenía un taller de cerámica en uno de los galpones. Las herramientas habían sido construidas por él mismo, al igual que el horno de leña.

En los días siguientes Paulo me enseñó el arte.

Aprendí cómo se hace una pieza del principio al final, yo mismo traía la arcilla de una cantera cercana.

Día tras día, pieza tras pieza, Paulo iba depositando en mi una enseñanza y, al igual que el tío, tenía una rara habilidad para identificar el momento en que yo estaba más receptivo.

También estaba aquella voz desde adentro que me iba revelando las analogías existentes en el proceso de crear una pieza. Eran cacharros sencillos, simples, pero pronto aprendí que era más importante el proceso de crear que resultado final.

“... todo lo creado tiene un lugar y un propósito en el universo y en la vida, por eso lo importante es hacerlo”, me decía la voz.

Supe que aquello que llamábamos creación, en realidad era una transformación, y que era yo quien estaba capacitado para hacerlo en forma consciente.

Y me preguntaba, me preguntaba muchas cosas.

Si todo era transformación, ¿entonces ya no había creación?, ¿ya estaba todo creado?, ¿qué lugar ocupaba Dios entonces?

“... la creación ocurre en la mente, cuando das lugar a que una de las infinitas posibilidades se transforme en materia, pero en cuanto a la materia en sí, lo único que puedes hacer es transformarla, para eso vives.”

La voz me respondía aun cuando no le estuviera pidiendo una respuesta. El lugar de Dios lo estaba descubriendo día a día.

Y de Paulo también aprendía.

Paulo me mostraba cómo el crear una pieza era como formar el carácter de una persona, había que moldearla, trabajarla con infinito cuidado.

La arcilla y el agua debían tener la proporción exacta, si no, se deformaría al llegar el momento de la cocción, como una persona que está mal balanceada y debe someterse a un esfuerzo de cualquier índole.

Se amasa la arcilla y el agua hasta lograr la pasta adecuada, como la personalidad del ser. Había que estirla, quitarle las burbujas de aire, pues de lo contrario se dilata y explotan durante la cocción. Tal como lo hacen nuestras carencias y deformaciones del carácter no solucionadas a una temprana edad.

También se le saca el exceso de humedad, a efectos de que la pieza no quede demasiado blanda.

Después comienza el proceso de darle forma definitiva. Primero se hace una pelota con la pasta, la cual se va ahuecando con el dedo para sacarle el aire remanente. A veces es necesario golpear la pelota tirándola una y otra vez contra la mesa. De esa forma se saca todo el aire que pueda ser perjudicial, el que forma las burbujas. Así, de esa manera, mezclando correctamente la tierra y el agua, con el aire necesario distribuido adecuadamente, podía comenzar la fase final de la forma.

La forma aparece de a poco, lentamente. A veces parecía que se construía así misma. La forma era el producto de la simbiosis entre la materia y su creador. Hasta que se llegaba a algo. Y con una certeza inexplicable, yo sabía que era la forma definitiva. Y comenzaba el proceso siguiente.

Allí se pasa suavemente una lija para sacar las asperezas antes de comenzar a pintarla.

Primero se pinta con agua, y después se pule con vidrio. Recién ahí Paulo le da los colores.

Faltaba un único elemento: el fuego.

También la temperatura tiene sus requisitos. Si no es la adecuada, la pieza puede perder la forma original.

Aquellas piezas que iban a servir de adorno, necesitaban un horno de baja temperatura. Pero aquellas que estaban destinadas al uso, a servir, aquellas piezas que iban a cumplir con un propósito más exigente, debían ser cocidas a altas temperaturas, incluso algunas necesitaban dos cocidos, era como si volvieran a nacer.

Después debía dejarlas enfriar lentamente dentro del horno, pues una exposición prematura a la intemperie podría rajarlas, tal como sucede con las personas que se lanzan a la acción antes de haber digerido o asimilado su conocimiento.

Y después contemplaba un pequeño milagro: cuando sacaba la pieza del horno, los colores no eran los que yo había seleccionado; en la cocción, en la fragua, la pieza se autotransformaba y adquiría su propia personalidad. Y así entraba al mundo. Había sido seleccionada en mi mente, eligiendo de entre infinitas posibilidades. Le había puesto los ingredientes en forma correcta, la había pintado y la había cocinado, pero era ella quien adquiría su terminación definitiva para cumplir con su propio propósito. Y algún día, en aquel mercado al cual Paulo llevaba las piezas a vender, alguien la adquiriría, para darle un uso ignoto, acorde a la impresión que en el comprador produjera. Así, la pieza pasaba a ser dueña de su propia realidad.

Pronto descubrí que, pieza a pieza, yo mismo me transformaba; era diferente después de cada una, como si una misteriosa alquimia operara en mi propia persona a través de la transformación del barro, del agua, del aire y del fuego. Al principio yo era un ser y la pieza una posibilidad, después, nos transformábamos mutuamente, hasta que al final ambos éramos algo distinto: la pieza era una realidad, y yo era un creador.

Un día ocurrió algo extraño.

Estaba mezclando la arcilla y el agua cuando entré en un estado de conciencia particular, desconocido, nunca me había sentido así. Me veía trabajando mecánicamente, sin poder pensar, era como si alguien que no era yo dirigiera mis operaciones. Lentamente, de mis manos fue surgiendo una vasija pequeña, bonita. La pinté sin pensar en nada, sin conciencia de los colores que empleaba ni de los diseños que imprimía. Cuando la terminé, la pintura no tenía un dibujo definido, eran solo dos borrones. La puse al horno y, como era tarde, me fui a dormir. Me dolía un poco la cabeza.

Esa noche volví a soñar y, una vez más, no pude recordar, aunque sabía que era aquel sueño necesario y casi desagradable que había tenido antes.

Dos días después, una vez enfriado el horno, fui a sacar las piezas.

Allí estaba la pequeña vasija. Y me sorprendí cuando vi que los colores y los borrones se habían transformado en algo concreto, evidente.

Era el dibujo perfecto de una araña enorme, negra con vetas amarillas, que se destacaba netamente sobre el fondo claro de la vasija.

Quedé paralizado y sentí cómo un terror indescriptible brotaba desde dentro de mi pecho.

¡Era con ese amenazante animal con lo que había estado soñando!

Le conté a Paulo lo que había sucedido y me miró muy serio.

-No hagas más cerámicas por un tiempo- me dijo –vamos a mostrar esto a Cristina.

Cristina estaba cocinando. Nos miró cuando llegamos y entrecerró los ojos un tanto. Sin decir palabra Paulo le dio la vasija.

Cristina la miró con detenimiento, haciéndola girar muy lentamente entre sus manos.

Me miró largamente y, dirigiéndose a Paulo le dijo:

-Creo que ya está listo, Paulo. Ahora solo resta esperar.

Y dirigiéndose a mi:

-Tú no te preocupes por nada, Charlie. No pasa nada malo, ya vas a comprender todo, en su momento.

Yo no entendía nada, pero sabía que algo estaba sucediendo y que algo más iba a suceder. Lo que me inquietaba era que yo parecía ser el protagonista principal de una y otra cosa.

Pasaron cuatro días. Yo no hacía otra cosa que pasear por el cerro y contemplar el paisaje.

No había vuelto a soñar, así como tampoco escuchaba la voz interior, ni aun cuando yo le preguntara. Esto último me tenía un tanto decepcionado, pues había aprendido a preguntar y a escuchar, sabía distinguir la voz, del sonido de mis propios pensamientos transformados en palabras. Pronto iba a aprender que cuando la voz interior calla, es por que el universo está hablando. Y su idioma puede llegar a ser sumamente extraño, a veces doloroso. También iba a aprender que la voz del universo no siempre nos dice lo que queremos, pero siempre nos dice lo que necesitamos.

Y esto es infalible. Solo hay que saber escuchar.

Una noche, no sé si fue la cuarta o la quinta desde que había suspendido la cerámica, yo estaba durmiendo profundamente cuando unos sacudones suaves me despertaron. Era Cristina.

-Vístete, Charlie, te espero afuera- me dijo en un susurro.

Era una noche maravillosa, no había viento y la temperatura era sumamente agradable.

Una luna llena, enorme, plateaba con claridad el paisaje.

-No hables- dijo Cristina –ven conmigo.

Caminamos unos cientos de metros a la luz de la luna y comenzamos a subir el cerro.

Al poco rato, al dar vuelta a un promontorio de piedra, nos topamos con la entrada a una gruta. No era muy grande. Nos agachamos un poco para entrar y nos encontramos en un espacio casi circular, de unos cuatro metros de diámetro. La altura en el interior sería de unos dos metros, suficiente como para estar parados, pero algo en la conformación del lugar nos hacía caminar un poco encorvados. Era un lugar agradable, íntimo, acogedor.

Un rayo de luna que parecía sólido, entraba en la gruta; la forma en que incidía y los contornos de la entrada, ocasionaban que la luz formara una gran estrella de cinco puntas en el suelo.

-Siéntate, Charlie, ponte cómodo y cierra los ojos- me indicó Cristina.

Yo había aprendido a confiar en ellos. Me senté, me acomodé y antes de cerrar los ojos vi cómo Cristina amontonaba un manojo de leña en el centro de la estrella y lo encendía. Cerré los ojos y me relajé.

Al poco tiempo, un olor penetrante y no desagradable sensibilizó mi olfato. Comencé a escuchar un sonido débil, armónico, que poco a poco fue creciendo hasta tornarse en un son cadencioso y repetido. Era Cristina que estaba entonando un cántico extraño.

Me dejé llevar por el canto. Las llamas de la hoguera formaban extraños dibujos a través de mis párpados. Pronto empezaron a aparecer formas más definidas. Vi escenas de épocas antiguas, personajes desconocidos que me hablaban y a los cuales respondía, me vi vestido con diferentes atuendos, en diferentes épocas, con diferentes rostros. Me sentí amar, sufrir, odiar; me sentí nacer y morir.

Súbitamente las escenas comenzaron a disolverse, los colores giraron vertiginosamente y, una vez más, apareció ante mi aquel odioso animal, aquella araña que se manifestó en la vasija y con la cual había soñado.

Sin poder contenerme grité y abrí los ojos.

Cristina estaba frente a mí, sus manos formaban una especie de casco a unos diez centímetros de mi cabeza.

Vestía una túnica negra y, a través de su cabello rubio y plateado, se filtraba suavemente la luz de las tenues llamas que se extinguían en la hoguera. Era una de las visiones más hermosas que viera en mi vida. Sentí una paz increíble y enseguida me serené.

Al otro día sucedió.

Fue casi a la puesta de sol. Me estaba acomodando para ver el espectáculo cuando decidí correr una piedra grande que estaba unos metros adelante y disminuía mi campo visual sobre el horizonte. Metí ambas manos debajo de la piedra y apoyé mi hombro, cuando repentinamente sentí algo que me quemaba la mano izquierda, fue un dolor lacerante, cruel. Retiré rápidamente la mano al tiempo que saltaba hacia atrás.

Entonces vi, con asombro y terror, cómo desde debajo de la piedra iba saliendo, lentamente, una enorme araña igual a la que vi en la vasija, igual a la de mis sueños y mis visiones.

El animal se fue caminando lentamente cerro abajo.

Comencé a sentir un fuego que ascendía por mi brazo al tiempo que la mano se entumecía más y más.

Con la mano hacia abajo y apretando el antebrazo, me dirigí hacia la casa en busca de auxilio. Confiaba que existiera algún tipo de antídoto o medicamento para esos casos.

Paulo y Cristina estaban sentados tranquilamente dentro de la casa, en silencio, como si me estuvieran aguardando.

No hicieron ningún comentario ni se alarmaron cuando les conté lo sucedido. Comencé a inquietarme. ¿Es que no se daban cuenta de que eso podía ser peligroso, que podía incluso costarme la mano o algo más?

-Tranquilo, Charlie, tranquilo- me dijo Cristina pasando su mano por mi cabeza con cariño.

-Hay veces que los hechos se encadenan de forma aparentemente inexplicable y dolorosa, pero recuerda que todo tiene un por qué y que lo que estás viviendo es consecuencia de lo que has vivido. Recuerda que el universo solo quiere lo mejor para ti, aun cuando no entiendas su idioma.

No, francamente no podía entender, no podía ni siquiera pensar. Sentía como el veneno recorría mi organismo disminuyendo mi energía. Ya no sentía la mano, pero un dolor intenso se había alojado debajo de mi brazo.

-Relájate, Charlie, déjalo fluir, trata de no resistir los efectos del veneno, confía en nosotros- me dijo Paulo desde muy lejos –Recuéstate un rato.

Deliraba, comenzaron otra vez las extrañas visiones que percibiera la noche anterior en la gruta, y aquel horrible animal se me aparecía una y otra vez. Sentí que gritaba, sentí la mano de Cristina sobre mi frente.

No sé cuánto tiempo habría pasado cuando me incorporé. Una náusea violenta me invadió y vomité. Fue un vómito raro, oscuro, seguramente era el veneno. Me sentí más aliviado y caí en una especie de sopor. Tenía fiebre, mucha.

-Ven, Charlie, levántate y acompáñanos- sentí cómo Paulo me ayudaba.

Caminé y caminé ayudado por ellos, me pareció una eternidad. No sabía a dónde me llevaban. Me sentía completamente embotado, era como si mi mente estuviera completamente separada de mi cuerpo, pero por lo menos ya no sentía aquel insoportable dolor.

Estaba otra vez en la gruta, escuchando aquel canto monótono. Paulo y Cristina vestían ambos túnicas negras. Por momentos las túnicas parecían adoptar hermosos colores, “¡pero eran negras!” ¿Qué estaba sucediendo en mi cabeza?, seguramente la fiebre y el delirio...

Fijé mi vista en la estrella de plata que la luna dibujabas en el centro de la gruta. Alguien había trazado a su alrededor un círculo que no se cerraba, la parte abierta apuntaba hacia la entrada. Yo estaba sentado a unos cinco centímetros del borde del círculo.

Paulo y Cristina estaban sentados muy quietos, con los ojos cerrados; ambos seguían entonando aquel cántico monótono.

Cuando cerraba los ojos los veía distintos. Eran increíblemente hermosos, como aquella visión que tuve del tío en aquel sueño que no fue.

De pronto mi corazón pareció desbocarse, mi respiración se agitó. Un terror frío me inundaba, me paralizaba.

Unos segundos después una pata peluda se asomó al borde de la entrada.

Otra vez la pesadilla, ¡pero ahora era real, aquel terrible animal estaba entrando en la gruta!

La araña se detuvo a poco de entrar, tanteó con las patas delanteras y comenzó a avanzar.

¡Se dirigía directo hacia mi! Y yo estaba demasiado débil como para moverme o intentar algo. Estaba seguro de no poder soportar otra mordedura. Ese animal iba a matarme.

Desesperadamente miré a Paulo y Cristina en busca de ayuda. Ambos seguían con los ojos cerrados, cantando sin darse cuenta de lo que sucedía.

La araña se acercaba lentamente, yo estaba paralizado y las palabras no podían salir de mi boca.

Sin saber qué hacer y completamente dominado por el terror, cerré los ojos y comencé a acompañar a Paulo y Cristina con su cántico.

De inmediato me sentí más aliviado, el miedo fue disminuyendo y poco a poco comencé a ver. Sí, a ver.

Vi a Paulo y Cristina como hace un instante, hermosos, vestidos con colores brillantes. Yo mismo me sentía así.

Traté de mirar la araña. Allí estaba, quieta, a cinco centímetros de mi pie, sin cruzar el borde del círculo. Pero lo más asombroso, lo más horripilante, era lo que parecía brotar de la araña. Era un ser grande, de facciones grotescas, amenazantes. Sus miembros se agitaban en el aire, su aspecto general era humanoide y me recordaba algo que no podía precisar.

Parecía que, de un momento a otro, me iba a atacar. Pero pronto me di cuenta que cuando mi miedo crecía el ser se fortalecía. Tenía que controlarme, tenía que hacerlo.

Comencé a mirarlo con más atención, no era hermoso, por supuesto; pero en realidad, no podía decir que era feo. Simplemente era así. Tal vez yo mismo fuera feo y amenazante a sus ojos. Tanto él como yo pertenecíamos al mundo. Tanto él como yo teníamos una razón de ser y un propósito. Comenzamos a acercarnos uno al otro, ya no era amenazante, hasta parecía necesitar protección.

Sin poder explicar cómo, ambos comenzamos a formar parte de una misma realidad, nos fundíamos uno en el otro.

Y el ser desapareció. La araña permanecía quieta, como dormida. Yo era diferente.

No puedo decir que me desperté, podía decir que cambié de condición. Miré a mi alrededor, la araña se había marchado y Paulo y Cristina me miraban sonrientes.

Sin decir nada volvimos a la casa. Me sentía un poco débil, pero solo en lo físico.

Habían pasado muchos días desde mi estadía en el hogar de Paulo y Cristina, estaba otra vez en casa de mi tío Javier.

Cuando descendí del cerro, el tío estaba esperándome, nunca sabré cómo se enteró de que todo había terminado, simplemente estaba allí, como si no se hubiera movido desde aquel día en que me dejó en compañía de sus amigos.

Mi descenso había sido una experiencia silenciosa, pensé y pensé en lo sucedido, pero no encontraba explicación. Tan solo la seguridad de un saldo positivo que se acumulaba en algún lado de mi ser.

Paulo y Cristina me habían despedido con grandes muestras de cariño, pero sin una sola palabra respecto a los eventos vividos.

-Tu tío te lo va a explicar- me dijeron.

Pero el tío no quiso explicar nada.

-Todavía te estás cocinando, Charlie. El horno debe enfriarse, si no, cualquier corriente de aire te puede rajar- me dijo recordando el aprendizaje con la cerámica.

Esa noche, una semana después de mi descenso, charlábamos de cosas sencillas. Yo estaba muy entusiasmado con mi nuevo trabajo, el tío me había puesto de ayudante en el laboratorio de física y había dejado el trabajo en la fábrica. Me iba a referir una vez más al asunto cuando vi al tío en silencio, pensativo.

De pronto habló, como si fuera una conversación que había sido interrumpida hacía apenas un instante.

-Al hacer cerámica con Paulo, Charlie, en realidad estabas cumpliendo un proceso alquímico muy fuerte, recuerda que durante varios días estuviste casi permanentemente manejando los cuatro elementos básicos: tierra, agua, aire y fuego. Eso iba produciendo una transformación inconsciente en ti. El proceso se aceleró notablemente cuando tú te diste cuenta de ello. Y además, a esa altura habías aprendido a escuchar a tu ser interior, eso es el gran catalizador de todo proceso de transformación.

"Fue así como tu inconsciente hizo emerger la araña, ella era otra parte de ti, Charlie; la parte que día tras día, vida tras vida, vas cargando con todo lo que te desagrada, con todo aquello que no quieres reconocerte o no quieres perdonarte. Eso produce una disociación de nuestro ser superior, de nuestra verdadera esencia.

"Pero el impulso de transformación era muy fuerte, Charlie. Paulo es un gran mago, así que la araña, indefectiblemente iba a aparecer, pues a toda manifestación en lo mental, le corresponde lo propio en lo material, y si la fuerza es muy grande, la reproducción es exacta. Lógicamente, la araña necesitaba desesperadamente entrar en contacto contigo, pues la evocación de lo inconsciente que ocasionaba la fuerza de transformación la atraía en

forma irresistible. Y lo hizo de la única forma que la naturaleza le enseñó: al sentirse atacada por tu presencia, te mordió.

Después fue atraída a la gruta por Paulo y Cristina. Allí fue donde se produjo la fusión entre tu ser y la parte que siempre has rechazado de ti mismo, allí finalizó la disociación y te integraste. Comenzaste a ser una persona completa. En una palabra: te aceptaste.

Por eso veías al ser que emanaba de la araña como “algo familiar”, eras tú mismo, parte de ti, mejor dicho. Una parte que había ido creciendo solitariamente a lo largo de tu existencia. Pensé un largo rato mientras el tío me miraba.

-Tío, ¿qué voy a hacer ahora con todo esto que estoy aprendiendo? Me siento en verdad distinto, mi vida ha cambiado, pero, ¿hacia dónde?

-Eres una vasija bien fraguada y lista para un uso exigente. Deja fluir, Charlie, deja que el camino te lleve hacia su por qué. También la ciencia puede explicar todo lo que viviste, Charlie. Pero aun no es momento de hacerlo, un niño aprende que las hojas caen de los árboles y que ni el sol ni la luna caen del cielo, mucho antes de saber las razones de ello, y así lo incorpora a su diario vivir.

”Tienes que vivir todo eso, Charlie. Y muy intensamente, a fin de incorporarlo a tu vida antes de darle una explicación científica. La ciencia también es un camino de conocimiento, pero tiene un defecto: coloca al hombre en el papel de un espectador que ve y explica las cosas. Y así, al comprender el funcionamiento, no se preocupa tanto por vivirlas.

”Un día te voy a explicar muchas otras cosas, y vas a ver cómo la mecánica cuántica tiene una excelente explicación para todo. Pero recuerda una cosa, la ciencia es una sistematización del conocimiento, y el hombre, muchas veces, olvida que hay conocimientos que solamente se pueden vivir, que no es posible sistematizarlos.

-Y tú, tío, ¿dónde realizas tu trabajo de transformación?

-Diariamente, Charlie, cuando doy clases. Los mismos cuatro elementos que componen la cerámica se encuentran en todo, también en el hombre. Día a día, esos jóvenes y yo, nos transformamos mutuamente. En cada palabra que intercambiamos introducimos información unos en los otros y ya somos distintos. Solo hay que estar dispuesto a escuchar. Un día te voy a llevar a una clase.

Aun me quedaba algo.

-Tío, ¿y Cristina?- pregunté en forma vaga e imprecisa; tan vaga e imprecisa como la impresión de profundo misterio que la hermosa mujer había dejado en mi.

El tío se sonrió y se tomó un tiempo antes de responder.

-Ella es una bruja, Charlie, una bruja poderosísima. Fue ella quien enseñó a Paulo todo lo que sabe..., y también a mi... -la mirada del tío quedó extrañamente perdida –Siempre es una mujer quien, de una u otra forma, nos introduce en el camino del autoconocimiento.

Una llamita nostálgica y melancólica brillaba en los ojos del tío Javier.

Sentí ganas de ver a Yolanda.

No sé cuánto hace que estoy aquí. Es como si hubiera vivido siglos, como si hubiera pasado por infinitas experiencias. Fui hombre, fui mujer, fui Dios. Sé que no tengo más preguntas, sé que ahora todo depende de mí. Solamente yo, soy dueño de mi proceso de cambio. Los dioses pueden esperar, tienen todo el tiempo del mundo. De este mundo y de los otros. Simplemente tengo que atreverme, saltar a través de mí y mis circunstancias. Entrar en ese nuevo universo y terminar la transformación de la crisálida. Tal vez para comenzar de nuevo. Tal vez para ser un dios. ¿No era esto lo que estaba buscando?, ¿no era para esto que había llegado hasta allí? ¿No es eso lo que todos buscamos, el sino de nuestra evolución, de nuestro proceso individual y como especie?

Yo debería atreverme a cambiar. Y todo sería diferente. Ésta era la respuesta al pedido que había brotado desde mi más pura esencia. Para esto había llegado hasta allí. Para atreverme a saltar. Era algo enorme, grandioso. Solo había leído unos pocos cuentos, y el salto me proponía acceder a toda la biblioteca.

El viejo me miró, supe que venía el pago.

Habló.

-Tienes que darme un cuento para la biblioteca –me dijo- Un cuento que relate todo lo que integraste, lo que ves de tu futuro, lo que sintetice tu decisión después de haber visto la libertad que te espera. Que espera a cualquiera que lo desee con fuerza. Y que se atreva.

Fue lo único que me dijo antes de desaparecer, antes que todo ese lugar desapareciera y quedara solo frente a una máquina de escribir tecleando furiosamente. Deseando que nadie pasara por lo que yo estaba escribiendo.

EL MIEDO

Siempre fui muy observador y enseguida me di cuenta. La oficina ya no era la misma. Cada movimiento, cada silencio, imprimían un especie de incomodidad, de cosa que no tendría que haber sido.

Todo había comenzado después de la segunda desaparición.

Apenas se saludaban cuando entraban y hacía ya días que habían finalizado las consabidas ruedas de café que permitían ir matando el insoportable horario. Cuando trabajaban, cuando no se sumían en aquella actitud de derrota y agotamiento, lo hacían con la cabeza gacha, sin despegar ni por un instante la vista de su trabajo, de su cajón, o de su escritorio. Sí, eso era lo que me llamaba más la atención, no levantaban la vista, y si lo hacían era con un vistazo rápido, buscaban una referencia y de inmediato la volvían a bajar.

El ambiente no se podía definir como triste, no, lo que había era una especie de tensión. Pero no era producto de enemistades o ansiedades normales, no, eso era otra cosa.

Tampoco el estado de ánimo era el correspondiente a la natural angustia por la desaparición de otro compañero. El asunto no había sido ni trágico ni espectacular. Simplemente había desaparecido, como el anterior.

Un día como cualquier otro estaba trabajando en la oficina. Se levantó y al rato no se le vio más, nunca más. No se supo si salió o qué hizo, no se supo nada.

En su casa no sabían nada, vivía solo, y su madre, una viejita que apenas podía hablar, hacía años que estaba recluida en una casa de salud.

Un mes antes había sucedido lo mismo con Pintos, pero Pintos era distinto de Waldemar. Pintos era más callado, más retraído, nunca consiguió hacer amistades, o por lo menos relaciones, en el submundo de la oficina.

En cambio el Waldo..., ¡el Waldo sí que era un tipo popular!, y no solo en esa sección; era uno de los tipos más populares de todo el edificio. Esa circunstancia en un órgano de la administración pública era sorprendente.

Hacía más de veinte años que yo trabajaba en esa dependencia y conocía bien el asunto. En una oficina pública es difícil que existan grandes apremios o grandes crisis, cualquiera sea la cantidad de trabajo que uno realice, a fin de mes siempre cobra lo mismo; por eso siempre hay tiempo para el ocio, y es allí donde surgen esos mini-fenómenos sociales, las pequeñas tragedias y los mezquinos triunfos cotidianos, en función de las cuales las personas actúan y sienten. La mayoría de las veces sin percatarse que están vivas.

Yo sí me había dado cuenta, pero nunca pude resolver si seguía en ese juego porque no podía escapar de él, porque no sabía cómo hacerlo o, simplemente, porque no quería hacerlo.

Recordé mi trayectoria en la oficina. Años enteros luchando, trabajando, a veces mintiendo y fingiendo para alcanzar este puesto de subjefe que ahora tenía.

Bastante de mi autoestima quedó por el camino durante todo este tiempo.

Pero ahora era subjefe, aunque tuviera que cargar con mi moralidad un tanto desflecada. Me pregunto si algún día tendré el valor de establecer el verdadero saldo de este ascenso. Tal vez mi persona íntima quede a salvo en el balance, pero las cicatrices no se van a borrar, no deben hacerlo.

Lo mejor del ascenso fue que me permitió ver el submundo desde arriba, pude escapar de la diaria lucha por ascender, por ser el más piola, por lograr la aceptación de Miriam –la que

estaba mejor en la oficina- e inclusive, por demostrar que uno está siempre feliz y bien empilchado todos los días.

El juego es masificarse dentro de lo socialmente aceptable, si uno escapa hacia arriba, pierde amigos, como yo, por ejemplo. Si se va para abajo, y por esto se entiende dudar, decir “no sé”, vestir inadecuadamente o no entrar en la rueda de chismes ni sonreír de continuo, también es rechazado, pasa a ser “un tipo raro, conflictivo, con problemas”. Esto último le pasó a Pintos.

Pero no era el caso de Waldo, aunque se puede decir que Waldo era raro también.

Waldo era un tipo auténticamente feliz, piola, inteligente, sincero, leal. Waldo era un tipo entero. Y aun así, todos lo querían y lo respetaban, incluso seguía siendo mi amigo.

Por eso su desaparición me sorprendía, y lo más sorprendente era que nadie hablaba de ello. Yo no me animaba a preguntar, me limité a establecer administrativamente los días de ausencia.

Pero el clima de tensión continuaba. Mirando bien vi que habían desaparecido las diarias caretas de felicidad y la expresión de “estar en la cosa”; habían sido reemplazadas por auténticas expresiones de reflexión profunda, de tensión, de sufrimiento.

Y a medida que pasaban los días todo eso iba en aumento. Me estaba preocupando.

-Sonia, ¿podés venir un momento?- la llamé por el intercomunicador. El viejo Álvarez, que cuando se jubiló nos miró con lástima y me dejó caliente, nunca usaba el intercomunicador. Nos llamaba con la mano haciendo señas a través de la mampara de vidrio que nos separaba o, simplemente, nos llamaba a viva voz a través de la puerta abierta. Yo había optado por puerta cerrada e intercomunicador. El intercomunicador era más impersonal. Era otro de los pequeños símbolos de mi sagrado, y también pequeño, poder.

Con Sonia hacía ya un par de años que manteníamos una relación un tanto irregular. Últimamente, ella me reprochaba que después de mi ascenso las cosas no fueran como antes, que yo solo la quería para enterarme de los chismes de la oficina. No le faltaba razón. Yo nunca quise preguntármelo seriamente si la falta de entusiasmo para con Sonia coincidió casualmente con mi ascenso o se debió a él.

Algún día iba a tener que resolver todo ese asunto y, consecuentemente, mi relación con Sonia. Pero mientras tanto, era sumamente útil que me mantuviera al tanto de lo que sucedía en mi feudo. Como tantas otras cosas en la oficina, esto era por demás conocido, pero nadie lo mencionaba. Todo estaba en equilibrio, mi relación con Sonia les era doblemente útil: era un pequeño chantaje a través del cual me recordaban permanentemente que yo había salido de entre ellos, y, por otra parte, utilizaban a Sonia como un muy eficaz canal de comunicación a través del cual me hacían llegar las quejas, protestas y necesidades que no podían o no querían plantear directamente. Por supuesto que yo también usaba el mismo canal. De esa manera se había instituido un diálogo informal muy útil para ambas partes. Todos estábamos seguros que nada bueno iba a surgir de una conversación cara a cara.

Sonia vino hacia mi despacho manteniendo la cabeza baja.

-Sonia, algo raro está sucediendo con ustedes- le dije sin rodeos –están todos callados, todos miran hacia abajo permanentemente. Si no fuera porque los veo preocupados diría que la oficina parece un velorio. Quiero saber si estoy ante un nuevo tipo de demostración de disconformidad o en la antesala de un planteo sindical.

-No pasa nada, Miguel- Sonia manoseaba uno de los botones de su blusa, al cual contemplaba como si fuera una bola de cristal.

Hacía más de un mes que no salíamos, desde antes de lo de Pintos. Decidí intentar por ese lado.

-Querés hablar en otro lado?- pregunté en voz baja y con tono de complicidad.

Levantó la vista y me miró fijamente por un tiempo que me pareció eterno. Me estaba poniendo nervioso. Sonia parecía completamente distinta, había avejentado, parecía tener siete u ocho años más. O, tal vez, fuera solamente su expresión. No lo sé.

Comenzó a sonreírme, de a poco, despacito. Su expresión era de cansancio, o de lástima, tal vez un cierto desdén. Me estaba molestando. Hasta que habló.

-En dos días te aviso- Y sin decir nada más, se levantó y salió del despacho. Con la cabeza baja, por supuesto.

No sé qué era lo que me iba a avisar, lo cierto es que me quedé sentado sin poder emitir una sola palabra. No me había hablado con el tono de “gatita boba” que normalmente usaba y que me gustaba. Me hacía sentir “el macho poderoso”. No dejaba de ser agradable, aunque sabíamos bien de lo falso de todo eso.

No, esta vez Sonia me había hablado de igual a igual, por no decir que lo hizo con cierta condescendencia, como si en realidad yo fuera un buen muchacho al cual se le podían contar las cosas.

Al otro día llegué un poco tarde. Me gustaba hacerlo de vez en cuando, era un atributo del poder.

Estaban todos reunidos. Cabezas bajas, como siempre, algunos de pie con las manos en los bolsillos, otros sentados.

No sé quién estaba hablando, llegué en medio de un silencio.

Cuando me vieron emitieron algunos saludos en vos difusa y se fue cada uno para su escritorio. No sabía si la reunión había finalizado o fue mi llegada lo que marcó el final. Esto me indignó.

Ya era hora de que esta situación se definiera. Todos me trataban como si yo estuviera haciendo uso de una jerarquía que no me correspondía, “pero como eran buenos muchachos y muy comprensivos, y además esa situación no iba a durar mucho, me lo toleraban con cierta condescendencia”. ¡Como si todos fuéramos iguales!

Nunca me habían faltado el respeto ni nada que se le parezca, pero todo siempre estaba ahí, en el límite. No tenían para conmigo el trato que yo considero que se debe tener con un jefe.

Esta era la ocasión que yo debía aprovechar para definir de una vez por todas, mi carrera en la administración; iba a empezar a apretar. Les demostraría a “los de arriba” que yo pertenecía a la plana mayor, al staff, que yo era uno de ellos y que había roto definitivamente con mis antiguos compañeros y con mi condición de empleado. Una carrera promisoriosa se me abría en el futuro, y la iba a hacer, cueste lo que cueste y le duela a quien le duela.

Pasé un día pésimo durante el cual mi resentimiento creció y creció. Esa noche dormí mal, muy mal.

Al otro día llegué temprano. Estaban trabajando en silencio. Sin saludar entré directamente a mi despacho.

-¿Puedo pasar?- Sonia me miraba sonriente desde la puerta. Era otra vez “la gatita boba”.

Así que esa iba a ser la estrategia, mandarme a Sonia para tranquilizarme. Bien, les iba a seguir el juego, cosa que no me desagradaba en absoluto, Sonia estaba especialmente atractiva con aquella minifalda. Y se había maquillado muy bien.

-Vos siempre tenés la puerta abierta, Sonia- le sonreí.

Entró sin cerrar.

-Aquí no podemos hablar- me habló desde muy cerca y casi en un susurro –Te espero hoy a las ocho en mi casa.

Confirmado, todo ese halo de misterio era para lograr que esa noche fuera a su casa. “El reposo del guerrero” amansa al más fiero. ¡Já!, ya iban a ver...

A las ocho y cuarto estaba tocando el timbre del departamento de Sonia.

Apenas me abrió, vi que algo raro sucedía, estaba seria.

-Pasá, Miguel- me dijo haciéndose a un lado.

Entré.

No podía creer lo que estaba viendo, todos estaban allí, los ocho. ¡Era una trampa!

Permanecí de pie, mirándolos una a uno con detenimiento.

Miriam estaba divina, como siempre. La gorda Ana me miraba con su expresión de oveja. Andrés se escudaba tras la eterna cortina de humo de su cigarrillo, tenía las piernas cruzadas y una actitud general de alerta. Mario y Carlos, los mellizos, estaban sentados juntos. Miraron hacia abajo cuando me detuve en ellos. A Sergio, el nuevo, lo vi distinto, con una especie de alegre expectativa; el pobre no estaba todavía lo suficientemente contaminado.

Y estaba Julio.

“¿Qué pasó con nuestra amistad, Julio?”, me pregunté por centésima vez. Había comenzado por una mutua simpatía, lentamente, de a poquito, como se construyen los afectos verdaderos. Era una amistad que se notaba más sólida en cada aporte, llena de silencios y de comprensión, llena de esas confianzas sencillas que son tan difíciles de hacer a una edad madura. Amistad de dudas y esperanzas compartidas, sin fervor, sin pasión, sólida.

Con Julio no me sentía incómodo cuando permanecíamos un largo rato sin hablar, simplemente estábamos juntos.

Después que ascendí Julio y yo nos fuimos apartando lentamente, no sé que pasó.

Ahora Julio me miraba con cierta ansiedad, desde el fondo de su alma. Tuve ganas de sonreírle, pero no pude, una vez más se levantó entre nosotros aquella misteriosa barrera que ambos habíamos construido y que ahora no podíamos derribar.

“Pero él también es parte de este complot”, rápidamente me recompuse y me puse alerta.

-¿Qué significa esto?- pregunté.

-Sentate, Miguel- respondió Andrés. Así que iba a ser él quien iba a llevar la batuta, era previsible, siempre lo hace, y es el que habla mejor. Sin embargo, había algo extraño en su tono de voz y en su actitud general: no había enemistad, y tampoco la había en los demás.

Me senté y esperé que hablara.

-Miguel, vamos a hablar de cosas importantes. No es nada que te puedas imaginar, incluso no te lo íbamos a decir, pero Julio insistió.

Julio me sonrió para infundirme confianza.

-Espero no estar ante el preámbulo de un planteamiento laboral- dije dirigiéndome a todos – no voy a permitir que sea de esta forma.

Miré a Sonia con rencor. Sonia me sonrió, sí, me sonrió. Cada vez entendía menos.

-Miguel- continuó Andrés- vamos a despojarnos de nuestros roles de jefe y empleados. Esto es necesario para poder hablar y para que tú puedas entender lo que te vamos a decir. Ni siquiera vamos a hablar como compañeros de oficina, vamos a hablar como seres humanos. No pensemos en nuestros nombres, ni en el tipo de relaciones que nos unen o nos desunen, no. Insisto, hablemos simplemente como seres humanos.

No lo entendía, tal vez pretendieran sensibilizarme, no sé, lo mejor era permanecer callado. Prendí un cigarrillo y acepté en silencio el café que Sonia me alcanzaba.

-Miguel, ¿podrías respondernos algunas preguntas muy serias, de carácter íntimo, personales?

Me enderecé en mi asiento.

-Por favor- intercedió Julio -Confía en nosotros, Miguel, es la única forma que puedas entender lo que nos pasa.

Recién allí me di cuenta que algo les estaba pasando. Ahora, con esa evidencia, no parecía que me fueran a pedir o a reclamar algo, no. Algo les estaba pasando.

Recorrí nuevamente los rostros y reconocí lo que en un principio no había visto: entre ellos reinaba la desesperación, la tensión.

Comencé a sentirme incómodo, alarmado.

-Pero, muchachos, ¿qué les pasa?- pregunté.

-¿Qué representa la vida para vos, Miguel, para qué vivís?- me preguntó la gorda Ana... ¡La gorda Ana!

Me quedé mirándola con la boca abierta y la taza de café a medio camino.

-No, Ana, así lo vas a confundir más- dijo Miriam -Contale todo desde el principio Andrés, creo que es la única forma.

-Si, eso es lo mejor- dijeron varios.

Y Andrés comenzó aquel inquietante y maravilloso relato...

El calor era pesado, inadecuado para mediados de marzo. Hacía que la noche pareciera aun más oscura.

El viento cálido que soplabá del norte mecía de un lado a otro a las plantas del patio y a los estados de ánimo de las personas que se hallaban alrededor de la mesa.

Estaban festejando el cumpleaños de Waldemar.

Las botellas de whisky que el cantinero les había dejado se habían terminado y de cerveza quedaba solo un cajón.

El Waldo les mostraba a algunos, cómo podía mantener una botella en equilibrio sobre su cabeza, Mario le hablaba bajito a Miriam que sonreía diciendo que no con la cabeza y diciendo "tal vez" en un idioma muy antiguo que todos conocen y nunca fue enseñado a nadie.

Pintos no hablaba. A nadie le llamaba la atención, tal vez estuviera un poco borracho, daba lo mismo. Pintos siempre había sido así, ni molestaba ni le importaba mucho a nadie. Aunque últimamente estaba un poco diferente, un poco, nada más. Los miraba a todos muy serio y muy a fondo, como estudiando.

-Como si estuviera tramando algo- dijo un día la gorda Ana.

Pero nadie se preocupaba mucho por Pintos, excepto Waldo, claro, él se llevaba bien con todos y quería a todos.

De a poco, a medida que el alcohol se terminaba, la conversación se iba picando. Y salió el tema de Miguel. No podía ser de otra forma, el jefe y la oficina son tema común en toda reunión de compañeros de trabajo.

-¡Pero no me jodás!- decía Andrés- ¡todos sabemos que Miguel es un trepador!

-No seas así, Andrés- respondía Julio- vos sabés que es cuestión de oportunidades, Miguel la usó. Es así de simple.

-Vos no lo hubieras hecho de esa manera, Julio. Ni ninguno de nosotros. Además, no me vas a negar que después se puso en personaje.

Sabía que ese argumento lo iba a demoler, porque era precisamente la actitud de Miguel lo que tenía tan dolorido a Julio.

-Yo pienso- intervino Sonia- que Miguel tuvo la oportunidad de conseguir algo para ser feliz. Cualquiera de nosotros que tenga la oportunidad de obtener la felicidad no la va a dejar pasar, ¿no les parece?

Se escucharon algunos murmullos asintiendo.

-¡Mentira!- la voz había sonado desproporcionadamente fuerte, tanto que nadie la había identificado. Todos se miraron en silencio, aturcidos, asombrados.

-¡Mentira, si lo pensaran un poco, se darían cuenta que no es así!

Waldemar interrumpió su acrobacia con la botella y Mario la suya con Miriam. Todos se volvieron hacia el fondo del patio

¡Pintos!, ¡Pintos hablando, y gritando!

Estaba de pie, la camisa por fuera del pantalón, sus ojos parecían de fuego.

De inmediato, todos se dieron cuenta que no era el exabrupto de un borracho, y la constatación los hizo sentir un poco incómodos. La sensación de que algo molesto, chocante, iba a suceder, comenzó a sobrevolar el ambiente.

El temor a lo desconocido, a lo anormal, ganó el pensamiento de todos. Algunos lo sintieron claramente, otros apenas experimentaron un extraño desasosiego.

-Pintos, ¿qué te pasa?, calmate- Andrés trataba de recomponer la situación.

Pintos le sonrió con calma antes de hablar y le puso una mano sobre el hombro en ademán protector y tranquilizador. Fue como si lo hiciera con todos.

-Estoy tranquilo, Andrés, más de lo que vos suponés.

Todos se calmaron y lo miraron expectantes.

-La felicidad la puede obtener cualquiera, pero el hecho es que todos la dejan pasar.

Pintos había bajado el tono de su voz, pero mantenía la misma fuerza y decisión en su actitud que mostrara unos segundos antes.

-Dale, Pintos, no te vas a poner a filosofar ahora- le dijo Mario en tono de broma.

El silencio que siguió a sus palabras hizo más evidente, aun, el tenue matiz de temor con que Mario terminó la frase.

De alguna forma, todos habían quedado atrapados en una situación que no querían vivir y tampoco podían evitar. Cuando eso sucede en los grupos humanos, cada uno se retira a su interior y se dispone a presenciar los acontecimientos como si estos ocurrieran en un escenario próximo a una platea privilegiada.

Todos esperaban por Waldemar, era siempre el emergente, el que salía de la crisis. Pero Waldemar no era como los demás, no estaba masificado. El Waldo miraba a Pintos con atención, no parecía descontento de que algo así hubiera sucedido.

Pintos continuó.

-Amigos, lo que les voy a decir es muy importante- su voz ahora temblaba por la emoción- es necesario que hablemos como seres humanos, sí, como seres humanos- recalcó al ver las expresiones de asombro.

-Seguí, Pintos, no te interrumpas- le dijo Waldemar. En su cara se insinuaba una muy tenue sonrisa, como el principio de una esperanza.

Pintos lo miró un instante antes de proseguir.

-Cuando digo que hablemos como seres humanos, quiero decir que nos despojemos de lo que cada uno piensa del otro, borrando toda antigua relación, sin pensar en lo que nos condiciona, en lo que nos gusta o no nos gusta, sin pensar en la oficina, sin pensar en nada. Mirémonos unos a otros como seres que están viviendo, que están sumergidos dentro de la

vida. Hablemos con el corazón, y no con lo que la mente nos dice que sería más aceptable, más “políticamente correcto” para el sistema social que nos rige.

Pintos hizo una pausa. Nadie se movió.

-Ahora preguntémonos si es así que normalmente vivimos y nos comunicamos, o estamos condicionados, hipnotizados por ese sistema social que nos reclama permanentemente, que nos impide escuchar nuestro corazón, que condiciona nuestras conductas.

Pintos miró a cada uno.

-El sistema nos reclama un permanente y creciente éxito social y económico. ¿Y qué ocurre si no lo obtenemos? El sufrimiento, la tensión, en una palabra: la infelicidad. Desgraciadamente, ese sistema nos ha trascendido individualmente, en él nacemos, actuamos y morimos sin que nadie lo controle. Es muy poderoso, y mucho más duradero que la vida de un ser humano. Pero la vida, la vida total, trasciende al hombre y a todos los sistemas que el hombre haya creado. Y la vida no la creamos los hombres, somos parte de ella, somos una de sus manifestaciones. Entonces pensemos qué es lo que la vida quiere, qué es lo que tiene planificado para cada uno de nosotros.

Hizo una pausa.

-Sí, la felicidad. La vida es, a pesar de sus luchas intestinas y de sus desbalances pasajeros, un sistema que busca el equilibrio, la armonía, lo que conocemos por felicidad. Así funciona, ese es el verdadero reclamo.

”-Nosotros, perdón, ustedes, no son felices porque escuchan principalmente a sus mentes, y éstas están programadas por el sistema. Deberían escuchar a su corazón. Pero normalmente están sordos ..., o no se animan, no se atreven a hacerlo. He vuelto par tratar de que lo entiendan.

-¿De dónde volviste, Pintos?- preguntó Waldemar.

-Disculpame, Waldo- interrumpió Andrés -Pintos, ¿por qué nos decís todo esto, qué es lo que pasa?, nunca te vimos así.

Pintos le sonrió con un dejo de dolor en su mirada.

-Andrés, nunca me vieron de ninguna manera. En estos años que hace que trabajamos juntos, debe ser la tercera o cuarta vez que me hablás. Pero no te lo estoy reprochando-, Pintos se adelantó a la excusa- gran parte de la culpa es mía. Ustedes son mis amigos, los únicos que he tenido en la vida, y nunca se los pude demostrar, no pudieron enterarse de que eran mis amigos. Por eso me sentí en deuda y quise volver y hablarles de la felicidad. Las palabras y la actitud de Pintos habían sensibilizado a todos. Cuando alguien habla desde el corazón, todos lo escuchan desde el mismo lugar, por más fuerte que sea la sordera.

-Yo creo que, de alguna manera, soy feliz- se atrevió a decir Carlos sin mucho convencimiento.

Pintos le sonrió.

-Les invito a hacer una prueba. Cierren lo ojos- sin saber por qué, todos lo hicieron de inmediato. Pintos comenzó a hablar con voz suave.

-Ahora relájense, escuchen mi voz, concéntrense en ella. Vamos a pensar que nos despegamos de nuestra propia piel y que somos muy pequeños dentro de nosotros mismos, somos muy pequeños y estamos habitando el envase que ahora es nuestro cuerpo físico...., así..., más pequeños..., poco a poco. Cada vez más y más pequeños ..., así. Hasta que somos un punto habitando en un cuerpo infinitamente grande. Y siendo un punto, nos colocamos en la parte más profunda de nuestro interior. Vamos, bien a lo profundo ..., más.

Pintos hizo una pausa antes de continuar.

-Vemos que, en esa parte tan profunda donde estamos, aparece una luz. Vemos que esa luz va creciendo ..., crece un poco más ..., y más.... En esa luz vemos algo..., es una persona..., y está haciendo algo, algo que le gusta mucho, algo que le da sentido a su vida... Reconocemos qué es lo que hace. Ahora nos acercamos más, un poco más, hasta que reconocemos a la persona... Ahora la escena desaparece y nosotros comenzamos a crecer nuevamente, crecemos y crecemos, hasta que, lentamente, recuperamos el contacto con nuestro cuerpo físico... Abrimos los ojos lentamente sintiéndonos en paz.

Y fue el silencio, el silencio pesado y respetuoso de una sensación de intimidad compartida. El viento norte era un bramido sordo y discontinuo; se arremolinaba en el patio y ayudaba a secar alguna lágrima que rodaba sin permiso.

Todos miraban hacia abajo.

Excepto Waldemar, él miraba algún punto en la pared del patio y sonreía con expresión de arrobamiento y felicidad.

-Sí, mis amigos –Pintos hablaba nuevamente- esa persona que vieron en su interior eran ustedes mismos, y lo que estaba haciendo, era lo que ustedes quieren hacer en realidad en sus vidas. Haciendo eso van a ser felices, eso es lo que el corazón siempre les gritó y la mente siempre ocultó tras la ilusión del éxito social y económico.

Pintos los miró uno a uno.

-¿Acaso alguno de ustedes se vio trabajando en la oficina y luchando por un ascenso? No, amigos, de eso podrán sacar el dinero para vivir, pero no es necesariamente lo que ustedes quieren y podrían ser. ¿O se creen que todos los músicos, actores, artesanos y yo que sé cuantos más, viven de su trabajo? No, no, son artesanos, son músicos, son escritores, son lo que ellos quieren ser para ser felices. Cómo se ganan el dinero para vivir es otra cosa, no siempre coinciden ambas, pero no por ello se debe postergar o anular la felicidad. Es un derecho, es una obligación ser felices...

-Terminala, Pintos- Andrés se había levantado- vinimos a festejar el cumpleaños del Waldo y no a filosofar o a hacer pruebas mentales.

-¿Qué te viste haciendo, Andrés?- preguntó Pintos con calma.

-Eso no importa ahora. Creo que ya es tarde, mejor no vamos todos.

Andrés comenzó a ponerse el saco, nadie se movió.

Waldemar se le acercó y le puso una mano en el hombro.

-Andrés, es mi cumpleaños, aunque no hables, aunque todo esto te moleste un poco, quedate un rato más. Te lo pido en serio, Andrés- Waldemar lo miraba a los ojos y le sonreía con dulzura.

Andrés lo miró, dudó un poco y, finalmente, se sentó. Tenía su cabeza baja, pero todos se percataron del temblor de su mentón.

-De acuerdo, Pintos- era Miriam quien había hablado –supongo que todos nos vimos haciendo lo que nos haría felices, y reconozco que para mi fue una sorpresa, pero no se puede cambiar la vida así como así. En mi caso yo no tengo tiempo ni dinero para poner un taller de plástica.

Pintos apretó los puños con desesperación

-Por eso hoy les grité que era mentira lo que Sonia decía. Ustedes acaban de ver su felicidad y me dicen que no tienen ni tiempo ni dinero para obtenerla. La felicidad no es algo instantáneo, hay que buscarla, construirla en cada momento. No es necesario que pongas un taller, Miriam, pero empezá a aprender, a concurrir a uno, y vas a ver como todo comienza a cambiar. Cuando alguien se pone en dirección hacia lo que el universo le tiene

destinado, todo a su alrededor cambia y le facilita el camino. Comienzan a establecerse relaciones diferentes con las cosas y con la gente.

-¿Así de fácil?- preguntó Miriam.

-Por un tiempo vamos a seguir arrastrando los efectos de lo que nosotros mismos generamos al emprender actividades y generar relaciones que no eran lo que nos estaba destinado. Así fue que comenzamos a alejarnos de nuestro punto de equilibrio, de nuestro lugar en el universo. Y comenzamos a gastar nuestras fuerzas en tratar de mantenernos allí, y cuanto más nos alejamos, más fuerza debemos hacer y más fricción sentimos. Si simplemente nos soltáramos, nos dejaríamos llevar por lo que la vida nos indica a cada instante, lo que nuestro corazón nos reclama, volveríamos rápidamente al punto de equilibrio inicial y todo sería fácil y feliz. Nuestra fuerza estaría íntegra y total para ser aplicada en la creatividad. Pero pasará un tiempo hasta que los efectos de nuestro desvío cesen, y tanto más cuanto mayor haya sido la desviación y el esfuerzo para hacerlo. Pero siempre, algún día, en alguna vida, todo se recompone. El universo tiende siempre al equilibrio, a la armonía, busca su propia felicidad.

-¿Y dónde está nuestro libre albedrío?- preguntó Julio.

-En aceptar nuestro destino o decidir seguir experimentando. La gran aventura del ser humano es descubrir y vivir su destino. Lo otro, los desvíos, son solo pruebas, intentos que, por causas desconocidas, siempre son necesarias y útiles para que un tercero pueda descubrir su destino personal y alcanzar la felicidad. Todo está entrelazado, todo es una sola cosa.

Una vez más se escuchaba el silencio.

-Pintos- era Waldemar -¿me podés decir de dónde volviste?

Pintos lo miró y le sonrió; con esa sonrisa algo cansada y algo cómplice que se esboza cuando alguien hace una pregunta decisiva.

Todos quedaron expectantes.

-Tenemos una opción para la felicidad- Pintos parecía muy concentrado y serio- Una opción, pero infinitas posibilidades de decisión que se van a encontrar más cerca o más lejos de la felicidad destinada. Cada una de esas posibilidades corresponde a un mundo diferente. Ustedes, cuando hicieron el ejercicio mental, pudieron ver cuál era el mundo correcto. O, por lo menos, se le acercaron bastante, eso depende del estado de conciencia logrado por cada uno. Al mundo de la felicidad se puede acceder lentamente, o tal vez no tan lentamente, a través del cambio personal, como recién dijimos.

”Pero, a veces, y en forma para mí inexplicable, se abren ciertas ventanas que permiten acceder a ese mundo en forma instantánea. Esas ventanas aparecen como un punto de luz que va creciendo. En mi caso, se formó en la pared de la oficina una tarde cuando me quedé trabajando solo. Miré a través y vi escenas de la vida cotidiana de gente que no conocía. Nunca sabré por qué, el hecho es que salté a través de esa ventana. Al instante me vi haciendo otras cosas, me supe dueño de un pasado y una vida diferentes. Estaba con otras personas a las cuales conocía desde hace años. Hasta tenía esposa y una pequeña hija. Era otra posibilidad de vida que se había abierto quién sabe cuantos años hacía. Y a través de esa ventana yo la hice material. Esa posibilidad siempre había estado allí, latente, como tantas otras infinitas posibilidades que se abren en cada instante de nuestra vida, en cada segundo de nuestro recorrido en la línea del tiempo. Me di cuenta que en esa alternativa, yo era la misma persona, pero sabía otras cosas, mi pasado se había desviado en algún lado, y fue esa desviación la que me condujo hasta acá, con ustedes. Pero lo más maravilloso, lo que quiero decirles, es que allí, en ese mundo, soy feliz, muy feliz; es mi camino de

felicidad, es lo que me está destinado, es mi punto de equilibrio en el universo. Pasé muchos años allí, y un día como cualquier otro, quise volver a contar todo esto a ustedes, mis amigos de esta otra posibilidad de vida, pero no menos amigos por eso. Volví, y el tiempo no parecía haber pasado en esta coordenada, por eso ustedes no notaron mi ausencia. Pintos calló y nos miró con una mezcla de alegría y ansiedad. Su emoción comenzaba a desbordar en lágrimas pequeñas.

Nadie sabía qué decir. Lo más aterrador era que el asunto no parecía ser una fantasía ni una mentira. Pero era demasiado como para poder integrarlo en una verdad.

-¿Y qué vas a hacer ahora, Pintos?- preguntó Julio.

-Voy a volver.

-¿Y vas a dejar el empleo?- preguntó Sonia.

Pintos no le respondió. Lentamente tomó lo que quedaba de su cerveza, se puso el saco y se fue. Waldemar corrió tras él.

Al otro día en la oficina nadie hablaba. Era muy temprano, Miguel no había llegado aun. Y allí ocurrió.

En un momento dado Pintos se puso de pie. Recorrió escritorio por escritorio y, sin decir palabra, le dio un beso a cada uno. Nadie le dijo nada. Caminó hacia la pared. Al llegar se detuvo y se volvió mirándolos a todos, uno por uno.

La tensión era insoportable, solo Waldemar le sonreía, y fue al único al que Pintos le guiñó un ojo.

Pintos levantó su mano derecha a modo de saludo y desapareció, sin ruido, en un estallido de luz.

El silencio estaba cargado de angustia. Se escuchó un llanto suave.

-Era verdad- gimió la gorda Ana –todo lo que dijo era verdad.

-Y no va a volver- dijo Waldemar- no se puede volver.

-Pero él una vez lo hizo- dijo Carlos.

-Fue una excepción, según me contó. Era tan fuerte su cariño por nosotros que, con su mente, abrió una nueva ventana desde el otro lado. Fue una excepción, o una oportunidad que el universo nos dio a todos. En cualquier caso fue porque nos quería.

Era ya de madrugada. Me sentía mal, muy mal. No sé si por la cantidad de cigarrillos que había fumado, o por las cosas que, dentro de mi, había removido el relato de Andrés.

De alguna manera, yo sabía que lo que me estaban contando era algo insoportablemente verdadero.

Andrés continuó.

-Un mes después, también a primera hora, el Waldo se levantó y comenzó a caminar hacia la pared. Nos miró a todos sonriente, feliz, y desapareció en un estallido de luz brillante y silencioso.

Hizo una pausa.

-Esa es toda la historia, Miguel. Preguntá lo que quieras, no creo haber olvidado nada.

Me pasé la mano por los ojos apretándolos con fuerza.

-Quisiera saber por qué ustedes están tan abatidos y miran siempre para abajo.- fue lo único que se me ocurrió preguntar.

Nadie respondió, algunos se encogieron de hombros.

Entendí.

Al otro día, en la oficina, vi un estallido de luz. Julio había desaparecido. Nadie dijo nada y todos continuaron su trabajo. Lentamente mi mirada fue bajando hasta quedar fija en mi escritorio.

Y así he permanecido desde entonces.

Como he permanecido yo después de terminar el cuento. La cabeza caída y la mirada en el piso, mientras sentía que la casa del viejo se iba disolviendo a mi alrededor. Me queda apenas un poco de fuerza, apenas un instante de tiempo, si tuviera valor...
Lo voy a intentar.

FIN